



PROGRAMA UNIVERSITARIO
DE ESTUDIOS SOBRE
DEMOCRACIA, JUSTICIA Y SOCIEDAD

Genealogía y fuentes para el estudio crítico de los *movimientos* estudiantiles mexicanos



COORDINADORES

ISRAEL JURADO ZAPATA | MIGUEL ÁNGEL RAMÍREZ ZARAGOZA

Genealogía y fuentes
para el estudio crítico
de los *movimientos*
estudiantiles mexicanos



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

RECTOR

Dra. Patricia Dávila Aranda

SECRETARIA GENERAL

Mtro. Tomás Humberto Rubio Pérez

SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Dra. Diana Tamara Martínez Ruiz

SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

SECRETARIO DE PREVENCIÓN, ATENCIÓN Y SEGURIDAD UNIVERSITARIA



**PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS
SOBRE DEMOCRACIA, JUSTICIA Y SOCIEDAD**

Dr. John Mill Ackerman Rose

DIRECTOR

Mtro. Jesús Ricardo Miranda Medina

SECRETARIO ACADÉMICO

Lic. Rebeca Ballesteros Corona

SECRETARIA TÉCNICA

Lic. José Antonio Albarrán Castro

COORDINADOR DE PUBLICACIONES

Genealogía y fuentes para el estudio crítico de los *movimientos* estudiantiles mexicanos

Israel Jurado Zapata / Miguel Ángel Ramírez Zaragoza

COORDINADORES



PROGRAMA UNIVERSITARIO
DE ESTUDIOS SOBRE
DEMOCRACIA, JUSTICIA Y SOCIEDAD



CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES
CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS

Genealogía y fuentes para el estudio crítico de los movimientos estudiantiles mexicanos / Israel Jurado Zapata, Miguel Ángel Ramírez Zaragoza (coordinadores), Karen Ivonne Tarango Torres (ilustradora), 1ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad, 2025.

ISBN (PDF): 978-607-587-289-6

1. Movimientos estudiantiles-México-Historia-Siglo xx. I. Jurado Zapata, Israel, coordinador. II. Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel, coordinador. III. Tarango Torres, Karen Ivonne, ilustradora.

El presente libro es producto de una investigación realizada en el marco de los Programas Nacionales Estratégicos (Pronaces) del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (Conahcyt). Agradecemos al Conahcyt por el generoso apoyo brindado en 2023.

Esta obra fue dictaminada por especialistas bajo la modalidad de doble ciego.

Diseño de portada: Karen Ivonne Tarango Torres

Primera edición en formato digital, abril de 2025.

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México

Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad

Torre UNAM-Tlatelolco, Piso 13. Av. Ricardo Flores Magón número 1, Colonia Nonoalco Tlatelolco, Alcaldía Cuauhtémoc, Código Postal 06 995, Ciudad de México.

www.puedjs.unam.mx

ISBN: 978-607-587-289-6

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Hecho en México

Contenido

INTRODUCCIÓN. Por qué es importante estudiar a los movimientos estudiantiles desde su genealogía y estado del arte?	7
<i>Israel Jurado Zapata, Miguel Ángel Ramírez Zaragoza y Erika Pérez Domínguez</i>	
CAPÍTULO 1. Movimientos estudiantiles, activismo y acción política contra el embate neoliberal. Una revisión crítica de las fuentes para su estudio	15
<i>Angeles Palma López, Isidro Navarro Rivera, Miguel Ángel Ramírez Zaragoza, Israel Jurado Zapata y Roberto Osorio Orozco</i>	
<i>Las investigaciones sobre movimientos estudiantiles en México.</i>	
<i>Un panorama inicial</i>	25
<i>Elementos polifónicos para comprender la cultura política de los movimientos sociales</i>	28
<i>Enseñanzas de los movimientos estudiantiles desde sus fuentes de estudio. A manera de reflexión final</i>	41
CAPÍTULO 2. El movimiento estudiantil en México: genealogía y contextos de emergencia	44
<i>Israel Jurado Zapata y Miguel Ángel Ramírez Zaragoza</i>	
<i>Ideologías disruptivas, visiones utópicas y respuestas al autoritarismo de Estado: el camino hacia el movimiento estudiantil del 68</i>	62
<i>El movimiento de 1968 como parteaguas en la historia de las luchas estudiantiles</i>	71
<i>La disputa por las universidades: hacia el contexto de la guerra sucia</i>	75
<i>Hacia el fin del milenio: oposición y resistencias de los movimientos estudiantiles al neoliberalismo</i>	84
<i>Flujos y reflujos de los movimientos estudiantiles en el nuevo milenio</i>	104
<i>Movimientos estudiantiles: activismo, resonancias y politización: reflexiones finales</i>	125

CAPÍTULO 3. Los movimientos estudiantiles en México: un breve recuento histórico	129
<i>Miguel Ángel Ramírez Zaragoza, Israel Jurado Zapata y Roberto Osorio Orozco</i>	
<i>La tensa y problemática relación entre educación, política y movimientos estudiantiles</i>	129
<i>La línea del tiempo del movimiento estudiantil: los ciclos del movimiento estudiantil</i>	132
<i>Perspectivas sincrónica y diacrónica para el estudio de los movimientos estudiantiles</i>	133
<i>El tiempo de los movimientos estudiantiles: reflexión final</i>	142
Bibliografía	144

INTRODUCCIÓN

¿Por qué es importante estudiar a los movimientos estudiantiles desde su genealogía y estado del arte?¹

*Israel Jurado Zapata²
Miguel Ángel Ramírez Zaragoza³
Erika Pérez Domínguez⁴*

La potencia estudiantil, a lo largo de la historia de nuestro país, ha pugnado por sus derechos al tiempo que despliega su organización y movilización para transformar otros espacios de la vida social. El inconformismo de las y los estudiantes, su indignación ante las injusticias, su alegre rebeldía y sus ideales de libertad y de justicia, han sido motores para abrir grietas frente al muro del autoritarismo y el ejercicio del poder. Por ello, con este trabajo pretendemos contribuir al conocimiento de los movimientos estudiantiles en México, sabedores que, a pesar de la gran historiografía existente al respecto, aún es necesario realizar nuevas interpretaciones y estudios para desvelar sus rasgos y su inegable aporte a la conquista por la democracia.

En este caso, se aborda el tema desde dos grandes aristas: por un lado, se realiza un análisis exhaustivo y sistematizado, a manera de estado del arte, de la bibliografía que se ha dedicado al estudio de los movimientos estudiantiles; por otro lado, se elabora un recorrido histórico de dichos movimientos, para elaborar una lectura crítica sobre su incidencia en las transformaciones sociales de México.

¹ Agradecemos la colaboración de Pablo Padilla González y Emilio Quiñonez, quienes apoyaron en los trabajos de edición y corrección de estilo del borrador y las primeras versiones de este libro.

² Investigador del Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad.

³ Investigador del Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad, coordina el Área de Investigación y Seguimiento de Procesos Democráticos.

⁴ Se desempeñó como investigadora del Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad.

Resulta preciso señalar cómo el escenario social y político contemporáneo está marcado profundamente por el cambio y la incertidumbre, donde son los jóvenes en general y, más específicamente los estudiantes, uno de los sectores más afectados. Las actuales generaciones son herederas de las ruinas del capitalismo (Tsing, 2021) y conocen de primera mano lo que es vivir e imaginar un futuro en estas condiciones. En algunas ocasiones se les ha caracterizado, incluso, como los hijos del neoliberalismo (Ramírez, 2018). En este contexto, ciertos movimientos estudiantiles en México y el mundo se han organizado para transformar esta inquietante situación a través de diferentes formas de acción colectiva, caracterizadas —y esto es un distintivo epocal— por el uso de lo digital, acompañado de la recuperación de las herencias y resonancias que les han legado otros movimientos precedentes.

Las y los estudiantes organizados han buscado construir un entorno escolar, familiar, barrial y mundial más justo, igualitario y democrático. Esto contradice el prejuicio, bastante difundido, sobre la condición apolítica de la juventud. Si bien, hoy en día se ha señalado a la juventud como una generación “de cristal”, en otras ocasiones ha sido nombrada como la generación “X”, lo que es un adjetivo que denota indiferencia y falta de politización, queriendo argumentar con ello que, los jóvenes, si bien no están conformes con la sociedad, tampoco les importa organizarse para llevar a cabo un cambio en las estructuras.

En este sentido, los activismos estudiantiles muestran, por el contrario, no sólo que es importante la política sino que hay otras formas de practicarla, que pasan por el reconocimiento de la vulnerabilidad, la recuperación o reinterpretación de las demandas históricas y la innovación de las formas de lucha, haciendo un llamado a la conciencia histórica y a la memoria colectiva desde sus propias formas de organización. En este proceso las y los jóvenes conforman una cultura política estudiantil que es distinta a la de otras generaciones, al identificar los problemas contemporáneos se posicionan frente a ellos a partir de sus valores y principios, pero también de sus miedos, sueños, esperanzas y utopías.

La presente obra es parte de una investigación más extensa titulada “Democracia, culturas políticas y redes socio digitales en México en una era de transformación social”, realizada por el Programa Universitario de Estudios Sobre Democracia, Justicia y Sociedad (PUEDJS) de la Universidad Nacional

Autónoma de México (UNAM), que dirige el doctor John M. Ackerman, con el apoyo del entonces Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (Conahcyt) a través de los Programas Nacionales Estratégicos (Pronaces). Cabe señalar que, en el marco de dicho proyecto se han analizado diversos movimientos sociales para explorar su relación con la democratización en México, como el movimiento magisterial (Ackerman y Ramírez, 2022), los movimientos de derecha (Ackerman et al., 2022), los movimientos feministas (Pérez et al., 2024) y los movimientos estudiantiles (Ramírez y Osorio, 2024a).

El presente libro se compone de tres capítulos. El primero, “Movimientos estudiantiles, activismo y acción política contra el embate neoliberal. Una revisión crítica de las fuentes para su estudio”, ofrece un análisis exhaustivo de 86 obras publicadas entre 1967 y 2023, que nos dan un amplio panorama de la dimensión política de estos actores colectivos. La pregunta que guía su revisión crítica es la siguiente: ¿cómo contribuyen las publicaciones académicas sobre los movimientos estudiantiles en México a la comprensión de su cultura política? Al tratar de responderla, se va delineando un panorama general de los movimientos estudiantiles dentro de su contexto sociopolítico particular. Se abordan temas como la elevación de los movimientos sociales a actores políticos, así como su incidencia en los cambios democráticos, pasando por la forma en que han construido sus identidades para generar mayor capacidad de agencia y, por lo tanto, de transformar su realidad dentro y fuera de sus espacios educativos.

Este radio de estudio permite identificar la relación entre las movilizaciones y los procesos políticos, organizándose en torno a demandas específicas de cada momento histórico, tales como la lucha contra el autoritarismo, la defensa de la educación pública y gratuita, la oposición a las cuotas y a las reformas educativas que buscaban incorporar la universidad a la lógica de los mercados globales, la exigencia de democratización de los medios de comunicación, la protesta contra la violencia de Estado, o la creciente y reciente violencia de género que provocó importantes movilizaciones en los espacios estudiantiles.

El texto también ofrece al lector un panorama general de los movimientos estudiantiles en México a lo largo de la historia, destacando el periodo de implementación del modelo neoliberal y las repercusiones que tuvo en la sociedad mexicana y en estos movimientos sociales. Al respecto, los autores

afirman que las luchas de los diferentes movimientos durante este periodo coinciden con la búsqueda de una sociedad más libre frente a los embates autoritarios del gobierno del momento.

En este mismo primer capítulo se muestra una visión global de las 86 fuentes consultadas, que incluye una presentación gráfica del contenido del corpus analizado. Los autores organizaron su análisis en 4 ejes sobre los cuales se desenvuelve la investigación. En el primer eje, “Valores, principios, saberes y emociones”, se destaca el compromiso de estos grupos con la justicia, su perspectiva crítica y su visión democrática y horizontal de la sociedad y los medios de comunicación (Castañeda, 1987; Fernández, 2014; Acosta et al., 2013). Respecto a las emociones, se señala su papel central en las movilizaciones; la indignación, el resentimiento, la esperanza y el miedo impulsan a los jóvenes a buscar procesos de transformación y generan un sentido de pertenencia no sólo entre los estudiantes, sino también en la sociedad que atestigua sus movilizaciones. Citando a Camacho (2016), se enfatiza cómo “los procesos emocionales que se despiertan al imaginar un mundo diferente y la sensación de pasar a la historia son, tal vez, el mayor incentivo para participar y mantenerse en un movimiento, un fin que se convierte en medio que alienta la acción colectiva” (Camacho, 2016).

El segundo eje tiene el nombre de “Trayectorias y prácticas políticas de los movimientos estudiantiles”. Este apartado aborda a los sujetos y sus demandas, así como las formas de organización e identidades colectivas. Destaca una aproximación a las y los estudiantes como sujetos políticos, críticos, activos y pensantes, que construyen sus trayectorias políticas a partir de distintas historias y prácticas. Jóvenes provenientes de clases medias, que se politizan en las etapas formativas y que se organizan de manera democrática a través de mecanismos como asambleas y comisiones (Aranda, 2000). Pérez (2019) sostiene que las redes sociodigitales, al ser espacios lúdicos y emotivos, contribuyen a la politización y la organización estudiantil. Por su parte, Luciani (2019) y Pérez (2019) abordan cómo los movimientos estudiantiles han sido inspirados y moldeados por contextos más amplios, mostrando la interacción entre el activismo estudiantil y fenómenos políticos más grandes.

El tercer eje de análisis, “Visión crítica de la sociedad”, explora cómo los movimientos estudiantiles manifiestan una perspectiva crítica hacia el capitalismo, la desigualdad, el patriarcado, el gobierno y la educación. Con estudios

como los de Acosta *et al.* (2013), Castañeda (1987) y Waldman (2000), se argumenta que los movimientos estudiantiles no sólo se enfocan en las dinámicas internas de las instituciones educativas, sino que también son críticos de sistemas y estructuras sociales más amplias. En este apartado se destaca la perspectiva feminista de Mingo (2020), quien analiza cómo las estudiantes universitarias de la UNAM utilizan el espacio académico como un lugar para la formación de redes de apoyo e incentivar la acción política feminista.

El último eje, llamado “Horizonte utópico”, reúne obras que muestran la manera en que los movimientos estudiantiles proyectan visiones de futuros alternativos, más justos e igualitarios. En este se recupera la noción de utopía que, de acuerdo con Krotz (1997), no solo refleja deseos o fantasías individuales, sino que constituye un componente crítico del imaginario colectivo que guía la acción política. Ordorika *et al.* (2019) identifican a lo largo de cien años de movimientos estudiantiles una construcción continua de un futuro utópico; reflejan un deseo persistente de las y los estudiantes de transformar el mundo. Esta aspiración colectiva se nutre de otras experiencias de lucha, como la Revolución Cubana, o los movimientos obreros y campesinos (Pérez, 2019; Santos, 2021). El análisis de estas obras da cuenta de cómo los movimientos estudiantiles son portadores de visiones utópicas que les impulsan a la acción.

En resumen, este capítulo tiene una composición polifónica que aborda los movimientos estudiantiles desde diversas perspectivas como la histórica, de género, la teoría de las emociones, el análisis del discurso, las prácticas políticas o los procesos identitarios. Palma, Ramírez, Jurado, Navarro y Osorio muestran cómo los movimientos estudiantiles en México no sólo reflejan las preocupaciones inmediatas de los estudiantes, sino que también están profundamente entrelazados con la estructura social y política más amplia, adaptándose y respondiendo a los cambios a lo largo del tiempo.

En el segundo capítulo, “El movimiento estudiantil en México: genealogía y contextos de emergencia”, se reflexiona sobre los ciclos estudiantiles en nuestro país a la luz de disputas ideológicas y procesos políticos y económicos más amplios como la Guerra Fría o la lucha por los sentidos comunes que se entabló durante el siglo pasado entre las élites de nuestro país y los movimientos estudiantiles.

En esta revisión, los autores identifican diferentes hitos que constituyeron a las movilizaciones estudiantiles en el tiempo, tales como la lucha por la autonomía en la Universidad de Córdoba, Argentina, en 1918, la Revolución Mexicana, la educación socialista del periodo cardenista, la emergencia del normalismo, o los intentos de privatizar la educación con la imposición del neoliberalismo, entre otros. En el contexto mundial están presentes las continuas crisis económicas, las dos guerras mundiales, los movimientos pacifistas o las luchas por los derechos civiles. Asimismo, se presenta al M68 como un movimiento global, un punto de efervescencia política y juvenil que supuso una revolución cultural sin precedentes.

Otro tema que destaca es la continua oposición a las políticas neoliberales y a la privatización de la educación, que ha sido central en la agenda de los movimientos estudiantiles de las últimas décadas. El movimiento estudiantil se opuso a la creación de “universidades de élite”, que dispondrían de mucho dinero para su operación (incluyendo presupuesto público), y a su vez, a las “universidades basurero”, dirigidas a la población más vulnerable socioeconómicamente hablando, donde se emitirían diplomas no rentables (Ament, 2019, p. 221). Esto alimentaría una “selección” de sujetos que podían acceder a las mejores oportunidades, mientras que otros se convertirían en mano de obra barata y no calificada (p. 96).

Si bien, en las primeras décadas del siglo xx la educación era un privilegio y, por lo tanto, el rol de las movilizaciones estudiantiles era contribuir a la modernización y el desarrollo nacional, con el tiempo y la incorporación masiva de jóvenes a la educación, la lucha fue transformándose y adquiriendo una función social de responsabilidad con el pueblo. Esto dio paso a una identidad estudiantil más popular y crítica de la opresión, como el autoritarismo, el capitalismo o, más recientemente, el patriarcado. Las crisis económicas han sido un eje en estos movimientos, poniendo de relieve la tensión constante entre las y los estudiantes y el sistema político-económico que amenaza sus derechos y bienestar.

En este contexto de agudización del sistema capitalista, las políticas neoliberales y el autoritarismo de los gobiernos en América Latina, los movimientos estudiantiles emergen como un recordatorio de que las cosas pueden ser distintas, mejores y más justas. Algunos casos que se destacan en este capítulo son el movimiento estudiantil de 1968 en México; el CGH de la

UNAM entre los años 1999-2000; la movilización conocida como #YoSoy132; las protestas por la aparición con vida de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa; la organización del #TodosSomosPolitécnico o las movilizaciones feministas que tuvieron una gran fuerza y presencia en el activismo estudiantil mexicano (Álvarez, 2024; Garay, 2024; González, 2024), así como con las más recientes concentraciones estudiantiles en contra de la corrupción denunciada por los jóvenes al interior de sus centros educativos y a favor de la transparencia y la rendición de cuentas como elementos altamente democratizadores (Ramírez y Osorio, 2024b).

Este segundo capítulo muestra que a medida que las y los estudiantes identifican amenazas a sus derechos, emergen como fuerza crítica del sistema. La movilización estudiantil trasciende las aulas para convertirse en agente de acción colectiva, forjando así una ciudadanía activa y una cultura política que tiende a la defensa de lo común y no a las lógicas individualistas propias del neoliberalismo.

Finalmente, en el tercer capítulo, “Los movimientos estudiantiles en México: un breve recuento histórico”, Miguel Ángel Ramírez Zaragoza, Israel Jurado Zapata y Roberto Osorio Orozco presentan un análisis del movimiento estudiantil en un periodo que abarca de 1908 al 2024 a partir de una línea del tiempo. Para los autores la línea del tiempo como recurso expositivo ordena los acontecimientos y esquematiza un proceso que es complejo, lo que permite a quien lo lea tener una aproximación general de “más de cien años de acciones colectivas que van de las revueltas, protestas, estallidos, movilizaciones y paros estudiantiles a la generación de amplios movimientos sociales que han dado paso a otros procesos políticos como las exigencias de democratización o las aportaciones al cambio social y cultural, procesos que han acompañado siempre los momentos álgidos de activismo estudiantil en México” como se puede leer en sus reflexiones finales.

En suma, el libro representa una contribución necesaria para seguir conociendo el papel fundamental que han jugado y siguen jugando los movimientos estudiantiles en los procesos de cambio social, defensa de derechos y procesos de democratización en México. Basada en rigurosos estudios documentales y reflexivos, así como en interpretaciones históricas novedosas esta obra colectiva pretende convertirse en un documento de

consulta para todos aquéllos interesados en las aportaciones de los estudiantes organizados en su lucha por construir un futuro mejor.

Invitamos a conocer este volumen, que brinda al público en general, así como a estudiantes y especialistas, una mirada crítica y amplia del estudio sobre los movimientos estudiantiles en México. Confiamos en que no sólo sirva como un recurso para la investigación, sino una inspiración para que futuras generaciones continúen el legado de compromiso y transformación social. Quisiéramos también aprovechar para invitar a los lectores a conocer nuestro libro *Los movimientos estudiantiles en México. Reflexiones sobre su potencia transformadora* que forma parte de esta investigación y que coeditó nuestro Programa con el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM), en el cual podrán encontrar ensayos que amplían el horizonte de conocimiento sobre el tema.

De la misma forma, invitamos al público en general a visitar la Plataforma digital interactiva de investigación acción “Culturas políticas de los activismos estudiantiles en México” en la que encontrarán material escrito y audiovisual sobre la historia de los movimientos estudiantiles, tesis sobre su cultura política y los resúmenes de los libros que sirvieron para el estudio del estado del arte que se presenta en esta obra. Tanto la plataforma como el libro pueden ser revisados en el siguiente portal: https://puedjs.unam.mx/activismo_estudiantil/.

1. Movimientos estudiantiles, activismo y acción política contra el embate neoliberal. Una revisión crítica de las fuentes para su estudio

Angeles Palma López¹

Isidro Navarro Rivera²

Miguel Ángel Ramírez Zaragoza

Israel Jurado Zapata

Roberto Osorio Orozco³

Introducción

Estudiar los movimientos estudiantiles en México sigue siendo un objetivo vigente al ser un actor vivo que se encuentra presente en los procesos de transformación no sólo de sus instituciones educativas sino de otros espacios de la sociedad. Las fuentes para el estudio de los movimientos estudiantiles son vastas, la historiografía es prolífica y las interpretaciones diversas. Sin embargo, en este capítulo pretendemos hacer una interpretación de un aspecto poco estudiado, a saber, dar cuenta de los trabajos que nos puedan ayudar a identificar los factores que delinear la cultura política de los movimientos sociales, en este caso, los estudiantiles. Desde nuestro enfoque, y como un elemento central de nuestra investigación, consideramos que la cultura política de los movimientos estudiantiles tiene que ver con cuatro dimensiones: los principios, valores, saberes y emociones que despliegan los estudiantes en su acción colectiva; las prácticas políticas de carácter democrático que llevan a cabo, así como la crítica a la democracia realmente existente (tanto en sus espacios educativos como en otros espacios de la sociedad) o la falta de la misma; las visiones críticas de la sociedad que van construyendo y que les permite, por ejemplo, poner en tela de juicio al

¹ Investigadora del Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad.

² Se desempeñó como investigador del Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad.

³ Asistente de investigación del Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad.

neoliberalismo o los procesos de privatización; y, por último, los horizontes utópicos que les permiten prefigurar un orden social distinto en el que, por ejemplo, buscan construir una nueva universidad, una mejor educación e, incluso, otros mundos posibles.

Con estos presupuestos teóricos en este capítulo presentamos un corpus de fuentes bibliográficas que dan cuenta de la cultura política del activismo y los movimientos estudiantiles en México. Nuestro país ha sido cuna de numerosos movimientos sociales a lo largo de su historia, lo que ha conformado una tradición de lucha estudiantil que es notable por su riqueza en experiencias, formas organizativas, grados de radicalidad y la participación activa de los jóvenes en momentos cruciales de transformación. La presencia de distintos activismos estudiantiles en ocasiones ha dado origen a extensos movimientos sociales de naturaleza popular, mismos que han sido objeto de numerosos estudios e investigaciones con una amplia diversidad de enfoques y perspectivas de análisis. La revisión crítica de fuentes es una labor importante en el proceso de investigación, pues nos ayuda a delimitar los campos de estudio de nuestro interés contribuyendo a la adecuada selección de fuentes en el amplio universo existente.

Se recurre en el presente capítulo a estudios pertenecientes principalmente a la antropología, la ciencia política, la historia, la sociología y la pedagogía. El objetivo es comprender a los estudiantes como parte de procesos de formación y subjetivización política, y reconocer su impronta en la sociedad a través de su memoria, el olvido al que en ocasiones han sido sometidos, así como su historicidad o su relación con procesos más amplios de la vida social que puedan darnos elementos para analizar su cultura política (Allier, 2021; Gill y DeFronzo, 2009; Olivier y González, 2017).

Nos parece fundamental revisar estrictamente las fuentes que abordan el tema de la cultura política, dada su poca difusión con relación a la gran diversidad de textos académicos que hay sobre movimientos estudiantiles en el país, particularmente sobre los casos de 1968, 1999, #YoSoy132 y Ayotzinapa. Este trabajo también considera otras expresiones de lucha estudiantil, buscando tener un panorama más amplio de los elementos que conforman su cultura. Las fuentes se delimitaron a aquellas originadas en las últimas cinco décadas, aunque se consideraron un par de estudios más lejanos, debido a su relevancia en el tema.

Se recopilaron 86 textos, que se organizaron en cuatro bloques: a) Valores, principios, saberes y emociones; b) Trayectorias y prácticas políticas; c) Visión crítica de la sociedad; y d) Horizonte utópico. La pesquisa se realizó a través de bases de datos como SciELO, Dialnet, Scholar, Ebscohost, así como en el repositorio nacional de tesis de posgrado. La base de datos del estado del conocimiento sobre educación y movimientos sociales que realizó la Red Mexicana de Estudios sobre los Movimientos Sociales entre 2017 y 2020 fue también una importante herramienta de acercamiento al tema. Con los textos seleccionados el equipo de investigación procedió a la elaboración colectiva de resúmenes críticos y a su clasificación temática de acuerdo a los preceptos conceptuales sobre cultura política mencionados al inicio. Con ello, procedimos a la redacción de los apartados de la manera más sintética posible, dejando al lector la posibilidad de ampliar en el conocimiento de los textos mencionados.

Hacia un marco general para reflexionar sobre los estudios de movimientos estudiantiles

Los estudios sobre cultura política en el país se han sustentado en diversas perspectivas con diferentes fines y han cambiado también en su complejidad a través de los años. Desde el estudio sobre la politización del niño mexicano en la década de 1970 (Segovia, 2001) hasta las recientes encuestas y mediciones sobre cultura política (Ackerman y Ramírez, 2022), el foco está regularmente centrado en los elementos que permiten a la persona interactuar con el sistema político, considerando saberes, actitudes y valores como una impronta de lo que llamamos la perspectiva clásica de la cultura política, influida por Almond y Verba (1969). Para el caso de los estudios sobre la cultura política de los movimientos sociales, a través de los diferentes acercamientos de investigación que hemos tenido, decidimos seccionarla en los cuatro grandes bloques propuestos por Ackerman, Ramírez y Navarro, que incluyen: a) valores, principios, saberes y emociones; b) trayectorias y prácticas políticas; c) visión crítica de la sociedad; y d) horizonte utópico (Ackerman y Ramírez, 2022; Ramírez y Navarro, 2023).

Estas dimensiones se presentan de manera diferenciada según la posición política que sostienen los actores, el momento histórico y en general,

la matriz sociocultural a la que pertenecen. En el caso de los movimientos estudiantiles, el interés por su comprensión como proceso social tiene un auge a partir de 1968. En ese momento histórico, marcado por fenómenos como la crítica al autoritarismo, la disputa ideológica entre izquierdas y derechas o entre el capitalismo y el comunismo, la revolución cultural y la crítica al imperialismo (Allier, 2021), las personas que militaban en el movimiento estudiantil o que lo acompañaban tenían una perspectiva diferente de la sociedad de la que tienen los universitarios en nuestros días.

Estos estudiantes crecieron en la época del autoritarismo priista y vivieron el auge del denominado milagro económico mexicano (Santiago, 2021). Criticaron elementos que les parecía debían cambiarse en la sociedad, pero no se cuestionó primordialmente (como sería lógico pensar hoy día) la cultura machista de la época; en el 68, sin embargo, la participación política de las mujeres tuvo una enorme relevancia en la conformación de la identidad de dicho movimiento (Lamas, 2018), el trabajo de Deborah y Lessie (2004) expone el aporte fundamental de estas mujeres. En su labor como brigadistas construyeron puentes de comunicación y de conciencia colectiva entre los diversos sectores de la sociedad. No obstante, las narrativas del 68 —predominantemente masculinas— las excluyeron de la historia. En la actualidad, la participación política de las mujeres es reconocida como parte central de los movimientos sociales; sus demandas y movilizaciones han tenido un papel protagónico en los últimos años (Galindo y Lozano, 2022; Álvarez, 2024; Garay, 2024; González, 2024).

Esta diferenciación histórica de los movimientos estudiantiles se expresa en diversas prácticas, discursos, demandas, formas de organización, utopías o referentes teóricos, lo que permite reflexionar acerca de las continuidades y discontinuidades de la cultura política en dichos movimientos. Los procesos de subjetivación política están asociados con los elementos del entorno, como se verá más adelante en los diferentes estudios. Existen lugares comunes que asocian al movimiento estudiantil con una suerte de sujeto revolucionario, defensor de la democracia y promotor de la apertura de espacios. Esto es cierto, desde luego, pero es importante tener en cuenta sus diferencias.

Cabe destacar que el movimiento del 68 es un parteaguas en la historia de las movilizaciones estudiantiles, además de seguir siendo el más referido (Allier, 2021). Las movilizaciones de principios del siglo xx no alcanzaron la

visibilidad que sí tuvo el 68, en parte por el trágico fin que este último tuvo, pero también por otros aspectos que se abordarán más adelante, como su impacto a nivel internacional, en una época marcada por la disputa ideológica (Allier, 2009; Villegas, 1976).

Los eventos del 68 están enmarcados en una época caracterizada por el agotamiento del modelo de intervencionismo estatal y la apertura a procesos de democratización (Waldman, 2000). Se habla de una década de los “amplios 1960” (Allier, 2021), en que la participación política encontró un marco de comprensión más flexible y donde los valores modernos del Estado interventor se vieron cuestionados. Ese marco amplio de participación política alcanzó en la década siguiente una expresión en la disyuntiva entre la militancia en organizaciones visibles y perfectamente legales como las estudiantiles, sindicatos o partidos políticos y la incorporación a organizaciones clandestinas (Mendoza, 2011). La disputa política solía estar profundamente influida por el marxismo, al menos en las organizaciones de izquierda, donde estaba la mayoría de los movimientos estudiantiles o juveniles.

Pero la agitación política-estudiantil —y de otros sectores como el obrero, el movimiento urbano popular o el movimiento democrático magisterial (Ackerman y Ramírez, 2022)— durante la década de 1970 tiene como fondo los avatares sociales surgidos por el agotamiento del Estado interventor y las complicaciones que tuvo el Estado mexicano para mantener su legitimidad a través del gasto social (Torres, 1991), en un marco de presión económica y política internacional debido a la implementación del modelo neoliberal. En esa búsqueda de legitimidad del Estado se puede comprender la ampliación de la cobertura educativa —en todos los niveles— de las décadas de 1970 y 1980, como respuesta a la demanda de espacios educativos por parte de los sectores menos favorecidos, y no tanto como una estrategia de formación de mano de obra. Se pasó así de tener una matrícula de 300 mil estudiantes a una de casi un millón en esos diez años (Aboites, 2011).

Esa ampliación de la oferta educativa en el nivel superior implicó la incorporación de las clases bajas a las instituciones universitarias y el acercamiento de estas a una posible perspectiva crítica de la sociedad (Gill y DeFronzo, 2009). Esto significó un abierto proceso de politización de los sectores populares que podían tener mayor acceso a la cultura y a la educación

ampliando sus perspectivas críticas y generando mayores oportunidades y espacios de movilidad social.

Esto se evidencia en las dos posteriores movilizaciones estudiantiles de la UNAM frente a los intentos de implementación del modelo neoliberal, las cuales tuvieron un gran impacto en la sociedad. Tanto la huelga de 1986-1987 como la de 1999 ocurrieron en momentos clave, previos a procesos electorales significativos (Ramírez, 2018). Ambas tuvieron como objetivo la defensa de la educación pública y gratuita ante los intentos de introducir la perspectiva neoliberal, que había buscado influir en la política educativa desde 1986 (Torres, 1991; Ramírez, 2018).

La primera huelga es antecedida por la amplia participación social como respuesta a los sismos de 1985 y seguida por el proceso electoral de 1988, con el controversial triunfo de Carlos Salinas de Gortari y la famosa caída del sistema. En el texto de Torres (1991) “El corporativismo estatal, las políticas educativas y los movimientos estudiantiles y magisteriales en México”, se señala que la premisa constitucional de sostener un sistema educacional público masivo y gratuito estaba en contradicción no sólo con la falta de recursos, sino también con desarrollar un nivel educativo adecuado en las instituciones públicas de educación superior, lo que fue retomado por el rector Carpizo.

De hecho, la disputa inició con un diagnóstico sobre las fortalezas y debilidades de la UNAM, mandado hacer por el rector, en el cual se identificaron como problemas las bajas calificaciones de los estudiantes en los exámenes de admisión, el abandono escolar y el número excesivo de exámenes extraordinarios que presentaban (Torres, 1991). Se trata de una de las primeras preocupaciones por la eficiencia de las instituciones educativas que acompañaría el proceso de implementación neoliberal. En ese sentido, el argumento expuesto en este texto es compatible con la visión de Aboites sobre la huelga del 86-87 como una resistencia al primer planteamiento de reforma universitaria neoliberal (Aboites, 2011). El mismo Aboites (2011) sostiene que la huelga de 1999 significa el segundo intento de reforma neoliberal, más agresivo que el primero, que detona una radical organización estudiantil.

Aunque la primera huelga podría considerarse emblemática en los procesos de resistencia a la visión neoliberal del Estado, su relevancia política parece haber pasado desapercibida para gran parte de los estudiosos de los

movimientos estudiantiles o sociales. A pesar de ello, la intención de reforma en la UNAM esperó más de diez años para una nueva embestida y, hoy en día, se comienza a reivindicar la importancia de la huelga del CEU al tener gran visibilidad en la medida en que muchas de sus figuras ocupan importantes cargos en el gobierno mexicano, como la actual presidenta Claudia Sheinbaum, que fue líder visible de esta lucha estudiantil.

Durante la década de los 80 y en los primeros años de la de los 90, la perspectiva privatizadora y la transformación de la educación siguieron presentes, las luchas estudiantiles tendrán, con el EZLN, una lucha que contribuyó a las resistencias antineoliberales a nivel nacional desde 1994 (Aboites, 2011). Más adelante, la huelga de 1999 también se opuso a un planteamiento, venido nuevamente de las autoridades universitarias, que se interpretó como la privatización de la educación como parte de las políticas sugeridas por el Banco Mundial, bajo el entendido de que ello permitiría una mayor inserción en la economía global (Rodríguez, 2000). La oposición estudiantil a la reforma de la UNAM en 1999 no fue solamente al aumento de cuotas, sino a la integración de una institución educativa nacional a los intereses económicos globales (Ramírez, 2018).

El movimiento se gestó en un marco social y político de abandono por parte del Estado de sus anteriores políticas educativas, de escasas posibilidades de movilidad social y una crisis de legitimidad del gobierno (Waldman, 2000), pero también de la existencia de organizaciones sociales como sindicatos y otro tipo de activismos no institucionalizados. En este clima se hizo común, por desgracia, la descalificación de los estudiantes, propiciando su estigmatización como “porros” o “delincuentes” que no querían estudiar y eran orquestados por fuerzas externas a la universidad.

Este movimiento de fin de milenio culminó en un evento de represión por parte la Policía Federal Preventiva –auspiciado por el gobierno federal en colusión con sectores de la administración universitaria– y tuvo como huella la persecución y descalificación política de los jóvenes activistas del Consejo General de Huelga (CGH). En términos de cultura política, es de destacar que el movimiento universitario del 99 antecede al proceso electoral del año 2000 en el que gana Vicente Fox, candidato de derecha postulado por el PAN. Aunque el movimiento terminó con un fuerte acicate represivo la crítica al Estado y su autoritarismo no tuvo mucho eco en los años siguientes.

Posteriormente, los movimientos estudiantiles parecen entrar en un proceso de reorganización y desarticulación, sin embargo, son visibles sus apoyos e incorporaciones en movimientos populares como el de Atenco en el 2001 o la revuelta conocida como la APPO (Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca) en el 2006 (Ramírez, 2018). Si bien hubo otras expresiones de organización estudiantil en esos años, el movimiento estudiantil juvenil encontró una nueva etapa de visibilidad en el 2012 con el movimiento #YoSoy132 emergiendo en medio del proceso electoral. Poco después, con la desaparición de los 43 estudiantes de la Normal Rural de Ayotzinapa, Guerrero, en 2014, retomó un gran impulso (Ejea, 2015; Hernández, 2015). En ese mismo año tiene lugar la huelga estudiantil del Politécnico (Camacho, 2016), con lo que se marca una etapa de movilizaciones que han acompañado la última década, no todas con la misma magnitud, pero siempre relevantes. Nuevamente se demostraba que la potencia estudiantil y juvenil era capaz de detonar críticas al gobierno y desestabilizar a un presidente como Enrique Peña Nieto que, en los primeros años de su sexenio, tenía una gran aprobación.

El movimiento #YoSoy132 llama la atención por gestarse como parte de la crítica a la campaña presidencial de Enrique Peña Nieto en 2012, en particular pugnando por la democratización de los medios y en contra de las políticas neoliberales, cuestionando la legitimidad del presidente electo y su gestión en el gobierno del Estado de México (Acosta et al., 2013). Aunque se inició en una universidad privada, en un periodo relativamente breve logró convocar a colectivos estudiantiles de otras instituciones educativas en el país (Acosta et al., 2013), lo que fue facilitado además por el uso de las redes sociodigitales (Capera et al., 2015).

Además, las demandas del movimiento expresaban una clara relación con la causa y coyuntura de su surgimiento: democratización y transformación de los medios de comunicación; cambio del modelo educativo, científico y tecnológico; transformación del modelo económico neoliberal; cambio del modelo de seguridad nacional y justicia; transformación política y vinculación con movimientos sociales y cambios en materia de salud (Capera et al., 2015). El movimiento no promovió rostros visibles o liderazgos, además de que operó con la mecánica asamblearia, manteniendo una lógica democrática de horizontalidad. Logró captar la atención de la opinión pública e incidió en el

desarrollo de la campaña, logrando un posicionamiento del órgano electoral y de incidencia en la opinión pública (Acosta et al., 2013).

Este movimiento no tuvo una larga duración, y a pesar de ello, logró obtener una visibilidad importante, en parte, debido a su influencia coyuntural, y también por su ubicación dentro de un periodo de protestas a nivel internacional en el que participaron estudiantes. Las más destacadas de estas fueron la denominada “primavera árabe”, el M15 y los indignados en España o las luchas por el pase libre en Brasil; en ciertos círculos, incluso, se consideró al #YoSoy132 como la versión mexicana de este fenómeno. Nadie puede negar que el #YoSoy132 formó parte de una coyuntura mundial de grandes movilizaciones.

El gobierno de Enrique Peña Nieto alcanzó notoriedad internacional por implementar el “Pacto por México” como estrategia política para el impulso de reformas neoliberales pendientes, entre ellas la avanzada hacia la privatización del petróleo (Hernández, 2015) y la reforma educativa (Ackerman y Ramírez, 2022). Estas reformas que daban la visión de un México próspero fueron cuestionadas por múltiples movilizaciones, entre ellas las encabezadas por los estudiantes, siendo las que se detonaron a partir de la desaparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa las más importantes por el drama y el dolor que ello significaba. El texto “Ayotzinapa: el dolor y la esperanza” da cuenta, desde una perspectiva compleja y multidimensional, de la forma en que se inscriben los lamentables sucesos de Iguala del 26 de septiembre de 2014 en el marco de la implementación del modelo neoliberal. La desaparición de los estudiantes normalistas de Ayotzinapa da luz del involucramiento de autoridades de los tres órdenes de gobierno con el crimen organizado y el ocultamiento de los hechos por parte de las autoridades es el principal componente que lo hace ser un crimen de Estado de desaparición.

Incluso cuando el hecho concreto es la persecución y asesinato de los normalistas por la policía municipal de Iguala en colusión con el crimen organizado (Hernández, 2015), es de destacar que el crimen ocurre en una entidad marcada por la disputa entre grupos criminales asociados a la producción y traslado de drogas. Dicho fenómeno creció en el país en el marco del neoliberalismo y la incorporación al mercado global. Hernández (2015) recurre a una descripción pormenorizada de cómo los actores locales del gobierno se han insertado en la escena política y sus nexos con el narcotrá-

fico, sin dejar de mencionar la importancia de esta actividad en el mercado mundial de drogas, particularmente en el consumo de los Estados Unidos.

Tras saberse de la desaparición de los jóvenes, se gestó como respuesta la “Acción global por Ayotzinapa”, poniendo al descubierto la indignación y exigiendo el esclarecimiento de los hechos, sumado al reclamo de la presentación con vida de los 43 normalistas. Este suceso provocó una articulación de las protestas en función de una causa, alcanzando una convocatoria importante a nivel internacional, aunque hasta el momento no se ha logrado la satisfacción de las demandas. El movimiento por Ayotzinapa se insertó así en el marco de las protestas estudiantiles en contra del modelo neoliberal.

Ayotzinapa sentó un precedente para los movimientos estudiantiles posteriores a 2014, ya que estos tendrán como eje el alto a la violencia en el país, y en particular, con la inclusión de una serie de protesta en contra de la violencia hacia las mujeres (Álvarez, 2024).

Luego de las movilizaciones por Ayotzinapa fue visible la emergencia de la ola feminista en México –que tenía una fuerte influencia de la ola verde sudamericana– y que rápidamente se insertó en las protestas del sector feminista dentro del movimiento estudiantil. En ello era importante conocer el aumento de feminicidios y de otros tipos de violencia contra las mujeres. De acuerdo con datos de la organización de la sociedad civil Comunicación e Información de la Mujer (CIMAC), entre 2008 y 2018 se registraron 124 movilizaciones feministas en la Ciudad de México, de las cuales 30 corresponden a temas de derechos humanos, 26 a temas de derechos sexuales y reproductivos y 67 a violencia (Lamas, 2018).

En lo que respecta a las movilizaciones feministas en la UNAM, cabe resaltar las coyunturas de 2017 y 2019, las cuales han sido catalizadoras de la crítica hacia la sociedad patriarcal y la violencia que esta genera contra las mujeres. Estas manifestaciones han puesto de manifiesto la impunidad de los agresores dentro de la institución, así como la omisión y la falta de determinación por parte del Estado (Álvarez, 2020; Álvarez, 2024; Garay, 2024; González, 2024). A pesar de la larga tradición de lucha feminista, no es posible rastrear reflexiones acerca de las movilizaciones estudiantiles en relación con la violencia de género sino hasta la segunda década del siglo XXI (Dip, 2022). Estas protestas, aunque se inscriben en un contexto más amplio de cuestionamiento a las violencias que enfrenta este grupo social

en la sociedad a nivel nacional e internacional, han tenido un impacto significativo en las dinámicas interpersonales tanto dentro de las agrupaciones estudiantiles como en las instituciones. A pesar de ello, aún queda mucho por transformar en este ámbito.

Luego de las luchas estudiantiles feministas fue posible identificar otro tipo de demandas de los movimientos estudiantiles más ligadas a la lucha contra la corrupción y la impunidad y a favor de la transparencia y la rendición de cuentas (Ramírez y Osorio, 2024b). Nos referimos a las protestas realizadas en distintas instituciones como la UNAM, el IPN o algunas Escuelas Normales para denunciar el mal manejo de los recursos o la abierta corrupción de las autoridades. Inspirados en el #YoSoy132 que denunció la corrupción del gobierno de Felipe Calderón, los jóvenes universitarios insertaron la transparencia y la rendición de cuentas como elementos de democratización que sumaron a luchas históricas por defender el carácter público y gratuito de sus instituciones (Ramírez y Osorio, 2024c).

La evolución de los movimientos estudiantiles en México es profunda y requiere un análisis detallado. Se plantea si existe continuidad en estas transformaciones a lo largo del tiempo, si se pueden identificar culturas políticas específicas y qué elementos conforman su horizonte utópico. Además, se lanza una interrogante acerca de si la sociedad ha comprendido estos movimientos de manera consistente a lo largo de las últimas décadas. Tales preguntas sugieren un examen exhaustivo de la historia y el contexto sociopolítico del país, así como de las dinámicas cambiantes dentro de los propios movimientos estudiantiles.

En este sentido, la revisión de las investigaciones compiladas en dicho periodo ofrece elementos para abordar al menos parcialmente estas preguntas, basándose en los aportes y discusiones por nosotros realizadas.

Las investigaciones sobre movimientos estudiantiles en México. Un panorama inicial

Se recopilaron 86 trabajos que abordan los movimientos estudiantiles, seleccionados de un amplio campo de fuentes. Vale recordar que sólo fueron considerados aquellos textos que abonan a la comprensión de su cultura política. Este recorte implica que hay trabajos muy valiosos que no fueron

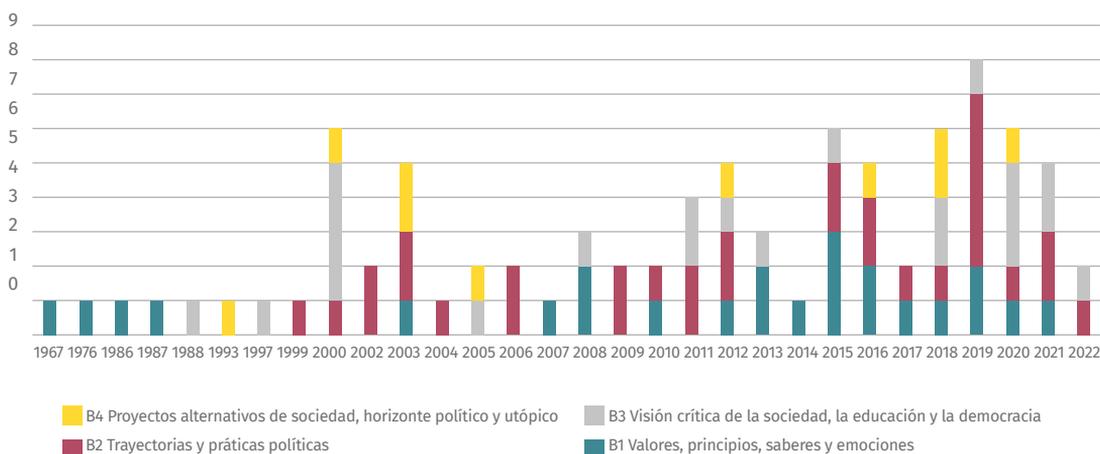
tomados en cuenta como parte del corpus, dado que tienen una menor relación con el propósito de nuestro estudio. Se agrupan en función de los cuatro bloques que proponemos y que denotan las características principales la cultura política de dichos movimientos.

Bloque	
B1 Valores, principios, saberes y emociones	23
B2 Trayectorias y prácticas políticas	31
B3 Visión crítica de la sociedad, la educación y la democracia	22
B4 Proyectos alternativos de sociedad, horizonte político y utópico	10
Total	86

Tabla 1. Elaborada por el equipo PUEDJS

Es notable que el bloque con menos textos sea el relacionado con el horizonte utópico. No se debe a la falta de expectativas de los actores acerca de cómo podría ser mejor la sociedad, sino posiblemente a que su estudio no sea una prioridad para los académicos. En contraste, los textos centrados en las prácticas y trayectorias políticas son más numerosos, lo que sugiere que hay un conjunto considerable de trabajos con una perspectiva histórica y politológica.

Bloque por año de publicación



Gráfica 1. Elaborada por el equipo PUEDJS

Por año de publicación, en 1967 encontramos una primera referencia al bloque 1. Se trata de un artículo académico sobre los movimientos estudiantiles universitarios en América Latina (Solari, 1967). Este plantea que hay dos dimensiones en la actividad de los movimientos estudiantiles: la gremial y la política. La primera refiere a las condiciones y demandas de los estudiantes, mientras que la segunda, a las ideas que buscan influir en la conducción de las universidades. Es un texto relevante porque permite comprender algunas de las características de los movimientos estudiantiles un año antes de las movilizaciones globales de 1968.

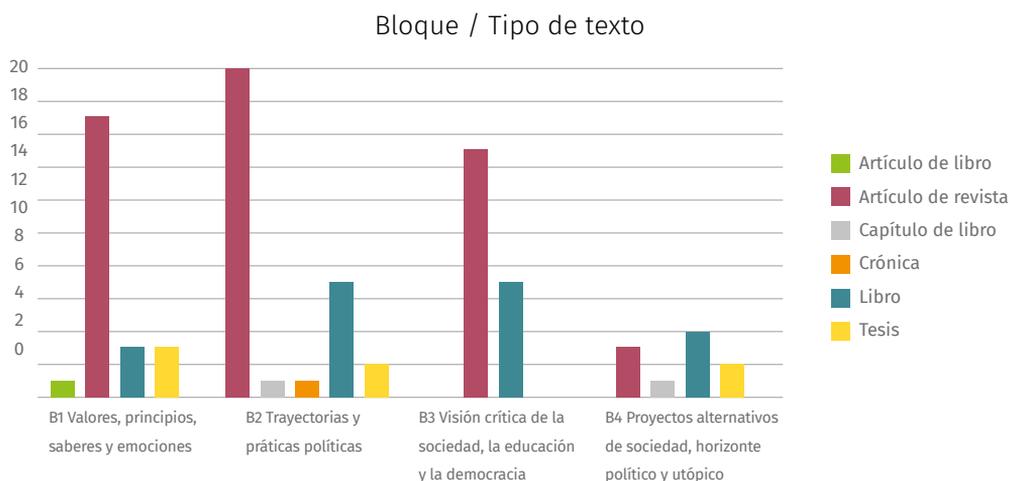
En segundo lugar, se encuentra un estudio sobre la ideología del movimiento estudiantil en México (Villegas, 1976), en el que se plantea una perspectiva de la universidad como instrumento de lucha más que como motivo de disputa. Toma un carácter crítico respecto a las movilizaciones estudiantiles de 1968 y posteriores. Contiene una perspectiva teórica similar a la de Solari, considerando que las acciones políticas están orientadas a fines gremiales o de incidencia.

Al examinar la producción de literatura por año, se destaca una mayor recopilación de textos en 2019, seguida por 2015 y el año 2000. Estos dos últimos años podrían reflejar una mayor atención al tema de los movimientos estudiantiles como respuesta a situaciones coyunturales. Sin embargo, es importante tener en cuenta que esta recopilación podría ampliarse, y sería relevante, en análisis posteriores, agrupar los textos por año y el movimiento estudiantil al que estos hacen referencia.

Bloques	Autores	
	Hombre	Mujer
B1 Valores, principios, saberes y emociones	19	10
B2 Trayectorias y prácticas políticas	21	20
B3 Visión crítica de la sociedad, la educación y la democracia	18	9
B4 Proyectos alternativos de sociedad, horizonte político y utópico	9	4
Total	67	43

Tabla 2. Elaborada por el equipo PUEDJS

En materia de género, puede notarse una mayor proporción de autores hombres con respecto a las mujeres. En el bloque donde mayor equidad hay es en el de “Trayectorias y prácticas políticas”, mientras que en los bloques tres y cuatro se evidencia una proporción de dos a uno en favor de los hombres.



Gráfica 2. Elaborada por el equipo PUEDJS

Por tipo de texto, podemos notar que en tres de los cuatro bloques hay más presencia de artículos de revistas científicas, salvo en el caso del bloque cuatro, donde la mayor presencia es de libros. En el caso de los libros, estos pueden ser académicos, testimoniales o periodísticos, lo que implica una construcción argumental distinta, pero al mismo tiempo mayor riqueza para la reflexión. En todo caso lo importante es considerar que existe una gran producción de textos que se pueden considerar como fuentes primarias por ser testimoniales o estar basados en cronologías, pero que se convierten en fuentes importantes para posteriores análisis.

Elementos polifónicos para comprender la cultura política de los movimientos sociales

Al pensar esta compilación como una composición polifónica, hacemos referencia a dos situaciones que acompañan el estado del arte del estudio de los movimientos sociales y que es importante mencionar. La primera es

que claramente se trata de textos y reflexiones realizadas desde diferentes lugares, momentos históricos y con distintas motivaciones. Esto hace que sea un corpus heterogéneo y que el ejercicio de encontrar ejes articuladores entre ellos tenga una complejidad especial. Por otro lado, es importante destacar que esta composición polifónica se realiza con un propósito específico: identificar aquellos aspectos que contribuyen a la comprensión de la cultura política de los movimientos estudiantiles, tal como se expresa a través de esas diferentes voces.

En los textos revisados identificamos diversos campos de estudio. Uno de ellos es el relacionado con el análisis histórico de los movimientos estudiantiles, mismo que se centra en casos específicos, particularmente el del movimiento de 1968, #YoSoy132 o Ayotzinapa (Allier, 2009; Capera et al., 2015; Estrada, 2014; Gilabert, 1993; Hernández, 2015; Mendoza, 2011). Sobre los trabajos que abordan un caso particular, tenemos, por ejemplo, “El Movimiento Estudiantil de 1968 en el proceso de radicalización hacia la lucha armada en México: 1968-1971” de Florencia Ruiz, quien mediante una cronología muestra cómo el movimiento de 1968 es parte integrante de la historia de los movimientos armados de los setenta.

Otra investigación relevante es el libro de Eugenia Allier, titulado *68, el movimiento que triunfó en el futuro: historias, memorias y presente*. Es un análisis profundo y crítico de ese movimiento, de su importancia histórica y su memoria en la sociedad actual (Allier, 2021). Parte de las preguntas ¿quién?, ¿cómo?, ¿en qué momentos se ha recordado el 68?, ¿qué significados se le han otorgado? y ¿qué simboliza hoy para la sociedad mexicana? La autora busca historizar las memorias que han prevalecido sobre el movimiento estudiantil, enfatizando en los actores y las interpretaciones de ese momento histórico.

Como hipótesis sugiere que el M68 ha sido objeto de reivindicaciones desde la memoria, lo que significa la evocación de los actores presentes sobre las luchas del pasado (Allier, 2021). Asimismo, la autora muestra la importancia de dicho movimiento a nivel internacional, las tendencias de los estudios sobre el tema en México y otros países, así como los diferentes paradigmas de las ciencias sociales que se han retomado en el análisis.

Por otro lado, el artículo de Raúl Villamil (2019), “De la masacre a la utopía (A 50 años del 68)”, recobra momentos, hechos y narrativas que forman parte de un caldo de cultivo de 50 años de violencia en México. Toma

como inicio el 68, año que condensa a movimientos sociales —médicos, estudiantes, ferrocarrileros— brutalmente reprimidos, y que marcó un hito en el accionar estatal mediante el uso de la crueldad y la violencia extrema.

No se puede dejar de lado el Jueves de Corpus como parte de la trayectoria de los movimientos estudiantiles. En “El Jueves de Corpus: La masacre estudiantil de 1971 en México narrada a 50 años”, Mendoza (2021) presenta el desarrollo de una investigación a lo largo de más de 4 años sobre los hechos del 10 de junio de 1971. Los ejes principales del texto son: tiempo, lugar, consecuencias y “ecos”.

Otro tipo de estudios hace reflexiones comparativas, contrastando elementos de contexto, actuaciones o el desarrollo de las movilizaciones estudiantiles (Acosta et al., 2013; Dip, 2022). Entre estos es de destacar “Del 68 a hoy: la movilización política de las mujeres” de Marta Lamas (2018), quien analiza el tránsito y desarrollo que ha tenido el activismo político de las mujeres desde el 68 como hito histórico, hasta el auge de las movilizaciones feministas en 2018.

En su análisis, Lamas encuentra que en algunos relatos fundacionales del 68 se minimiza y se deja a un lado la participación de las mujeres, volviéndose un discurso que invisibiliza su importancia en la praxis política del propio movimiento. De igual manera, enfatiza que tanto cronistas, historiadores e historiadoras, además de los participantes del movimiento, a través de artículos o investigaciones, han resaltado el papel fundamental de las mujeres como organizadoras y militantes, así como su contribución narrativa al feminismo y al profeminismo durante el movimiento del 68. Se evidencia que en este periodo la militancia fomentaba una igualdad que desafiaba el discurso machista y violento entre hombres y mujeres, promoviendo una vida organizativa donde el machismo se rechazaba y se mantenía alejado o limitado a ciertos círculos dentro del movimiento. Aunque los roles de cuidado persistían de alguna manera, eran llevados a discusión en las asambleas para una división equitativa de las labores (Lamas, 2018).

Entre estos trabajos destaca el estudio comparativo de Acosta *et al.* (2013), quienes consideran que los movimientos de 1968 y #YoSoy132 provienen de un contexto autoritario priista, si bien en distintas épocas de este partido, planteando que ambos son, cada uno en su contexto histórico, parteaguas en los procesos de democratización de México (Acosta et al., 2013).

Se caracteriza al movimiento de 1968 como un movimiento principalmente político, que contrasta con el elemento culturalista expresado en otros movimientos de la época.

Para los autores, los estudiantes “despertaron de un letargo histórico” y se manifestaron masivamente en el movimiento #YoSoy132. El texto afirma que “la irrupción del movimiento estudiantil #YoSoy132, a través del acertado uso de las nuevas tecnologías de comunicación logró, por un lado, amplificarse rápidamente en el ámbito universitario e imprimir, por otro, un nuevo ritmo al proceso electoral (Acosta et al., 2013). Después de hacer una discusión teórica que ubica a los movimientos sociales como parte de la sociedad civil y precisar la noción del movimiento estudiantil, los autores destacan la participación de jóvenes de clase media que actúan esporádicamente, por un lado, y por otro, un sector permanentemente movilizad. Desde su perspectiva, es relevante que el movimiento plantea formas de democracia directa como mecanismo de acción, que produce formas complejas de estructuración y que busca la acción a través de actividades masivas con un alto grado de organización y comunicaciones controladas (Acosta et al., 2013).

Además de abordar los aspectos históricos, las fuentes consultadas ofrecen análisis desde diferentes ópticas como son el género, las emociones, los discursos, las prácticas políticas y las identidades. Por tanto, se determinó que resultaba pertinente organizar la bibliografía en cuatro bloques que dan cuenta de la cultura política de la lucha estudiantil: a) Valores, principios, saberes y emociones; b) Trayectorias y prácticas políticas; c) Visión crítica de la sociedad; y d) Horizonte utópico. A continuación, se hace alusión a ellos y se resaltan algunos de sus principales aspectos.

B1. Valores, principios, saberes y emociones

En este bloque se identifican estudios que analizan la praxis política estudiantil. Esta se expresan en algún sentido dentro de los valores, principios, saberes o emociones que han desarrollado quienes participan en los movimientos estudiantiles. Es el caso de la defensa de la educación pública, la promoción de la democracia como forma de toma de decisiones cotidianas o la esperanza que se genera al participar en un movimiento estudiantil. Esta praxis no puede darse sin un contexto de producción. Al respecto, un texto relevante

es el de Aboites (2011), quien plantea que los movimientos estudiantiles han sido factor fundamental del surgimiento de la universidad pública, y que, en el contexto del neoliberalismo, la organización de los estudiantes ha tenido un papel fundamental en la formación de modelos alternativos de educación superior. El autor destaca que las reivindicaciones de las organizaciones estudiantiles van más allá de demandas gremiales o localizadas, sino que se proyectan como necesidades nacionales: la democratización de la sociedad, el alto a la represión por parte del gobierno, y la solidaridad con otros grupos y organizaciones.

El artículo hace énfasis en que en el marco de la implementación del modelo neoliberal, aparecieron mecanismos de medición de eficiencia y mérito; evidentemente con una fuerte carga mercantilista de la educación. Tal es el caso de la aparición del Ceneval, que emergió con la tarea de restringir la masividad de la educación pública, especialmente la universitaria. En respuesta, se generaron movilizaciones populares clave para mantener la gratuidad y el acceso a una educación universitaria, con una mención destacada de las huelgas de 1986 y 1999 en la UNAM (Aboites, 2011). Respecto a la primera de estas huelgas, destaca el artículo “No somos minoría: La movilización estudiantil, 1986-1987” (Castañeda, 1987). En este, la autora realiza una crónica exhaustiva de la movilización del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) en la UNAM y examina el diagnóstico presentado por Jorge Carpizo que fue utilizado para justificar las reformas. Este transfería la responsabilidad del bajo rendimiento académico, la deserción escolar y la eficiencia terminal a los alumnos y al personal académico.

En el documento “Fortaleza y debilidad de la Universidad Nacional Autónoma de México”, se presentan indicadores como el alto número de exámenes extraordinarios, el bajo rendimiento académico de los estudiantes admitidos mediante el pase reglamentado, la ausencia frecuente de los profesores y la obsolescencia de los planes de estudio (Castañeda, 1987). Ligado a ello, con las propuestas de reforma se pretendía eliminar estas deficiencias mediante el aumento de cuotas, la eliminación del pase reglamentado y la ejecución de una prueba de admisión. Esto derivó en la organización y movilización del sector estudiantil. Una de las discusiones más destacadas giró en torno a la creación de mecanismos vinculantes entre la rectoría y el CEU.

En el artículo de Acosta *et al.* (2013) mencionado más atrás se analizan los casos de los movimientos de 1968 y el #YoSoy132. En este texto se diferencia al M68 de otros movimientos de la época, principalmente de Europa, y afirma que en el caso del movimiento mexicano, este fungió como un parateaguas en los procesos de democratización de México y no lleva en sí una carga tan marcadamente culturalista, como sí la tienen sus pares europeos. Por otro lado, con el nacimiento del #YoSoy132, las nuevas generaciones demostraron ser capaces de identificar el abuso, el autoritarismo y el engaño de las alianzas entre el sistema político y los medios de comunicación hegemónicos (Acosta *et al.*, 2013).

Ambos movimientos comparten —a decir de los autores— elementos de crítica al sistema, exigencias de democratización y la búsqueda de justicia a partir de la defensa de las libertades civiles y políticas. Otro elemento que los unifica es su crítica al papel de los medios de comunicación como mecanismo del poder. Para los autores ambos movimientos estudiantiles contribuyeron al fortalecimiento de las estructuras democráticas. El texto ofrece una perspectiva interesante al pensar los movimientos estudiantiles como impulsores de una transformación democrática en el país. Sin embargo, al sugerir que los estudiantes emergen de un letargo de cuatro décadas, pasa por alto una serie de expresiones estudiantiles que se manifiestan en la cotidianidad, además de dos movimientos coyunturales notables: el de 1986-87 y el de 1999, mencionados anteriormente.

Por otro lado, como resultado del cambio epistémico en las ciencias sociales que busca considerar las dimensiones subjetivas en el análisis de los movimientos sociales, los estudiosos se han dedicado cada vez más a reflexionar al activismo estudiantil desde la perspectiva emocional y afectiva. Un trabajo ilustrativo es el realizado por Camacho (2016), quien toma por caso la protesta del Instituto Politécnico Nacional (IPN) en 2014 para colocar a las emociones como elementos clave que dotan de sentido a la colectividad. Recurre a Jasper, Goodwin y Polleta para señalar que emociones como la indignación, el resentimiento, el ultraje, la esperanza, la solidaridad y el miedo bajo ciertos contextos propician procesos de transformación. Camacho (2016) argumenta que en el activismo del IPN persistió una esperanza de futuro: poder dejar mayores beneficios para otras generaciones de estudiantes. Durante el proceso de movilización el autor habla de la construcción de

lealtades afectivas y emociones morales que dan cuenta de los incentivos de participación política y los significados atribuidos a la protesta.

En una óptica de estudio similar, Fernández (2014) subraya una concatenación de emociones que refieren al desarrollo del movimiento #YoSoy132: indignación, enojo, alegría y miedo. Entre los logros del movimiento menciona la solidaridad entre diversas universidades públicas y privadas, la organización de los debates presidenciales, la generación de esperanza al cambio y la creación de una mayor conciencia en la vida democrática. El #YoSoy132 como movimiento que sensibilizó a la sociedad, cambió valores e hizo conciencia en los mexicanos en torno a la democracia y los medios de comunicación, prefigura como parte de sus conclusiones.

Las emociones como impulsores de la movilización se hacen evidentes en la apropiación del espacio físico. Específicamente, las marchas representan momentos de intensa energía emocional, donde se reconocen las tristezas e injusticias, y se orienta a la comunidad hacia la esperanza de lo posible, lo que facilita la formación de identidades individuales y colectivas. Esta perspectiva se refleja en la investigación “Recuerdos que aún no expiran: Habitar el espacio público desde la práctica juvenil del movimiento Todos Somos Politécnico”, realizada por Adrián Morales (2020).

B2. Trayectorias y prácticas políticas

Los textos ubicados en este bloque permiten delinear al movimiento estudiantil en cuanto a sus prácticas, formas organizativas, identidades, actores involucrados en la contienda política y repertorios de acción. Aranda (2000), por mediación de una revisión teórica, propone un conjunto de rasgos que configuran la especificidad del movimiento estudiantil: son grupos vinculados a la construcción del conocimiento dado su papel como estudiantes; en su mayoría son jóvenes de clases medias que se organizan de forma democrática, siendo la asamblea general la máxima instancia de acción política; sus identidades están vinculadas con problemas generacionales, manifestadas a través de una “protesta emocional” y diversas formas de resistencia a ese entorno.

En “¡Todos somos Politécnico!: formación política y conciencia social entre los jóvenes del movimiento estudiantil del Instituto Politécnico Nacional (2014)”, Pérez (2019) encuentra que los activistas de dicho movimiento son

jóvenes de entre 15 y 25 años, provenientes de diversos estratos económicos y sociales. Entre otras características acusa entre sus integrantes una escasa formación política, pues son activistas que desconocen la trayectoria de sus antecesores como el Consejo Estudiantil Universitario (1986) y el Consejo General de Huelga (1999-2000). Señala la existencia de un ambiente lúdico propio de la juventud. Finalmente identifica que las formas de organización van desde las más tradicionales como distribuir carteles, volantes o pintas, hasta las más nuevas como son la realización de foros en plataformas digitales.

Desde otra óptica, Rodiles (2011) estudia la dimensión del “actor político”. La analiza en cuatro de las huelgas estudiantiles más significativas de la UNAM: 1929, 1968, 1987 y 1999. En los dos primeros años la esencia de los estudiantes era su origen de clase, su temporalidad como estudiante y su identidad como fuerza de trabajo intelectual en proceso de formación. Al interior de estos movimientos había una preocupación de los estudiantes como gremio, y al exterior, por el entorno sociopolítico en el que se encontraban. En cuanto al estudiantado de las huelgas de 1987 y 1999, se trataba de jóvenes sin oportunidades, desempleados y marginados, es decir, excluidos de toda movilidad social.

Desde otro ángulo, en “Organización estudiantil y movimiento de autonomía universitaria. México 1929”, Marsiske (1998) puntualiza que durante los años veinte los estudiantes contaban con otro tipo de perfil. Sus motivaciones para organizarse estaban relacionadas con la consolidación del modelo educativo de universidad que era disputado por los proyectos de Vasconcelos y Puig Casauranc, uno humanista y el otro pragmático. En ese contexto, la comunidad estudiantil se organizó para obtener voz y voto en el proceso y para dar solución a las dinámicas que los afectaban como profesionistas en formación, tales como las formas de evaluación, la ampliación de la matrícula y la consecuente necesidad de servicios básicos para la comunidad universitaria.

El investigador Krotsch (2002) es otro de los estudiosos que piensa el accionar colectivo de las y los estudiantes. Parte de lo que considera “una nueva condición estudiantil” para señalar elementos clave de la organización y movilización, como lo son: 1. El estatus actual de la juventud, su relación con los medios de comunicación y la masificación de la información y 2. La pérdida de centralidad de la universidad como campo de socialización y profesionalización.

De manera más reciente, Dip (2023) argumenta que hoy en día el activismo estudiantil surge de acciones políticas más o menos espontáneas; y que sus principales formas de activación son a través de mítines, asambleas, mesas, consejos, asociaciones, uniones, coordinaciones, federaciones y confederaciones, las cuales invariablemente tienen un anclaje educacional.

También se retomaron las reflexiones del texto “Corrientes ideológicas al interior del movimiento estudiantil sinaloense, México (1965-1970)” (Santos, 2021). El autor identifica una generación marcada por ser de izquierda y progresista, profesores comunistas, afines al marxismo que formaban parte de círculos literarios y que llegaron a ocupar cargos dentro del gobierno estatal y la universidad. En cuanto a las ideas de contexto, el autor menciona que en el periodo que va de “1966 a 1968, el ambiente político y cultural que se vivía en la universidad tenía estrecha relación con la Revolución Cubana, ya que los estudiantes escuchaban grabaciones en discos o en casetes de los discursos de Fidel Castro o bien la información llegaba a través de la radio de onda corta” (Santos, 2021).

Se destaca también que lo que quería la generación joven era la pluralidad de partidos políticos donde pudieran participar los obreros y campesinos en las elecciones nacionales y locales. El autor también evidencia la conciencia de clase de los estudiantes al resaltar que cuestionaron al gobierno estatal acusándolo de procurar el bienestar de una élite que se había enriquecido a costa de la explotación de las masas populares (Santos, 2021).

A lo largo de la revisión de la bibliografía también se reconocen obras que identifican la incidencia de personajes y luchas que son incentivos del movimiento estudiantil. En su análisis, Luciani (2019) expresa que el M68 no es entendible sin considerar organizaciones latinoamericanas como la Federación Universitaria Argentina, el Congreso Internacional de Estudiantes, la Federación de Estudiantes de México, la Confederación Nacional de Estudiantes en México y en el caso de Brasil, la Unión Nacional de Estudiantes. De forma coincidente, Pérez (2019) pone de manifiesto la influencia de la revolución cubana en el movimiento de 1968 en México. Afirma que el triunfo de la revolución esparció una semilla de rebeldía que trascendió la isla; esta influencia era visible en las pancartas, consignas y canciones que los estudiantes mexicanos utilizaban en sus protestas. La imagen del Che Guevara es otro símbolo que utilizan y que da cuenta de este vínculo.

Asimismo, Santos (2021) ilustra el impacto que tienen otras luchas en el accionar estudiantil. Según su obra, los referentes, discursos, íconos y símbolos utilizados por el movimiento estudiantil sinaloense entre 1966 y 1973 cambian según el contexto histórico. También identifica dos etapas, cada una con sus especificidades: la primera de 1966 a 1969, donde la lucha estudiantil busca la democratización universitaria, la aprobación de una nueva ley orgánica y la solidaridad con los estudiantes reprimidos en Tlatelolco en 1968. En esta etapa los referentes simbólicos provienen del nacionalismo mexicano y la revolución cubana: Rafael Buena Tenorio, Pancho Villa, Emiliano Zapata, el Che Guevara, Fidel Castro. En este contexto, la música de protesta, la poesía revolucionaria y algunas novelas como *El lobo estepario* de Herman Hesse, son elementos de configuración de identidad colectiva.

La segunda etapa, de 1970 a 1973, está definida por tres corrientes políticas: “Los chemonos”, “Los pescados” y “Los enfermos”. La primera de estas corrientes estaba conformada por priistas progresistas, maestros democráticos, todos con ideas nacionalistas y antiimperialistas. La segunda, “Los pescados” era parte de la Juventud Comunista Mexicana y buscaba el gobierno de la universidad para ponerla al servicio del campesinado y la clase obrera. La tercera corriente estaba conformada por residentes de las casas de estudiante, y planteaban la idea de la universidad-fábrica, según la cual estudiantes y docentes eran explotados del mismo modo que obreros y campesinos, por lo tanto, debían tomar el poder y establecer el socialismo. Para este grupo los referentes simbólicos incluyen a Pablo Alvarado, Genaro Vázquez, Camilo Torres y al poeta Otto René Castillo, todos ellos representantes de movimientos armados en México y América Latina.

Kuri (2021), explorando la interacción entre espacio y acción, analiza la formación de identidades. Su propuesta sugiere considerar la apropiación de espacios como actos simbólicos y políticos. En este contexto, los estudiantes de la Vocacional 7 seleccionaban lugares emblemáticos para llevar a cabo prácticas políticas, tales como el auditorio, la cafetería, la azotea, las oficinas administrativas, las instalaciones deportivas y las aulas. Además, se reapropiaron de diversos espacios urbanos, como calles, avenidas, mercados, teatros, cines, parques y transporte público, generando así un entramado topográfico de acción colectiva.

En los últimos años, el uso de las redes sociodigitales ha permeado el activismo estudiantil, lo que ha llamado la atención de diversos estudiosos. Al respecto, es importante mencionar el trabajo “De la Red a las calles ¿y de las calles a las conciencias? El movimiento estudiantil #YoSoy132” donde Fernández (2014) estudia la transición de las redes a las calles y de estas a la conciencia del movimiento. Resalta el uso de redes sociales como medio central de comunicación y organización. Para Abascal, Cerrillo y López (2015) las redes sociodigitales configuran un nuevo tipo de esfera pública, en la que tienen lugar discusiones sobre lo político, pero también se ponen en tensión o se refuerzan los significados y tradiciones.

A diferencia de los medios de comunicación tradicionales, en las redes hay una mayor participación de la sociedad, diversidad de posiciones y opiniones, por lo que es un espacio más plural e incluyente. En este contexto, las movilizaciones sociales adquieren un carácter novedoso. Abascal, Cerrillo y López (2015) recuperan la noción de “redes activistas” de Guiomar Rovira para describir al tipo de movilizaciones que tienen lugar primero en el espacio digital, y sólo posteriormente en las calles. En el debate sobre las redes sociales digitales, Sandoval (2015) aborda el concepto de organización virtual, refiriéndose a la formación de comunidades en línea que desarrollan un lenguaje propio, comparten símbolos y significados y cultivan lazos afectivos.

Otro tema que ha cobrado relevancia en el campo de los movimientos estudiantiles es el género. Como se apuntó atrás, Lamas (2018) encuentra que en los relatos fundacionales del M68 minimizan la participación de las mujeres en la praxis política del movimiento. Mientras que Mingo (2020) señala una política tradicional masculina que invisibiliza a las mujeres. En el mismo trabajo, resalta la importancia que tiene para las activistas el hablar de política y de organizar actividades.

Finalmente, en “Activismo feminista en las universidades mexicanas: La impronta política de las colectivas de estudiantes ante la violencia contra las mujeres”, Cerva (2020) asume que la organización feminista al interior de las universidades forma parte de un nuevo activismo en América Latina que se contrapone a una violencia estructural contra las mujeres, y que pertenece a un doble anclaje de los procesos de institucionalización de la perspectiva de género. El activismo feminista en las universidades devela una violencia histórica ejercida por compañeros de clase, autoridades administrativas y

profesores. Dentro de los repertorios de acción se destacan: la denuncia mediante manifestaciones públicas, planificación de escraches, reunión con autoridades, construcción de redes de solidaridad nacional e internacional, protestas en el ciberespacio tendederos de denuncia o muros de la vergüenza y ofrendas de Día de Muertos.

B3. *Visión crítica de la sociedad*

De los textos revisados encontramos que los movimientos estudiantiles tienen una visión crítica respecto a la sociedad, expresada en su relación con las autoridades gubernamentales o escolares. También presentan una perspectiva crítica hacia otros aspectos más profundos de lo social como el capitalismo, la desigualdad o el patriarcado. Acosta *et al.* (2013) comparan al movimiento del 68 con el #YoSoy132 y señalan que ambos movimientos comparten elementos de crítica al sistema, exigencias de democratización y búsqueda de justicia. Ellos agregan una dimensión social que los acerca a causas de otros sectores sociales más allá de los estudiantiles y juveniles.

Castañeda (1987) en “No somos minoría: La movilización estudiantil, 1986-1987”, tomando por caso el CEU en la UNAM, dice que tal movimiento no se desligó del contexto nacional e internacional, pues identificaba las debilidades de la universidad en la precarización de la vida, el reencauzamiento del presupuesto nacional en el pago de la deuda externa y la crisis económica que el país vivía. La democratización de la universidad fue una demanda planteada de forma clara y vinculante con la situación de los alumnos, trabajadores y docentes.

El texto de Waldman (2000) destaca que la movilización estudiantil de 1968 y 1999 se inserta en un contexto de insatisfacciones acumuladas: “crisis económica, bloqueo a la movilidad social, ausencia de futuro, pérdida de referencia sociales, percepción de las limitaciones de la universidad pública, desconfianza en la política, resentimiento social, erosión de la credibilidad, debilidad institucional, estancamiento social, etcétera” (p. 292). En este escenario, la preocupación de los movimientos estudiantiles no tiene que ver con mejorar las condiciones de la universidad, sino utilizarla para objetivos revolucionarios.

En consonancia con la discusión, Fernández (2015) sostiene que los movimientos #YoSoy132 y #TodosSomosAyotzinapa revelan no sólo una crisis de gobernabilidad y representación política, sino también una crisis de deshumanización. De este modo, las demandas de estos movimientos tocan profundamente los temas de justicia, libertad y defensa de la vida.

Desde un estudio comparativo entre Brasil y México, Donoso (2020a) resalta que una de sus características en común es la denuncia del autoritarismo de sus gobiernos, más concretamente, de las dictaduras. El antiautoritarismo fue su principal bandera, aunque el tipo de autoritarismo contra el que luchaban era distinto. En cuanto a las demandas educacionales, la defensa de la autonomía universitaria fue central.

Adentrándonos al ámbito universitario, Mingo (2020) habla sobre el tránsito de las estudiantes universitarias hacia el feminismo. Da cuenta de que el espacio universitario es un área de formación de redes de apoyo social que pueden devenir en redes de acción política (p. 24). Como parte de sus resultados propone que: a) la universidad es un espacio de formación política y personal. No está exento de las dinámicas sociales que permean las relaciones de género y existe una fuerte carga androcéntrica, tanto en la academia como en las organizaciones estudiantiles de izquierda; b) el grupo de autoconciencia feminista es una constante en la militancia universitaria. Es un espacio que permite generar un entorno seguro y equitativo.

En sintonía con esta autora, Follegati (2018) vincula la necesidad de un feminismo como respuesta al conservadurismo y a la violencia machista que se encuentra en Chile, y su relación con las militancias estudiantiles en el ámbito educativo que buscan una nueva sociedad sin violencia, igualitaria y equitativa. García (2015) respalda la perspectiva de Mingo al observar que el activismo estudiantil tiende a destacar liderazgos arraigados en atributos como la dominancia masculina, la fuerza física, la falta de expresión emocional, la competencia constante, la demostración continua y la búsqueda de reconocimiento a través de pruebas, reflejando así una visión androcéntrica.

B4. Horizonte utópico

Aunque se requiere explorar con mayor profundidad la presencia de textos con este tópico, en relación con este bloque se puede destacar la presencia de

una ideología de izquierda en las organizaciones estudiantiles, subrayando la influencia del pensamiento marxista, así como la búsqueda de la autonomía universitaria y la lucha por la democracia. Al respecto, es importante el texto *Cien años de movimientos estudiantiles* (Ordorika et al., 2019), el cual toma como referencia y punto de partida la publicación del Manifiesto del 21 de julio de 1918, referente a la reforma universitaria en Córdoba, Argentina, para realizar una reflexión de los movimientos estudiantiles. También toca el aniversario por los cien años de su inicio y los 50 años del movimiento del 68 en México.

Los autores resaltan cómo, desde tiempos tempranos (incluso antes de 1918), los estudiantes han insistido en tener representación en el gobierno universitario, lo cual constituyó la esencia del manifiesto. Además, se incluyeron demandas como la libre cátedra, la autonomía, los concursos de oposición y el compromiso social de la universidad. Estos aspectos se convirtieron en los ejes orientadores de las luchas y programas estudiantiles en toda la región.

También es relevante resaltar las reflexiones del texto de Santos (2021). En este análisis generacional, el autor identifica dos grandes grupos: una generación marcada por su inclinación hacia la izquierda y el progresismo, conformada por profesores comunistas afines al marxismo que participaban en círculos literarios y llegaron a ocupar cargos tanto en el gobierno estatal como en la Universidad. Este grupo es denominado por el autor como la “generación adulta”. Por otro lado, se encuentra un grupo generacional más joven, compuesto por estudiantes de secundaria, preparatoria y educación superior, especialmente de las carreras de Derecho, Economía y Agricultura.

Enseñanzas de los movimientos estudiantiles desde sus fuentes de estudio. A manera de reflexión final

Al término de este recorrido sobre lo escrito y analizado acerca del movimiento estudiantil, encontramos que es un campo amplio que goza de ciertas características en común. Para empezar, persiste una centralización de estudios que toman como casos emblemáticos el activismo estudiantil de la UNAM, principalmente el movimiento de 1968. Este último es referente, mito y utopía no sólo para los analistas en el tema, sino también para las luchas estudiantiles posteriores a dicho año. Esto da pie a que haya un desbalance

en los análisis o estudios de otras experiencias ocurridas en otros espacios educativos como el Instituto Politécnico Nacional (IPN), la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) o la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), por poner algunos ejemplos.

Un elemento a resaltar es el predominio de enfoques centrados en las demandas, los objetivos y el contexto de la contienda. Temas como la utopía y las dimensiones emocionales son más escasos, y sus análisis algo desdibujados. En ese sentido, prevalecen textos de corte histórico que profundizan en casos de estudio seleccionados, por lo que se echa en falta aquellos que traigan consigo propuestas teóricas analíticas. Por otro lado, las investigaciones suelen emplear métodos de corte cualitativo, sobre todo, entrevistas.

Otro detalle que llama la atención es la creciente apertura para incorporar el uso de las redes sociodigitales y el género como elementos esenciales en las recientes luchas estudiantiles. Respecto a las redes, se conciben como una herramienta fundamental en el accionar, son instrumento de organización y masificación del movimiento. Sobre el género, actualmente la lucha estudiantil la encabeza la organización de estudiantes contra las violencias al interior de los centros educativos; se pone en la mesa el acoso, la intimidación, la discriminación, la violación sexual e incluso los feminicidios como parte de un sistema patriarcal naturalizado por estudiantes, administrativos y profesores. Las estudiantes actúan bajo formas novedosas de protesta: escraches, tendaderos y performances. Las redes sociales y el género son indicativos de una cultura política sui generis dentro del movimiento estudiantil en la actualidad.

También encontramos investigadores que han dedicado parte de su carrera a meditar a los estudiantes movilizados. Es el caso de Eugenia Allier Montaño, Imanol Ordorika, Gloria Arminda Tirado y Miguel Ángel Ramírez Zaragoza. De manera más reciente, Araceli Mingo y Nicolás Dip.

Para concluir, señalamos algunas líneas de investigación pendientes:

- Descentralizar el análisis, esto es, ahondar en movimientos locales y regionales.
- Discutir teóricamente la pertinencia del término movimiento estudiantil (y su forma plural) y discutir su relación con otros conceptos como las

“organizaciones del movimiento estudiantil” o el activismo estudiantil (y su forma plural).

- Construir nuevas herramientas teórico-empíricas que permitan dar cuenta de nuevas formas de activismo, como el movimiento feminista o el activismo digital.
- Profundizar en las tensiones al interior del movimiento.
- Examinar las dimensiones afectivas en el proceso de organización, desarrollo y desgaste de la contienda.
- Dar luz sobre las condiciones situadas del actual activismo estudiantil.

Es crucial reconocer que aún queda mucho por hacer en cuanto al esfuerzo colectivo de situar al movimiento estudiantil dentro del contexto de su cultura política, así como abordar los desafíos y limitaciones propios de su lucha tanto en México como en la región. Esperamos que este recorrido por las fuentes críticas sea de utilidad para que investigadores e investigadoras ahonden en un determinado campo de estudio dentro de este vasto universo social.

2. El movimiento estudiantil en México: genealogía y contextos de emergencia

Israel Jurado Zapata
Miguel Ángel Ramírez Zaragoza

Introducción

El presente apartado busca brindar un panorama general de los movimientos estudiantiles desde una perspectiva histórica que dé cuenta de las emergencias y procedencias de estos actores colectivos. No buscamos rehacer una historia general de estos movimientos en México, pues ya existen importantes trabajos como el de Gutiérrez-Slon (2020) que analiza, desde un abordaje teórico hermenéutico, cien años de estudio de movimientos estudiantiles (ME) universitarios latinoamericanos; o el de Rodiles (2010) sobre el estudiantado como actor político en las huelgas de la UNAM en 1929, 1968, 1987 y 1999; o bien, el de Rivas (2018), sobre el recuento de un siglo de resonancias del movimiento estudiantil latinoamericano. También otros trabajos como el de Meyer (2008), sobre el movimiento estudiantil en América Latina; el de Marsiske (1999) y el de Rivas (2017), sobre la historia de los ME en comparación con el 68. Por el contrario, intentamos fortalecer el ejercicio de reflexión acerca de los ME en México haciendo uso de las propuestas de análisis realizadas por autores como Ordorika *et al.* (2019).

En este sentido, de manera particular, atendemos los ciclos económicos globales, así como las discusiones ideológicas internacionales. En el plano nacional, se hace énfasis en las disputas por los sentidos comunes, mismas que son alimentadas por las élites político-económicas. Estas, como se verá a lo largo del texto, han fungido como “gestoras” del subdesarrollo de los

sectores sociales más vulnerables, se suelen oponer a las políticas sociales que benefician a las clases trabajadoras y han sido artífices del desmantelamiento de las políticas del Estado de bienestar.

Es allí donde los ME —que se activan como respuesta a un contexto político determinado (como la aplicación de medidas neoliberales en el sistema educativo) y a los agravios de las autoridades (que suelen imponer dichas medidas)— cobran relevancia desde diferentes perspectivas de análisis, que los estudiosos del tema han venido desarrollando desde hace varias décadas. Una de esas perspectivas ha sido desde los repertorios de la acción colectiva; otras tantas desde las ideologías y referentes culturales, desde el simbolismo, las resonancias, etc., las cuales se harán presentes en este recuento de sucesos como categorías analíticas de forma implícita o explícita.

Por otra parte, la visión del tiempo histórico de los ME debe estar acotada claramente. En este sentido, se partirá de dos procesos fundamentales: la primera es el inicio formal del movimiento estudiantil que, según los estudiosos del tema, aparece en las luchas por la autonomía de la universidad acaecidas en Córdoba, Argentina, en 1918, cuyas resonancias llegaron hasta México para el movimiento autonómico de la universidad nacional en 1929. La otra sería el inicio del así llamado por Eric Hobsbawm (2006) “siglo corto”, que inauguraría una nueva época a nivel mundial, época de intensos conflictos políticos y profundas transformaciones socioculturales, y donde estuvieron involucrados distintos ME.

A nivel nacional, un tercer aspecto es la Revolución Mexicana, partea-guas entre una época de tradiciones decimonónicas y otra de modernidad y cambios. Este suceso fue una bisagra entre las resistencias populares étnicas y rurales, hasta las modernas luchas de clases y “revoluciones” culturales protagonizadas por los obreros y otros sectores diversos. Los ME del “siglo corto”, al igual que los movimientos y rebeliones populares anteriores, están sujetos a la disputa entre derechas e izquierdas, pero con componentes ideológicos universalizados por el afianzamiento del propio sistema capitalista realmente existente y, posteriormente, por la globalización.

Más allá de este gran marco, y de la importancia que tienen acontecimientos como la lucha por la autonomía o el propio movimiento del 68, los ME que aquí constituyen la materia de estudio se enmarcan en la resistencia antineoliberal, las luchas anti sistémicas y las críticas al autoritarismo de

Estado (que fueron estimuladas ideológicamente por la disputa en el mundo bipolar de la Guerra Fría). Aquí, hay que destacar cómo, por lo menos durante los últimos 50 años de esta historia de los movimientos estudiantiles, las universidades de América Latina se han convertido en escenarios de la protesta social, al lado de otros protagonistas del siglo como lo son: maestros, trabajadores y campesinos, formando entre todos un epicentro de la protesta popular contra la injusticia del sistema de explotación, y conformando un tipo de cultura política que se enriqueció con cada generación en lucha durante diversos periodos de flujo y reflujo.

Cabe señalar que, además de reflexionar sobre los ciclos del movimiento estudiantil, se podrán ponderar algunos otros factores globales que se relacionan con el fenómeno nacional, por ejemplo, durante la década de los sesenta se desarrolló el movimiento pacifista a nivel internacional, impulsado por estudiantes que se oponían, entre otras cosas, a la guerra de Vietnam. Posteriormente, como semillero de pensadores críticos, la universidad pública sería escenario del surgimiento de corrientes de pensamiento marxistas, leninistas y maoístas que se relacionarían con las guerrillas rurales y urbanas (años setenta), y contribuirían a la vinculación con campesinos y profesores rurales. Esto pese a que (o quizá debido a que) la década y media que va desde 1968 y hasta 1982 constituyó, probablemente, el periodo más álgido de represión social y contrainsurgente que sufrió la región latinoamericana.

También resulta importante señalar que siempre que se va a iniciar un estudio sobre algún tema específico, es imposible no posicionarse políticamente hablando frente a él; no ser influenciado por los simbolismos existentes en torno suyo, distanciarse de los recuerdos, de experiencias vividas y de aprendizajes. Resultaría pues, un sinsentido pretender “neutralidad” ideológica. Tampoco se busca hacer una apología del movimiento estudiantil, sino contribuir a su estudio apoyado del análisis de algunas tesis sobre la cultura política de los movimientos estudiantiles desarrolladas que forman parte de la investigación macro en la cual se inscribe este capítulo.

Así, este apartado también busca contribuir al estudio de los movimientos estudiantiles y luchas sociales, a la comprensión concreta de su trascendencia histórica, y al estudio de sus culturas políticas. Otros temas de interés son su relación con el poder político y sus ecos y resonancias como parte de un panorama mayor de lucha, no sólo a nivel nacional, sino internacional. Es

decir, ligados a las lógicas político-económicas y socioculturales que han dinamizado la historia de nuestro tiempo.

Genealogía del movimiento estudiantil en el contexto mundial

Según Marsiske (1996), los movimientos sociales universitarios apuntan de manera central a los problemas que se desarrollan en la relación entre la universidad con el Estado, haciendo de la institución un campo donde se disputan posturas políticas, se adquieren experiencias de negociación y se construyen alianzas como ejercicio de lo político que se traduce en la base de futuras carreras políticas para ciertos actores (1996, p. 45). Por ello, la autora considera que los movimientos estudiantiles son parte de la misma vida universitaria.

Otro elemento de importancia que hay que considerar para comenzar a hablar de los movimientos estudiantiles en la historia, es que se ven alimentados por una serie de fuerzas sociales (inclusive desde el exterior de la propia universidad) que tienen una incidencia directa en la configuración de sus objetivos y la organización de sus medios. A partir de ello se definen como “formales”, tales como las federaciones de estudiantes o las sociedades de alumnos; o “informales”, como las redes de alumnos, pero siempre constituyendo una dimensión gremial y una política o ideológica (Marsiske, 1996, p. 46). Es decir, los estudiantes se suelen asociar en agrupaciones que se desarrollan en la cotidianeidad institucional y cobran relevancia en determinadas coyunturas cuando se organizan con mayor solidez y actúan en consecuencia para afrontar diversas “amenazas” a su “ser” estudiantil.

Los participantes que se agrupan y dan vida a los movimientos estudiantiles son actores que no pueden ser considerados como “masas” porque no parten de multitudes compuestas por individuos sin lazos previos. La identidad dentro de la universidad se alimenta de diversas formas y se afianza en distintos niveles que eventualmente se convertirán en referentes de sus propios posicionamientos político-ideológicos dentro del entramado social estudiantil. Es un elemento desde el que desarrollan la praxis de su cultura política, influenciada por componentes relativos al tiempo histórico que le dan “sentido” en una época determinada y definen posturas diversas

y complejas frente al mundo (sobre todo en tiempos de la cultura de masas a través de los medios de comunicación masiva).

El estudiantado, principalmente el universitario (aunque los normalistas siempre merecen especial mención), también ha podido construir actitudes críticas frente a la realidad concreta y frente a las desigualdades sociales del país —de hecho, la búsqueda de oportunidades educativas al alcance de más personas ha estado en todas las demandas de sus ciclos de movimiento, cuando éste es contestatario—, y sus actores más radicales han propuesto transformar a la educación en un instrumento emancipatorio y no en un cómplice de la exclusión social o de otros intereses político-económicos subyacentes en el currículum oculto de los planes y programas de estudio.

De esta forma, los estudios sobre los movimientos estudiantiles, en un sentido moderno, han marcado como un hecho cuasi fundacional la Reforma de Córdoba de 1918, que propugnaba por la autonomía universitaria, el cogobierno estudiantil, y la libertad de cátedra, fundamentalmente, aunque ciertamente también por una mayor cercanía de la universidad hacia la sociedad. Desde entonces se reconoce la importancia de la participación de la universidad en la resolución de los principales problemas sociales; esto marcaría la “ruptura más importante para la configuración moderna de los movimientos estudiantiles” (Gutiérrez-Slon, 2020). Para este investigador el cogobierno universitario representa la esencia sobre la cual se va a desarrollar el movimiento estudiantil moderno en América Latina. A través de él se van a articular otras demandas, pues el movimiento autonómico transformaría la lógica universitaria y marcaría la lucha estudiantil, en franca ruptura con las viejas estructuras, para construir su propia historia como rasgo distintivo de las sociedades modernas (Gutiérrez-Slon, 2020).

Los movimientos autonomistas y reformistas posteriores en la región latinoamericana cambiaron a la juventud, al constituirse ésta como actor político y al abrazar nuevos procesos políticos antiimperialistas y opositores a los regímenes dictatoriales, además de marcar la tendencia hacia otras comunidades estudiantiles (Portantiero, como se citó en Gutiérrez-Slon, 2020). Por ejemplo, en la misma Argentina, a finales de la década de 1950 inicia una movilización estudiantil en contra de un proceso de reestructuración de los planes educativos universitarios que los estudiantes consideraron imperialista. En todo esto se puede identificar una adherencia estudiantil a

ideologías de lucha por un cambio general de su contexto político y social, lo cual, por cierto, será parte de la esencia del movimiento de 1968.

Desde una reflexión sobre la conducta colectiva de los movimientos estudiantiles, también hay que ponderar diversos factores que entran en juego como las metas que se fijan los actores para el movimiento, las frustraciones percibidas tanto desde lo individual como desde lo colectivo, los deseos y los símbolos que estimulan la rebeldía en un determinado contexto y gracias a los cuales se legitiman los grupos, así como los referentes desde donde se cuestiona a las autoridades universitarias, estatales o al orden social mismo.

Es por ello que podemos considerar que los movimientos estudiantiles, al menos los que vamos a estudiar aquí –pues también los hay conservadores y de derechas reaccionarias–, se han caracterizado por sus posiciones contestatarias frente al autoritarismo político y han logrado plantear y discutir ciertas visiones utópicas de la sociedad y la educación. Es decir, si bien han sido detonantes específicos los que han activado los diferentes ciclos de los movimientos estudiantiles, los procesos se han convertido en las plataformas para el desarrollo de una cultura política estimulada a partir de las constricciones en sus espacios de vida. Así, desde la propuesta de Marsiske, los movimientos estudiantiles se pueden entender desde su interacción con su entorno social y político principalmente, es decir, no surgen espontáneamente, ni son autónomos en sus formas organizativas ni en sus objetivos, y se encuentran íntimamente ligados a procesos sociopolíticos mayores (1996, p. 55).

Las crisis económicas del sistema capitalista, ya sea desde la realidad regional o desde el plano internacional, juegan un papel central en la historia de los movimientos estudiantiles. Al respecto, David Harvey ya ha señalado que las crisis económicas son esenciales para la reproducción del capitalismo pues en ellas sus desequilibrios son confrontados, remodelados y reorganizados para lograr la renovación o construcción de una nueva versión de su “núcleo dinámico” (2020). Es decir, la forma en que está organizado el sistema-mundo desde el modelo económico hegemónico, el que afecta a nuestra región latinoamericana, le permite utilizar sus propias crisis para garantizar –irónicamente si se permite aquí la expresión– su propia autoreproducción.

Estas crisis son, por supuesto, estimulantes para un pensamiento crítico entre los estudiantes universitarios (aunque ciertamente no sólo en ellos), razón por la cual, sobre todo en el contexto de la Guerra Fría, algunos colectivos

se decantan por la solidaridad hacia los sectores sociales más vulnerables, por lo que sus posiciones y planteamientos se suelen expresar con diversas dosis de radicalismo. Al respecto de este “espíritu juvenil”, retomando la famosa frase de Salvador Allende: “ser joven y no ser revolucionario es una contradicción”; se puede considerar que las visiones utópicas dentro de los movimientos estudiantiles son propias de sus ímpetus de juventud; aunque también son más que eso; son el resultado de una cultura política madurada al calor de las disputas ideológicas, las luchas por la descolonización de África, el surgimiento de las guerrillas en América Latina en contra de las dictaduras militares, y más concretamente, en el caso de México, de las luchas obreras reactivadas en los 50; así como una respuesta ante el autoritarismo de Estado en general.

A esto se debe sumar el surgimiento de una contracultura de masas y la rebeldía de los años del rock and roll, que plantearon una verdadera ruptura generacional no sólo con los valores más conservadores de la sociedad, sino con las visiones del mundo y de la sociedad predominantes hasta entonces, inclusive de ambos lados del espectro ideológico de la política.

Este es el contexto en que surgirían los llamados “nuevos movimientos sociales” que replantearon las bases de lo que ya era una “teoría general” de los mismos y que había logrado dar cuenta de sus formas y características básicas. La nueva tendencia de los estudios (Dalton, 1987; Davis, 1998; Gunder y Fuentes, 1990; Melucci, 1980; Tarrow, 1989) apuntó hacia las características particulares de los movimientos, una nueva tipología y diversos “niveles” de complejidad organizacional y programática, todo lo cual ha permitido un mayor nivel de profundización en la caracterización de sus particularidades.

Entonces, para las últimas décadas del “siglo corto” la crisis social se agravó por la llegada de las políticas del neoliberalismo, provocando diversos estallidos sociales a nivel mundial. De estos, los ocurridos en América Latina tuvieron características propias, pues existen variables regionales como el autoritarismo de Estado, la experiencia de las dictaduras militares de los años 60, 70 y 80, las guerras civiles de la penúltima década, el importante componente indígena en lo social y lo cultural de la región y el subdesarrollo de la misma.

Apuntes teóricos para el estudio de los movimientos sociales

Además de la idea de los nuevos movimientos sociales, cuya característica más importante ha sido su renuncia a la conquista del poder, existen otras propuestas que en conjunto permitirán reconocer las transformaciones históricas en los movimientos estudiantiles. Por ejemplo, la llamada “movilización de recursos”, de la cual Tilly (1998) es uno de sus principales exponentes, considera a los movimientos sociales como formas innovadoras de participación política que aprovechan los recursos políticos disponibles. Esto constituye al movimiento en un grupo de presión emergente que construye vías y condiciones para la negociación frente a las instituciones del Estado, aspecto que los movimientos estudiantiles de las décadas de los 80 y 90 supieron aprovechar.

Otra perspectiva de estudio de los movimientos sociales plantea que estos son síntoma de las tensiones entre la autonomía humana y las lógicas de regulación de la sociedad postindustrial; y emergen en áreas donde se expresan las contradicciones entre el individuo y el Estado (Habermas, 1981); pero la centralidad del análisis está en que estos procesos ocurren en la sociedad civil. En ella conforman sus identidades y establecen sus objetivos (Touraine, 1981), que buscan incidir primordialmente en un ámbito cultural.

En este nuevo enfoque de los movimientos sociales, estos no se proponen la toma del poder sino que propugnan por la sociedad como sujeto y objeto del movimiento (Aranda, 2000). Además, en ellos predomina una composición social heterogénea y su organización se basa en liderazgos múltiples cuyo distanciamiento de la política se constituye en condición para su éxito (Melucci, 1980).

En este sentido, no es el camino el de los partidos políticos, ni el de la guerra de guerrillas, el elegido para la consecución de los objetivos de este tipo de movimientos sociales (dentro de los cuales se puede ubicar a los movimientos estudiantiles), sino la gestión de las demandas a través de la petición, el diálogo, la presión hacia las autoridades, la movilización masiva y el paro de actividades docentes y administrativas cuando hay que elevar el nivel de presión; aunque no por ello quedan ausentes la búsqueda de justicia social. Es decir, el movimiento no se plantea la refundación de la institución educativa, ni el desmantelamiento de las estructuras políticas detrás de ésta,

o el derrocamiento de las clases sociales privilegiadas relacionadas con el manejo de la universidad. No buscan la toma del poder, quizá porque sean conscientes de la imposibilidad de un objetivo así ante un sistema-mundo que parece haber logrado un control mayor del fenómeno social, sino que se “limitan” a negociar las nuevas condiciones de operatividad de las instituciones educativas y garantizar los derechos colectivos, como el acceso a la educación gratuita.

Cabe señalar que, para Melucci (1980), los nuevos movimientos sociales son “sistemas de acción multipolar” que transitan por fases continuas de construcción y reconstrucción, donde la construcción identitaria y la acción colectiva giran en torno a las necesidades individuales, a partir de lo cual construyen redes libres e interpersonales. Esto tiene mucho que ver con una condición social característica de la modernidad, en la que se han desdibujado las identidades étnicas y se han sustituido por una suerte de “múltiples identidades” entre las que se encuentran el constructo de la identidad nacional y la identidad generacional, entre otras tantas. Por ello, para este autor, los movimientos tienen entre sus peculiaridades la conformación de nuevas identidades colectivas.

Aquí las nociones sobre el espacio vital y las condiciones de vida de muchos sectores sociales constituyen referentes para el movimiento social, en donde se han generado una nueva serie de valores en un contexto de keynesianismo y capitalismo avanzado. La acción, pues, en lo individual y lo colectivo está relacionada con una cadena de procesos de intermediación donde se dan procesos de ideación, surgimiento de actitudes de solidaridad en pequeños grupos, y de formación de identidad desde nuevos marcos de significación; razón por la cual el movimiento se detona no tanto en referencia a cambios estructurales, sino a lo accesible o inaccesible de las oportunidades políticas en función de los constreñimientos y realineamientos del sistema político (Aranda, 2000).

De esta forma, Aranda, desde la lectura clásica de los movimientos sociales plantea que estos “surgen como un proceso de conducta colectiva a la que se adhieren los sujetos como parte de un proceso racional que les lleva a incorporarse en los colectivos de protesta social” (2000, p. 227), y basado en la teoría de la movilización de recursos y su enfoque de oportunidades políticas (de Charles Tilly), destaca la importancia

de los contextos de surgimiento. Así, los nuevos movimientos sociales (desarrollados por Sidney Tarrow, Alain Touraine y Alberto Melucci) se caracterizan por formas de acción no convencionales donde se prefieren organizaciones de pequeña escala y descentralizadas, sin jerarquías, pues el objetivo central es favorecer la democracia directa (Aranda, 2000, p. 232), a través de la cual se gestionan los derechos sociales que habían sido conquistados por el Estado de bienestar, y han sido amenazados. El acceso a la educación gratuita es uno de estos.

Desde estas perspectivas de estudio, la lucha de clases pasa a un segundo plano frente a otros reclamos como el ambientalista o el feminista, aunque ciertamente, tanto la destrucción del medio ambiente como la opresión de las mujeres tienen un importante componente clasista en la forma de padecer las afectaciones medioambientales, así como racista y capitalista es el machismo que revictimiza a la mujer, pobre, indígena y negra. Esto, en la realidad latinoamericana adquiere matices más acentuados por ser la región con mayores desigualdades del mundo, donde la estructura de clases y el Estado están históricamente articulados y no existe diferenciación entre estos dos elementos o es muy tenue, gracias a lo cual el aparato estatal actúa con mayor autoritarismo y violencia (Aranda, 2000, p. 240).

La alianza de las clases acomodadas con los funcionarios del poder público ha hecho del ejercicio de la política un negocio desde donde se protege el propio sistema político y los intereses de aquellas. Por esto y otros tantos elementos regionales, se ha planteado cierta dificultad en el uso de este modelo de estudio en el contexto latinoamericano debido al contraste entre las dos versiones del Estado nacional moderno, donde destaca, por un lado, la “democracia” más acabada que se vive en Occidente, con sus estructuras políticas formales, la relación que establecen con los ciudadanos y su desarrollo industrial; frente a un Estado subdesarrollado en América Latina, que carece de estructuras e instituciones democráticas formales (Davis, como se cita en Aranda, 2000, p. 241). Y es que las democracias latinoamericanas y sus instituciones estatales históricamente han estado mucho más lejos de representar los intereses de la ciudadanía (no privilegiada) que los Estados socialdemócratas occidentales, lo cual atiende a diversos factores.

Por estas razones hay quienes plantean que, debido a estos patrones antidemocráticos del Estado, se explica la inexistencia de respuestas homo-

géneas por parte de los movimientos sociales, puesto que jurídica e institucionalmente no reciben respuesta por parte de ese Estado antidemocrático, sino más bien represión; estos pensadores consideran que los movimientos sociales, más que buscar implementar la democracia en el Estado, son un avance en la lucha social (Aranda, 2000, p. 241). Por todo ello, resulta importante recuperar aquí algunos de los elementos más importantes de la propuesta de los nuevos movimientos sociales como respuesta a las nuevas condiciones económicas, políticas y socioculturales, de la segunda mitad del siglo *xx*.

Otros elementos importantes de esta propuesta que ayudan a caracterizar al movimiento estudiantil, es que los nuevos movimientos sociales son diversos y plurales, y buscan conseguir derechos civiles, reconocen las identidades individuales y el interclasismo, pues sus integrantes provienen de variados grupos socioeconómicos. Pero es el enfoque de estudio de los movimientos estudiantiles contemporáneos, que se desmarca de la preeminencia del movimiento de 1968 (Dip, 2022, p. 96; Ramírez, 2018), el que plantea comprender los principales ejes organizativos y demandas de la activación de los movimientos estudiantiles, prioriza la participación directa, horizontal y por asamblea para evitar el desarrollo de liderazgos o la necesidad de mediaciones partidistas, y aprovecha el uso creciente de nuevas tecnologías de comunicación (Dip, 2022, p. 95).

También destaca la centralidad que adquieren las referencias políticas a la izquierda tradicional y al movimiento (neo)zapatista, que marcó a la juventud desde mediados de los 90, todo esto en convivencia con un perfil político-ideológico ambiguo, razón por la que se les llama a estas generaciones “indignadas” o “postzapatistas” (Modonesi, como se cita en Dip, 2022, p. 95).

Algunos precedentes históricos de los movimientos estudiantiles en México

Planteadas algunas de las perspectivas para el estudio de los movimientos sociales, se podrá hacer un breve abordaje histórico de los hechos que consideramos podrán permitirnos hablar de ciclos de los movimientos estudiantiles en un contexto nacional e internacional conflictivo. Y es que, durante los últimos 50 años, las universidades en América Latina estuvieron en el epicentro de

la protesta social, ya sea por reclamos en torno a las condiciones generales en que se desarrollaba la educación, por el ritmo y orientación que tomaron sus actividades sustantivas (particularmente durante el neoliberalismo), o porque se han mantenido, junto con la educación en sí misma, como campo en disputa entre las derechas y las izquierdas políticas. Cabe señalar que, en el caso de México, la existencia de escuelas normales en el medio rural, permitió que a la postre se convertirían en semilleros de rebeldía estudiantil al mantener la impronta del agrarismo revolucionario mexicano.

En este sentido, se puede considerar que los estudiantes, primero de las normales rurales y después de las universidades —y de otros centros de educación técnica como lo fue el Instituto Politécnico Nacional—, también fueron politizados por la educación socialista del cardenismo y por los flujos y reflujos de luchas obrero-magisteriales-campesinas herederas de los ideales de la Revolución mexicana, cuyos nuevos ciclos de emergencia iniciaron a finales de la década de 1950, con el Movimiento Revolucionario Magisterial, encabezado por el profesor Otón Salazar (Ramírez y Jurado, 2021). Incluso algunos estudios demuestran la alianza coyuntural que se dio entre estudiantes organizados y el magisterio democrático en este periodo (Pérez, 2024).

Se puede considerar que este fue uno de los canales de politización del estudiantado universitario, entre otros como el triunfo de la Revolución cubana, el movimiento pacifista en Estados Unidos y el progreso de los países socialistas. A esto hay que sumar las deudas en materia de justicia social pendientes de la misma Revolución, la suspensión del reparto agrario y la violencia estructural y permanente, reproducida por un Estado cada vez más represor y autoritario a partir de la segunda mitad de ese siglo corto, por los caciques y oligarcas locales y regionales, por el corporativismo priista y por la intolerancia de la Iglesia católica y los grupos de extrema derecha que fueron surgiendo para contrarrestar los efectos del cardenismo, primero, y la “amenaza” del comunismo internacional después.

Otro factor de politización fue el “nuevo” sometimiento del país a los intereses políticos y económicos de los empresarios y de Estados Unidos con la llegada de Ávila Camacho a la presidencia, lo que generó oposición de las corrientes socialistas y comunistas de las agrupaciones obreras y campesinas, e inclusive, dentro de las filas del partido oficial (el PRI). Por supuesto, hay que mencionar que en el contexto en que se desarrollaron los primeros

movimientos estudiantiles por la reforma universitaria, la Gran Depresión económica de los años 30, provocada por el *crack* de la Bolsa de Nueva York en 1929, jugó un papel fundamental en las transformaciones globales que sobrevendrían.

Investigadores como Imanol Ordorika, Roberto Rodríguez-Gómez y Manuel Gil Antón, entre otros, han señalado que el gran eje articulador de los movimientos estudiantiles en la región latinoamericana fue el Manifiesto Liminar del 21 de julio de 1918 realizado en la Universidad de Córdoba, Argentina. En este, se afianzó o concretizó la idea del reformismo a partir de demandas concretas: representación estudiantil en el gobierno universitario, derecho a la libre cátedra, autonomía, concursos de oposición y un compromiso social para la universidad (2019, p. 11). Se trató de una exigencia acorde con las necesidades de democratización y modernización de la práctica y la gestión.

Cabe señalar que, quizá no tan conectado con este manifiesto, la realización del Primer Congreso Internacional de Estudiantes en México en el año de 1921, y la organización de la Federación Estudiantil Mexicana, que daría voz y voto a los estudiantes del Consejo Universitario, admitiendo las discusiones sobre la reforma universitaria y la búsqueda de la autonomía, lo cual permitió el surgimiento del movimiento autonomista en la Universidad Nacional de México, que lograría su cometido en 1929 (Ordorika et al., 2019). Cabe señalar que esto debería seguirse estudiando, pues esta transformación de la universidad no se tradujo en su democratización, (no por lo menos en términos de una participación sustantiva del estudiantado en su gobierno), y más bien, se consolidaría como coto de poder político.

Pero fue la impronta de la educación socialista un aliciente que permeó a los diferentes niveles educativos en desarrollo. También podemos considerar que la rebelión escobarista en contra del general Calles, la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) y los estragos de la Guerra Cristera (1926-1929), fueron variables independientes que estimularon la politización de los estudiantes y alimentaron sus deseos de involucramiento en los asuntos políticos del país. Lo cual, por supuesto, se articula con una secuencia de movimientos estudiantiles en el resto de América Latina, que lograrían reformas sustanciales como las autonomías universitarias o la participación estudiantil en los órganos de gobierno de las universidades, según lo ha señalado Marsiske (1996, p. 52). Lo cierto es que, más allá de la conquista de

ciertas vías de participación estudiantil en este proceso, las universidades públicas en toda la región serían parte del entramado de instituciones mediante las cuales se consolidarían las élites político-económicas, excluyendo a las clases trabajadoras.

Educación socialista en México: la impronta del normalismo

El periodo de entreguerras en México fue el escenario de acciones “extremas” de los dos grandes espectros políticos. Por un lado, la ultra derecha oligárquica aliada con la ultra derecha religiosa, oponiéndose al reparto agrario y a la aplicación de los artículos 3º, 5º, 27º y 130º constitucionales que impedían a la Iglesia católica su injerencia en la educación, los negocios, la acumulación de bienes y el agiotismo (Ramírez y Jurado, 2021); por lo que desataron en 1926 un conflicto social azuzando a los campesinos y sectores ultra católicos del medio urbano mediante el cierre de templos y el cese de misas. Además, excitaban a las masas con proclamas como: “La doctrina de la Iglesia es invariable, porque es la verdad divinamente revelada [...] El episcopado, clero y católicos, no reconocemos y combatiremos los artículos 3º, 5º, 27º y 130º de la constitución vigente...” (Ramírez y Jurado, 2023, p. 97).

Esta fue la llamada Guerra Cristera. Por otro lado, el anticlericalismo del presidente Calles y sus sucesores del llamado “Maximato” también actuó de forma autoritaria. Finalizado el conflicto, mas no resuelto, se dio paso a la instauración del régimen cardenista, proceso en el que se terminaría de afianzar la institucionalización del régimen de Estado y de partido único, en el que el espíritu de justicia social de la Constitución de 1917 tomaría quizá su mayor impulso a través del diseño de las políticas públicas. En esto, la idea de la educación socialista cobraría central importancia, lo cual impactaría de forma decisiva en el estudiantado del medio rural, donde se hablaba de colectivización de la tierra y del trabajo, de oposición a la propiedad privada y al sistema económico capitalista, a la explotación del hombre, a la acumulación de riqueza y al monopolio de los medios de producción por las clases dominantes.

En este sentido, aunque la primer Escuela Normal Rural oficial data de los años 20 en Tiripetío, Michoacán, y aún más, se puede remontar hasta el siglo XIX cuando se propuso implementar en el país el modelo francés del normalismo y se aplicaron las escuelas mutualistas (Ramírez y Jurado,

2021); fue hasta el sexenio cardenista en que estas escuelas recibieron un impulso decisivo.

Durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, la educación había estado en manos principalmente del clero (a pesar de los esfuerzos impulsados desde la Reforma para contrarrestar esto), como lo ha señalado Ávila (2019). El nuevo modelo educativo sería respaldado posteriormente por el Artículo 3º que establecería que: “La educación que imparta el Estado será socialista y además de excluir toda doctrina religiosa, combatirá el fanatismo y los prejuicios, para lo cual la escuela organizará sus enseñanzas y actividades en forma que permita crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social” (Medina, 2000).

Como se ve hasta aquí, desde la presidencia de Calles, y aun antes, se había tratado de combatir frontalmente al fanatismo religioso y la educación anacrónica y retrógrada mediante un programa de educación inspirado en el socialismo que, por fin, se había aprobado en el Congreso Pedagógico de Xalapa de 1932. Aunado a ello, la revolución bolchevique se consolidaba cada vez más como un referente de pensamiento político para las luchas obrero-campesinas en el mundo. Así, se podía vislumbrar en la década de los años 20' y parte de los años 30 un auge de partidos socialistas y comunistas que comenzaba a permear en América Latina. En suma, tendría esta educación como alta misión: “formar a una juventud socialista fuerte, física e intelectualmente, libre de prejuicios religiosos” (Ramírez y Jurado, 2021).

Se trataba de formar trabajadores y profesionistas que estuviesen identificados con la “mayoría” proletaria, y

formar los técnicos especialistas que hagan progresar materialmente nuestra industria, agricultura y demás actividades económicas, organizándolas, no bajo principios de la economía capitalista, sino con los postulados del socialismo, a medida que la revolución vaya progresivamente colectivizando los medios de producción. (Guevara, 1998)

La meta era construir un trabajador socialista y se tomaría de las universidades y escuelas profesionales el material humano que abrevara del conglomerado revolucionario su orientación ideológica. Por esta razón debían ser “desplazados de las universidades y escuelas preparatorias y profesionales, oficiales o libres, los elementos reaccionarios, llamándose a los intelectuales

revolucionarios a reemplazarlos, tanto en los puestos directivos como en las cátedras” (Guevara, 1998, pp. 54-55).

Cabe señalar que el presidente Abelardo L. Rodríguez había sido el encargado de llevar a cabo dicha reforma constitucional, recuperando las experiencias de sus predecesores Emilio Portes Gil (1928-1930) y Pascual Ortiz Rubio (1930-1932), con el acuerdo y apoyo de todo su gabinete y la concurrencia y aprobación de toda una gama de organizaciones obrero-campesinas y gremios, agrupaciones y sindicatos de trabajadores de las más diversas actividades productivas, quienes marcharon hacia el primer cuadro de la capital para expresar su respaldo y apropiación de las reformas del periodo.

En la maduración de esta iniciativa había ayudado mucho la participación de personajes en el poder como el presidente Rodríguez, quien aceptaba combatir al clero, destruir el fanatismo religioso y librar una guerra a muerte contra el sectarismo religioso (Quintanilla, 2021, p. 2). Por su parte, Vicente Lombardo Toledano también participaría con un emotivo discurso en apoyo a la educación socialista, en contra del capitalismo, la burguesía y la Iglesia.

Otro hecho relevante fue la creación del Instituto de Orientación Socialista, encargado de elaborar los lineamientos para la educación que diseñó el Plan de Acción de la Escuela Socialista, que buscaba que la escuela no estuviera al margen de los fenómenos de la sociedad, que combatiera los lastres del desarrollo social y que defendiera a las clases desposeídas, pues la educación tenía que oponerse al individualismo, la religión y la injusticia social (Quintanilla, 2021). También surgió la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSSM) en Guanajuato, que protagonizó la movilización estudiantil en pleno surgimiento de los gobiernos posrevolucionarios, con el propósito de defender el esquema establecido para la formación de los maestros rurales durante los años 30, y fue integrado por estudiantes de trece escuelas, junto con la Escuela Nacional de Maestros y la Confederación de Estudiantes Socialistas de México (Ortiz, 2019).

Pasado el periodo cardenista, y con él, el momento álgido de la organización estudiantil —en que promovían la organización democrática y de cooperativas— y de su ideologización socialista, a partir de lo cual organizaban Bloques Socialistas de Maestros Revolucionarios (Ortiz, 2019), la gestión de Ávila Camacho se alinearía más a los intereses empresariales y buscaría el pragmatismo. No obstante, la impronta de los anhelos por alcanzar la justicia social en el

país siguió presente entre las generaciones de jóvenes que tratarían de mantener vivo el recuerdo de experiencias de lucha con tintes revolucionarios, tal fue el caso de la Unión de Estudiantes Pro-Obreros y Campesinos.

Unión de Estudiantes Pro-Obreros y Campesinos

Resulta importante dedicar algunas líneas a la Unión de Estudiantes en la Universidad Nacional como una de las experiencias más destacadas del ideario “revolucionario” que se anidaría en diversas generaciones estudiantiles del país, esto a principios de la década de 1930, en el marco del conflicto en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Derecho en contra del examen escrito y el nuevo plan de estudios para la ENP, así como de la represión de la policía hacia los estudiantes, a lo que se sumó la búsqueda de la autonomía universitaria (Romain, 2023, p. 67). Es decir, fue resultado de las movilizaciones de 1929 y se inspiró en el pensamiento de Vasconcelos y su idea de la “raza cósmica”.

El movimiento también procuró impulsar los grandes objetivos de la Revolución mexicana y la construcción de una educación popular (Romain, 2023, 68). Aquí, la educación de las clases populares con respecto a los preceptos de los gobiernos posrevolucionarios constituyó un eje de su acción política, así como la práctica de la extensión universitaria como vía del acercamiento a la sociedad, para llevarles a los sectores menos favorecidos las luces de la educación científica. Estos aspectos implican visiones del mundo que movilizaron a un sector juvenil que se articulaba con una “ola” internacional iniciada “míticamente” en Córdoba y cargaba de significado su acción política gracias a la aún fuerte influencia del ideario de la revolución con todos sus matices, incluyendo el polémico pensamiento vasconcelista, de donde tomó fuerza la idealización del mestizaje. El punto es que, más allá de esto, los estudiantes universitarios establecieron una agenda de lucha donde la justicia social y la reivindicación de las clases trabajadoras tuvieron un lugar predominante.

Posguerra y Modernidad

Si bien, el desarrollo del capitalismo mundial y el subdesarrollo del llamado Tercer Mundo constituyen dos de los principales referentes que nos ayudan

a comprender la emergencia histórica del movimiento estudiantil, existen una serie de elementos que permiten comprender su diversidad interna desde sus propias especificidades. Estas son los motivos, detonantes o causas específicas de cada reactivación del movimiento, sobre todo en el periodo entre el movimiento autonomista en la UNAM y lo que será el movimiento de 1968, en el que hubo diferentes luchas y sucesos en diversas universidades públicas del país.

El inicio de la Guerra Fría y las grandes revoluciones sociales (como la china, la cubana, la argelina, la nicaragüense, la independencia de la India, la descolonización de África, etc.) constituyen dimensiones referenciales y estimulantes geopolíticos externos de tiempos de transformación y cambio. Por otra parte, en la Europa occidental en reconstrucción a través del Plan Marshall, proliferarían los gobiernos socialdemócratas, mientras que la Europa oriental construía la justicia social como bloque socialista. En América Latina, el informe Kissinger sería un primer referente para que la hegemonía norteamericana se hiciera sentir, en alianza con las oligarquías regionales (y con la clase política corporativa del *priismo* en el caso particular de México), algo que llevaría a la debacle a los gobiernos “progresistas, Estados de bienestar o de “tendencias socialistas” de la década de 1950, como el de Jacobo Árbenz en Guatemala. Esta injerencia norteamericana daría como resultado, en el Cono Sur, las dictaduras militares.

Otra característica peculiar del nuevo periodo que impactó decididamente en las universidades públicas mexicanas fue su masificación, es decir, se dio un crecimiento exponencial en matrícula de estudiantes gracias a su apertura a la admisión de un mayor número de aspirantes a estudiar una licenciatura o alguna ingeniería, aspirantes que en gran medida provenían de una incipiente pero vigorosa clase media en crecimiento. Cabe señalar que, para Hobsbawm, la masificación de la educación superior se explica como una estrategia impulsada por el propio capital, que atendía el interés de las industrias, el comercio y las empresas para contar con la mano de obra calificada que necesitaban para su funcionamiento y desarrollo (1998). En México, el acceso a la educación superior se convirtió en la vía hacia un mejor nivel de vida, rompiendo con la idea de que aquella era sólo accesible para las élites de la sociedad y la burguesía, lo cual permitió la transformación del concepto mismo de universidad (Domínguez, 2020, pp. 80-81).

Pero serían la Revolución cubana, el Mayo francés, la guerra de Vietnam, el movimiento pacifista y el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos, los referentes ideológicos más poderosos que alentarían las visiones libertarias de las nuevas emergencias de los movimientos estudiantiles a nivel internacional. Un elemento más que hay que ponderar en lo que fue el cambio del sistema educativo universitario en América Latina fue la reforma del modelo tradicional impulsado por la USAID, la Fundación Ford y la Fundación Rockefeller, entre otras, que ya habían logrado detonar reformas en Estados Unidos (Krotsch, 2002, p. 29). El hecho es que, con los modelos de desarrollo económico impulsados en México y otras partes del mundo, se estimuló el crecimiento de las clases medias, lo cual ayudó a la universidad a tomar su cariz de instrumento de movilidad.

Ideologías disruptivas, visiones utópicas y respuestas al autoritarismo de Estado: el camino hacia el movimiento estudiantil del 68

La emergencia del movimiento estudiantil de 1968 en México estuvo ligada también al movimiento ferrocarrilero de 1958-1959 (en el marco de la reactivación del movimiento obrero a nivel nacional), junto a la intensa actividad intelectual que se daba en aquella época—con la organización de círculos de estudio y grupos políticos durante la década de los años 60—, de donde saldrían importantes críticas al liberalismo capitalista y al socialismo (real) soviético (Domínguez, 2020, pp. 73-74).

Esto, mientras el referente ideológico de la Revolución cubana cobraba fuerza particularmente entre las generaciones estudiantiles, sobre todo por la organización de los Congresos de Juventudes Latinoamericanas, lo cual se engarzó con las actividades homólogas de la URSS y la realización del Foro Mundial de la Juventud (Domínguez, 2020, 85).

Por otra parte, acontecimientos como la revolución de Hungría entre octubre y noviembre de 1957, y la Primavera de Praga entre enero y agosto de 1968, marcarían globalmente un periodo de agitación mundial donde los jóvenes —como categoría de las sociedades modernas— jugarían un papel central, no sólo como grupo contestatario, sino como promotores de filosofías libertarias y alternativas al capitalismo. En México estaba en pleno auge la

cooptación clientelar de los sindicatos, el creciente corporativismo priista, el crecimiento de nuevos latifundistas, más privilegios para la clase empresarial, y un claro posicionamiento del conservadurismo y las tendencias de derecha en la clase política.

Con ello se reforzó la injerencia de los Estados Unidos a través de su Oficina de Servicios Estratégicos (después: CIA), por ejemplo, logrando apoyos norteamericanos para patrocinar movimientos y organizaciones anticomunistas (Hernández, 2019, pp. 78-79), tales como la Confederación Nacional de Estudiantes, la Federación Estudiantil Universitaria, el Frente Universitario Anticomunista o la Corporación de Estudiantes Mexicanos. También se procuraría la eliminación de las izquierdas en las organizaciones sindicales mediante el “charrismo sindical” (Hernández, 2019, pp. 89-90); ello, en medio de la retórica gubernamental nacionalista que exaltaba los elementos patrios para la unidad nacional.

A partir de esto, muchos investigadores señalan a la década de los años sesenta (particularmente el año 1968) como el clímax del anticomunismo en México (Castillo, 2012, p. 156). En este tiempo el activismo universitario (de izquierda) también sería considerado por las autoridades como una amenaza, detrás de todo lo cual, como ha señalado Ariel Rodríguez, existía una “ansiedad conservadora” que flotaba en el ambiente político y social, por lo que el movimiento estudiantil se percibía como un desafío a la sociedad “patriarcal, autoritaria, católica y conservadora” (2009, p. 356).

Aquí, el rol de periódicos como *Excelsior*, *El Universal* o *Novedades*, secundados por las radiodifusoras más importantes del país como la XEW y la XEQ quienes, por cierto, antes ya habían hecho propaganda a favor de los nazis y ahora se ponían al servicio de los norteamericanos con la misma agenda anticomunista, sería clave para justificar ante la opinión pública la represión de los estudiantes, no sólo en la coyuntura de 1968, sino en lo sucesivo, sesgando la información y propiciando su manipulación (Rodríguez, 2009, p. 89).

El Estado autoritario en México se consolidaría (estratégicamente) durante las etapas más álgidas del desarrollismo, durante importantes márgenes de crecimiento económico sostenido. Y fue estratégico pues, a mayor “bienestar” percibido por las clases trabajadoras (con el acceso a bienes de consumo y derechos sociales principalmente), más difícil se vuelve percibir

ese incremento del autoritarismo, la pérdida de libertades democráticas, y la pérdida de conquistas laborales, para culminar así, con el desmantelamiento del Estado de bienestar.

Hasta aquí resulta preciso destacar que la condición de un movimiento estudiantil implica un tipo especial de organización política de los estudiantes con la finalidad de enfrentar problemáticas o enarbolar demandas con las que se relacionan colectivamente, es decir, “el surgimiento de movimientos estudiantiles conlleva la práctica política del estudiantado” (Dip, 2022, p. 17). Se trata de la acción política que da origen a un movimiento, y le otorga su condición de movimiento mismo, integrado por un *continuum* de prácticas inorgánicas, espontáneas que conducen a la construcción de instancias organizativas (Dip, 2022). La trayectoria de los movimientos obreros y campesinos de esas décadas de posguerra y lo demás que aquí se ha señalado, servirían como resonancias para el nuevo estudiantado.

A partir de esto, es importante destacar el concepto “activismo estudiantil”. Este surge de acciones políticas más o menos espontáneas, para ir evolucionando hacia una mayor estructura. Llega un punto en el que el grado de movilización y la complejización de la organización permite su consolidación como movimiento, coordinándose en diversas dimensiones, desde las que, inclusive, puede alcanzar alguna formalidad e institucionalización (Dip, 2022).

En esto sobresale la dimensión política alcanzada en torno a la educación para esos momentos, la cual se pretende interpretar como un ámbito despolitizado, aunque ciertamente, en todo momento se configura como un espacio en disputa, donde se confrontan los intereses de actores político-económicos y grupos e intereses creados, quienes buscan incidir en la organización y los fines educativos (Dip, 2022, p. 20).

Es decir, en el ¿para qué se forma a los profesionales, con qué fines laborales y productivos?, ¿qué visión del mundo laboral y las relaciones sociales de producción se les van a inculcar?, entre muchos otros elementos relativos a los sentidos comunes en torno al trabajo y la productividad, la acumulación de riqueza y la relación con los medios de producción; todo lo cual, en su reflexión y crítica ayudan a determinar las acciones y las demandas de los movimientos estudiantiles.

También resulta preciso destacar la reacción de los grupos de las derechas (políticos, empresarios, la Iglesia y los grupos de interés creados), que

en esta historia juegan papeles protagónicos junto al propio movimiento estudiantil, pues son sus intereses político-económicos los que suelen provocar las desavenencias con el grueso de la comunidad estudiantil, cuando impulsan reformas y cambios a los planes y programas de estudio de formas unilaterales y antidemocráticas. Por ejemplo, en 1968, tras la promoción de universidades privadas, se fundó la Universidad de Monterrey (o Regiomontana), con la participación del arzobispo Alfonso Espina y el empresariado regiomontano para contrarrestar la influencia de la izquierda en las universidades (De León, 2000, p. 126).

Esto constituye un referente clave que se suma a la acción universitaria del Instituto Tecnológico de México (ITM- más tarde ITAM), que era la alternativa capitalista para estudios de economía (desde la ideología de los banqueros e industriales) frente a la Escuela Nacional de Economía de la UNAM, de marcada tendencia marxista en sus estudios en economía, con lo que buscaban combatir la ideología cardenista y cambiar las mentalidades (Romero, 2016).

Economía-mundo: disputas en un mundo bipolar

Particularmente las décadas de 1950 y 1960 marcaron al mundo por las luchas entre las dos super potencias militares triunfantes de la Segunda Guerra Mundial: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, cuya influencia le hacía erigirse como la vanguardia y referente internacional de lucha de las izquierdas políticas de todo el mundo en contra del sistema capitalista; y los Estados Unidos de América, que se haría más fuerte política y económicamente a partir de la aplicación del Plan Marshall (finales de los 40 y principios de los 50) para la reconstrucción de Europa, y junto con sus aliados de la Organización del Tratado Atlántico Norte, se proponía evitar el avance del comunismo y defender al capitalismo en todo el planeta.

Se trataba de la consolidación de un bloque que contendría las tendencias internas hacia el comunismo, les alejara de la influencia de la URSS y les permitiría hacer frente al bloque de países socialistas que se articuló en 1955 con el “Pacto de Varsovia”, surgido a su vez, para hacer frente a la amenaza que constituyó la creación de la OTAN; no obstante, este pacto protagonizaría dos importantes represiones sociales: una en Hungría en 1956 y otra en Che-

coslovaquia, en 1968, durante la llamada “Primavera de Praga”, donde los militantes y simpatizantes comunistas checoslovacos intentaron poner fin a la influencia soviética a través de un proceso de cambios constitucionales y amplias protestas de sectores populares en contra de la intervención militar de los miembros del Pacto de Varsovia en su territorio. Los jóvenes reprimidos en este episodio también constituyeron un emblema de la “juventud en rebeldía” contra los regímenes autoritarios.

Por otra parte, el llamado “macartismo” como doctrina política también jugaría un papel de central importancia para contener, inhibir y perseguir cualquier atisbo de “rebeldía” social, proceso revolucionario o subversión del sistema dentro del ámbito de influencia estadounidense. Durante la década de 1950 fue impulsado principalmente por el senador norteamericano Joseph McCarthy, y fue la base para desarrollar labores de espionaje y contrainsurgencia en contra de “agentes comunistas” en diversas esferas de los ámbitos público y estatal, principalmente en los Estados Unidos. Y aunque antes de finalizar la década de los 50 los efectos de la persecución y el acoso político disminuyeron, lo cierto es que dejaría su impronta para proyectar las narrativas anticomunistas en todo el hemisferio occidental, incluyendo los países de América Latina, donde los partidos y organizaciones sindicalistas y laboristas habían cobrado gran relevancia en la escena política.

La segunda mitad del siglo *xx* atestiguó la construcción de importantes escenarios que dieron cauce a la Guerra Fría, como lo fue la guerra de Corea (1950-1953). La descolonización de África enterró la fisonomía del viejo orbe colonial y configuró un nuevo panorama geopolítico de Estados nacionales alineados al bloque soviético o a la influencia de Estados Unidos. En México la represión de las corrientes democráticas al interior de los sindicatos no inhibió el surgimiento de más protestas y movilizaciones obreras, como las de los telegrafistas, los maestros y los ferrocarrileros entre 1958 y 1962, que recibieron por parte del gobierno represión y encarcelamientos de dirigentes.

Así, el 68 sintetiza una serie de sentimientos revolucionarios a nivel mundial en oposición a la hegemonía de Estados Unidos y sus constantes intervenciones en favor de la expansión del capitalismo, pero también en oposición a los errores y afrentas cometidos en contra de las clases trabajadoras por la propia URSS, y la caducidad de la “vieja izquierda”. La reactivación del movimiento estudiantil problematizó estos aspectos, y más aún, comenzó a

cuestionar la participación de los académicos en la reproducción del status quo mundial, resaltando el abandono de los grupos oprimidos por áreas como las ciencias sociales, y destacando la importancia de las epistemologías subyacentes a las estructuras del saber (Wallerstein, 1989, p. 229).

Esta situación de malestar entre las clases trabajadoras y los estudiantes universitarios deviene de la expansión mundial de la economía capitalista experimentada en la década de los 50, donde precisamente Estados Unidos había logrado consolidar una gran eficiencia productiva que le permitió reafirmarse como potencia dominante capaz de confrontarse con el socialismo realmente existente, que ya había salido incólume de la crisis de 1929 y triunfante de la Segunda Guerra Mundial. Occidente no pudo evitar el surgimiento de gobiernos socialdemócratas para sacar a Europa de la devastación mientras se ocultaban los vicios del sistema de clases y sus conflictos inherentes, mediante una serie de concesiones a ciertos grupos trabajadores con tal de involucrarles eventualmente en una cruzada anticomunista mundial (Wallerstein, 1989; Jurado, 2024).

En este contexto, emergió en Francia en 1968 el movimiento estudiantil, disputando la concepción de lo que tenía que ser la universidad y replanteando su función ante la sociedad. También empezó a discutir los lazos que debía tener la universidad con las empresas (Ament, 2019, p. 220). No obstante, pronto se recuperó el esquema del financiamiento privado a la educación con el regreso al poder político de la derecha, que impulsó con fuerza la privatización de la educación pública y redujo la democracia universitaria y la participación estudiantil en los consejos universitarios (Ament, 2019, p. 221).

Cabe señalar que el movimiento estudiantil francés se opuso a la creación de “universidades de élite”, que dispondrían de medios financieros (incluyendo presupuesto público), y a la de “universidades basurero”, dirigidas a la población más vulnerable socioeconómicamente hablando, donde se emitirían diplomas no rentables (Ament, 2019, p. 221), con lo cual se alimentaría una “selección” de sujetos para obtener las mejores oportunidades. Los sujetos provenientes de las primeras tendrían acceso a los mejores trabajos, mientras que los de las segundas, a los peores. Esta estrategia obedecía los designios de la globalización, de los organismos financieros internacionales y a las lógicas del capitalismo salvaje, y sería implementada de una u otra forma en otras partes del mundo.

El creciente malestar social por el paulatino desmantelamiento del Estado de bienestar y la pérdida de los derechos laborales debido al sindicalismo charro y a las posiciones del gobierno cada vez más favorables a los empresarios y los intereses del gran capital; el afianzamiento, por la pobreza, de las llamadas por el antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán “regiones de refugio”; eran pues, las ironías del desarrollismo y del discurso nacionalista en que quedaban lastimosamente condenadas amplias poblaciones indígenas del país, donde pronto se reflejarían los más bajos índices de alimentación, educación, salario, desarrollo y los más altos de marginación, mortalidad infantil y alcoholismo.

Pero justamente en el contexto de la Guerra Fría, América Latina se convertiría en escenario de una dura represión política. Y aunque en México nunca hubo de facto una dictadura militar, la actitud del Estado represor nada tenía que envidiar a los regímenes dictatoriales más brutales del Cono Sur, pues los agentes de la CIA intervenían en el país en completa y flagrante violación de la soberanía, la cual les importaba menos a las clases políticas y empresariales que la pérdida de sus privilegios y poder económico ante posibles remontadas del movimiento obrero-popular. Todo ello ocurría mientras el producto interno bruto del país experimentaba aumentos en términos reales para luego mostrar una baja muy sensible a partir de 1955, llegando a su punto mínimo entre 1959 y 1961, lo cual convirtió a la década de los 60 en un periodo de depresión socioeconómica, aunque ciertamente la tasa de crecimiento del 6% de la economía se pudo sostener (Padilla, 1968, p. 723).

Cabe señalar que las principales causas del descenso fueron el ciclo de depresión de la economía regional latinoamericana y los efectos de los ciclos de depresión de la economía norteamericana entre 1959 a 1961, que afectaron también a toda la región, lo cual redundó en efectos depresivos en determinantes básicos del empleo y el desarrollo, por ejemplo, las exportaciones y la inversión privada (Padilla, 1968, pp. 724-725). Por ello, se puede considerar que influyó en la reactivación del movimiento obrero de los años 50 y principios de los 60, pues además de la crisis de desempleo, se entró al estancamiento del desarrollo que hasta entonces se había experimentado con la contracción del comercio exterior y el freno a la reforma agraria, todo ello mientras la población presenciaba un crecimiento demográfico vertiginoso (Padilla, 1968, p. 727).

Hay que tomar en cuenta que estos factores afectaron con diferentes intensidades a las regiones industrializadas del país. Donde se concentran los capitales industriales y financieros como la Ciudad de México, Monterrey, Guadalajara o León. En el medio rural y semi rural hay que agregar la actuación de caciques locales, el activismo político de las Escuelas Normales Rurales y la indiferencia de las autoridades de los tres niveles ante los abusos de poder, todo lo cual prepararía al medio rural para el surgimiento de las guerrillas (rurales, aunque también urbanas) que caracterizarían a la siguiente década. Es decir, el contexto se debe analizar como un gran proceso de detrimento constante en todos los ámbitos de la sociedad y de las instituciones del Estado.

Además de estos elementos estructurales, un aspecto más vino a complejizar los procesos educativos de aquellas décadas de convulsiones: la reforma del modelo tradicional de educación impulsada por las ya mencionadas USAID, la Fundación Ford, la Fundación Rockefeller, entre otras de intereses plenamente capitalistas, cuyos “resultados” ya se cosechaban en Estados Unidos con el crecimiento de las clases medias que fungían como “amortizadoras” en las relaciones entre las clases explotadas y las clases explotadoras, donde la universidad se consolidó como instrumento de movilidad social, desplazando la importancia de la apropiación de los medios de producción y la revolución social (Krotsch, 2002, p. 29). De ahí la ruptura de los nuevos movimientos con las antiguas visiones de las izquierdas de la primera mitad del siglo, y el surgimiento de nuevas mentalidades y de nuevas subjetividades que también llevarían a nuevos repertorios de movilización.

Se puede considerar que el mayor acceso de las clases trabajadoras a la universidad pública transformó el concepto mismo de la universidad (Domínguez, 2020, pp. 80-81) por una más incluyente. En esto se comprende el auge que cobraron las ciencias sociales y las apuestas revolucionarias de la región latinoamericana frente a sus graves inequidades, en particular, la pobreza extrema. Y un aspecto más a destacar entre la serie de factores que tuvieron alguna influencia en aquella sobre los estudiantes fue el movimiento estudiantil y juvenil en Estados Unidos luchando en favor de los derechos civiles (principalmente para los afroamericanos) y oponiéndose a la invasión de Vietnam. Era la época del boom de la televisión como medio fundamental de comunicación masiva. Por primera vez en la historia los sucesos de un

conflicto bélico podían ser transmitidos con inmediatez para “informar” a una amplia audiencia sobre la lucha de Norteamérica contra los comunistas. No obstante, ello contribuyó a fortalecer el amplio rechazo al intervencionismo y a los conflictos de la Guerra Fría que tendría en buena parte de la juventud estadounidense.

Conforme escalaba el conflicto en diferentes regiones del globo, crecía la amenaza de una tercera guerra mundial, pero esta vez de magnitudes catastróficas debido a las armas nucleares. Es decir, por primera vez existía la posibilidad de destruir por completo la vida en el planeta por la tecnología armamentista. Ante ello, las corrientes anticomunistas dentro de la política, como la encabezada por el senador McCarthy (1958), terminarían impulsando un régimen de represión. El hecho es que, aunado al auge de la contracultura que se desarrolló entre las juventudes occidentales, y que pronto se difundió en México y demás países de la región, el 68 mexicano constituyó una “auténtica revolución” en el sistema-mundo. Se atestiguó el surgimiento de manifestaciones culturales y políticas de gran trascendencia que constituirían un parteaguas del cambio en la realidad ideológico-cultural, dejando atrás la importancia del papel dirigente del proletariado industrial en la conducción de los obreros hacia la revolución, y en cambio, pudieron surgir otros componentes sociales que dirigirían la lucha en contra de las “opresiones secundarias”, dejando atrás el objetivo de la “vieja izquierda” de la toma del poder (Wallerstein, 1989, pp. 229-230).

Cabe señalar que la paranoia generalizada en la clase política mexicana conservadora —y claramente contrarrevolucionaria— y de la comunidad internacional se había exacerbado. Frente a ello, llegó el punto más álgido de la Guerra Fría: la llamada “crisis de los misiles”, originada en la isla de Cuba en 1962, cuando el gobierno de los Estados Unidos descubrió que la Unión Soviética estaba construyendo una base de misiles balísticos en la isla caribeña. Esto causó inmediatamente una crisis internacional donde el gobierno estadounidense amenazó con responder militarmente si los soviéticos no desistían de terminar de instalar su base; aunque ellos sí instalaban bases de la OTAN cerca de las fronteras de la URSS. El gobierno de Nikita Jrushchov desistió de su plan en Cuba, con lo cual se evitó el desastre nuclear. Pero las tensiones internacionales continuarían con la guerra de Afganistán, alimentada por los intereses norteamericanos que financiaron y prepararon

militarmente a los “talibanes” para desestabilizar al gobierno progresista y de derechos sociales prosoviético instalado unos años antes

El movimiento de 1968 como parteaguas en la historia de las luchas estudiantiles

Alrededor de los años 50, aprovechando la “distracción” de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, se habían dado diversos ensayos democráticos en los gobiernos de América Latina, así como avances en materia de sindicalismo obrero y campesino, y la conquista de algunos derechos sociales. Pero una vez concluido el conflicto global, la potencia capitalista pudo dirigir nuevamente con mayor contundencia sus estrategias injerencistas para evitar la erosión de las bases del sistema de desigualdades y explotación en la región, impulsando regímenes dictatoriales en contubernio con las oligarquías locales y las clases políticas a sus servicios, que conquistarían el poder a través de una serie de golpes militares de Estado y asesoría en inteligencia y contrainsurgencia a las fuerzas represoras en la mayoría de países latinoamericanos. Cabe señalar que estos golpes también buscaban evitar la expansión de las ideas socialistas en la región.

Estados Unidos había desplegado una estrategia continental para impedir el desarrollo del socialismo en la región, que temía como la “ola roja”. Su “doctrina de seguridad nacional” se justificaba tratando de proteger a las democracias occidentales de enemigos externos (el socialismo soviético) y de enemigos internos (representados por líderes populares y movimientos sociales de ideologías críticas hacia el sistema de explotación). En ese marco surgió la llamada “Alianza para el progreso” que planteaba programas de ayuda económica para América Latina, reformas socioeconómicas, desarrollo del libre comercio y hasta reformas sociales (Moreno, 2017). Esta alianza se engazaría con el desgaste del sistema político mexicano, de cuya anquilosada clase política afloraría una ideología conservadora y anticomunista, dispuesta a preservar el “orden” a toda costa, encabezada en el sexenio de 1964 a 1970 por Gustavo Díaz Ordaz.

De hecho, a pesar de que se habían logrado cambios significativos en materia de desarrollo social en el país y el “espíritu” de la Revolución mexicana seguía impregnando los valores institucionales, su transformación en

demagogia permitió su subordinación a un discurso nacionalista tras el cual se escondían los valores autoritarios y despóticos de una clase política que terminaría desplazando del partido de Estado a los sectores más progresistas por medio de auténticas purgas. Ciertamente esta clase continuó operando diversas políticas del Estado interventor desarrollista y se mantuvieron relaciones con grupos de la izquierda internacional, por ejemplo, dando asilo a los exiliados políticos de la dictadura franquista en España o de las dictaduras militares sudamericanas, lo cual se acrecentaría particularmente durante los años 70.

No obstante, en este proceso, el elemento anticomunista en la ideología de esta clase política y de las derechas mexicanas del momento es relevante por su papel clave para justificar un repertorio de acciones como oposición/defensa ante la amenaza internacional (del comunismo), tal y como lo señala Moreno:

la escala represiva organizada por grupos de ultraderecha y de derecha se constituyó lamentablemente en una práctica común que se dio de distintas formas y escalas [...] de la tortura física y psicológica, el espionaje político, la persecución, los crímenes y los secuestros, a la desaparición forzada, todo lo cual, entre otros hechos, fue la respuesta del Estado —y de organizaciones de derecha— a toda manifestación que cuestionara al sistema sociopolítico de la época y que tuviera simpatía con las ideologías comunistas o socialistas. (Moreno, 2017)

Para la segunda mitad de la década de 1960, la Liga Comunista Espartaco —con José Revueltas— criticaba duramente la política priista, la pérdida de derechos democráticos y las constantes represiones hacia protestas y formas de organización estudiantil que supuestamente representaban una “amenaza” para el orden público, a cuya indignación por la violencia sistémica se sumó la crítica por el asesinato de Martin Luther King y el asesinato del “Che” Guevara en esos mismos años. Mientras tanto, Gustavo Díaz Ordaz, pretendiendo ignorar este malestar social y defendiendo una imagen “progresista” del país ante la opinión pública internacional, pactó con los organismos internacionales la celebración de los Juegos Olímpicos, lo cual significaba que no se permitirían las acciones que reflejasen inestabilidad en la visión del presidente.

Cabe señalar que las protestas sociales (principalmente estudiantiles), y las movilizaciones y luchas por la democracia no se circunscribieron a la capital del país, sino que se extendieron en el interior de la república pues el malestar social era generalizado. Por ejemplo, en Guerrero, Sinaloa, Michoacán y Puebla se movilizaron los estudiantes en demanda de libertad de expresión y democratización de sus instituciones educativas, pero fueron reprimidos brutalmente; eso sería sólo el preludio de lo que ocurriría el 2 de octubre de 1968 en la Ciudad de México (Moreno, 2017). En función de estos procesos, el anticomunismo sería utilizado sistemáticamente para justificar la represión política contra todos los movimientos sociales en general, entablando una disputa por el espacio público y los espacios de participación política, incluso dentro de las propias universidades, pues la cooptación no había funcionado con el movimiento estudiantil (Knight, 1996, p. 12; Castillo, 2012, p. 160).

La impronta del pensamiento crítico que existía en las generaciones estudiantiles de esa década también tiene gran importancia ya que constituye el referente, como ya lo han planteado otros investigadores, para la praxis y la acción organizada con objetivos de transformación de la realidad social. Por ejemplo, entre 1960 y 1961 surgió el Partido Estudiantil Socialista (PES), de la unión entre el Frente Popular de la Juventud Progresista, el Grupo Juvenil Germán del Campo y el Grupo Espartaco, y como una respuesta de apoyo a Cuba y para oponerse al imperialismo norteamericano (Domínguez, 2020, p. 86). En las escuelas y facultades donde se consolidó el movimiento estudiantil, la ideología socialista tenía una gran fuerza. Frente a esto, el gobierno, la Iglesia católica y los empresarios fomentaron el surgimiento de sus propias agrupaciones de choque para ejercer acciones de represión bajo el cobijo de las propias autoridades de distintos niveles; eran, pues las organizaciones de derecha anticomunista que funcionarían desde entonces como grupos porriles. Mientras tanto, el gobierno acusaba a los activistas del movimiento de ser víctimas manipuladas de una conspiración internacional comunista (Martínez, 2013).

Lo cierto es que, se puede considerar que el 68 fue parte de una revolución cultural de envergadura mundial que criticó de forma contundente al liberalismo occidental y al socialismo soviético (Domínguez, 2020, pp. 73-74). No obstante, hay que destacar que la guerra ideológica global sí tuvo repercusiones en diferentes sectores sociales. Aunque la vieja consigna de la

conquista del poder y de los medios de producción por parte del proletariado para subvertir el orden social ya no estaba en los objetivos de estos “nuevos” movimientos sociales, particularmente del estudiantil, los procesos locales y globales alimentaron nuevas formas de toma de conciencia de clase entre las generaciones de jóvenes, no sólo en México, sino en otros países, incluyendo los hegemónicos. Tal fue el caso de Estados Unidos, donde surgió la organización Students for a Democratic Society (SDS), de donde surgieron fuertes críticas a la carrera armamentista. Esto dio pie a la llamada “Nueva Izquierda” —distanciada del Partido Comunista— que se oponía a la invasión soviética a Hungría, aglutinaba la creciente rebeldía entre las generaciones de jóvenes hacia las formas de autoridad y contra la jerarquía y clamaba por una democracia participativa.

Esto, a su vez, daría pretexto para el inicio de la “contrarrevolución” como política internacional de Estados Unidos, que fue aplicada a toda la región latinoamericana, cuyas instituciones se dedicaron a contener a los movimientos sociales emergentes (incluyendo por supuesto el estudiantil). Por ello, aunque la masacre de estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco constituyó el clímax no sólo del movimiento estudiantil, sino quizá de la historia moderna de México, el momento más álgido de la contrarrevolución todavía estaría por llegar durante la década de 1970, durante la llamada “guerra sucia”. Esta sería bisagra entre la violencia directa del Estado vía sus fuerzas armadas y fuerzas de seguridad pública, y la violencia estructural que devendría con la próxima aplicación de las políticas neoliberales, que terminarían provocando el aumento exponencial de la pobreza, la inseguridad pública, la delincuencia y la violencia social e intrafamiliar por la creciente precarización de la vida cotidiana, tanto en el campo como en la ciudad.

Por otra parte, en otros países de la región latinoamericana, el movimiento estudiantil confrontaría a las dictaduras y sus medidas económicas en materia educativa. Por supuesto, también fueron reprimidas. En Brasil, las manifestaciones masivas terminaron con un número indeterminado de muertos y con la “marcha de los cien mil” realizada en Río de Janeiro el 26 de junio (Dip, 2022, p. 34). En los países de Occidente (Francia, Alemania y Estados Unidos principalmente), los movimientos estudiantiles plantearon nuevas visiones de la realidad y del mundo, y protagonizaron grandes transformaciones culturales.

En los países de Centroamérica se expresaron protestas estudiantiles vinculadas a móviles similares a los que inspiraban a los jóvenes en México, sobre todo para la década de 1970 (Veliz y Loesener, 2022). Sus movilizaciones también irán tomando otros cauces para terminar en las guerras civiles que azotaron la región, ya de por sí asolada por la pobreza y el subdesarrollo.

La reactivación de los dispositivos de represión y contrainsurgencia en Estados Unidos y América Latina fueron activados efectivamente, teniendo en cuenta las posibles reacciones de la izquierda, como el modelo organizativo de las coordinadoras que surgió en México para aglutinar a diversas agrupaciones (por ejemplo, la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación-CNTE, surgida en 1979), como una respuesta estratégica al ambiente de represión sistemática en que el progresismo vivía. Y a su vez, el Estado mexicano lograría construir una narrativa donde pretendía exaltar algunas de sus posiciones consideradas como de izquierda, como la “simulación” de apertura democrática que necesitaba el país, impulsada ya en la gestión de Luis Echeverría, con la que, como se dijo más atrás, se dio asilo a los perseguidos políticos de las dictaduras latinoamericanas.

La disputa por las universidades: hacia el contexto de la guerra sucia

Resulta importante recalcar cómo la segunda mitad del siglo xx se vio marcada por una fuerte oleada de discursos anticomunistas en México por parte de diferentes sectores como el clero, que a través de organizaciones como el Frente Nacional por la Familia, la Unión Nacional de Padres de Familia, la Red de Líderes Católicos, o a través de la misma Conferencia Episcopal Mexicana hacían declaraciones en contra del comunismo como ideología y sistema político y construían narrativas en contra del socialismo realmente existente. Más tarde, en Nuevo León —polo de desarrollo económico del país— la Arquidiócesis de Monterrey convocó a una cruzada anticomunista para “defender” a la familia, la patria, la propiedad privada y todas las libertades, y catalogó al comunismo como una ideología sacrílega de inspiración demoniaca (Ramírez y Jurado, 2023). Por supuesto toda esta estrategia se articulaba con los intereses del empresariado privilegiado y capitalista del país y con la clase política priista, cada vez más derechi-

zada y alineada con la política externa estadounidense y las medidas del informe Kissinger.

Mención especial merecen la declaración del presidente Richard Nixon contra el tráfico de drogas y las operaciones de la Agencia Central de Inteligencia (CIA por sus siglas en inglés) en el subcontinente, que además de proporcionar servicios de espionaje e inteligencia, asesoraban las prácticas autoritarias, de represión, de tortura y desaparición forzada de los regímenes totalitarios latinoamericanos.

Por su parte la disputa que entablará la extrema derecha en torno a la educación se decantaría con acciones en contra de los libros de texto gratuitos, acción a la que se sumarían el Partido Acción Nacional, el Movimiento Cristiano y la jerarquía católica, quienes hacían llamados contra la “imposición arbitraria de métodos y sistemas ‘comunizantes’, el atentado contra la moral y las buenas costumbres de los hogares mexicanos”, e impulsaban la conformación de organizaciones de carácter civil pero profundamente conservadoras, como la Organización Cultural Universitaria (de 1962), conformada por estudiantes radicales católicos de la Universidad Autónoma de Nuevo León, del Tecnológico de Monterrey y otras instituciones privadas (Ramírez y Jurado, 2023). Así comenzarían las “purgas” en las universidades, proceso que ocurrió primero, como era de esperarse, en las instituciones privadas. Empezó con la expulsión de los jesuitas del Tecnológico de Monterrey por ser considerados promotores de la organización estudiantil. Detrás de esta decisión estaba Eugenio Garza Sada (líder empresarial del Grupo Monterrey), quien tenía el interés de afianzar el proyecto ideológico empresarial y excluir al humanismo jesuita (Ramírez y Jurado, 2023).

Otra experiencia que cabe destacar de las acciones de organizaciones universitarias de derecha fue la del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), grupo radical de choque con vínculos internacionales que se manifestó por primera vez en la Ciudad Universitaria atacando a un grupo de estudiantes que conmemoraban la Revolución cubana, a principios de los años 60. También mantenía vínculos y cooperación con la Unión Nacional Sinarquista, con la Unión Nacional de Padres de Familia, con grupos radicales de otras universidades como el Frente Universitario Anticomunista (FUA) —surgido en Puebla en 1954—, y con sectores radicales del alto clero católico (González, 2014).

Participó en la represión de 1968 y su vida activa duraría hasta los comienzos de la década de los 80, donde quedó reducida a grupo porril (González, 2014).

Aquí hay que destacar que el periodo de finales de los 60 y toda la década de los 70 fue el contexto del *boom* de las organizaciones anticomunistas internacionales, tales como la Liga Mundial Anticomunista (con sede en Taiwán), la Federación Mexicana Anticomunista de Occidente (FEMACO) con sede en la ciudad de Guadalajara (López, 2010) y los escuadrones de la muerte en las dictaduras latinoamericanas. Todas con apoyo o influencia del gobierno estadounidense del presidente Johnson (declarado anticomunista). En el ámbito universitario surgieron los Tecos como grupo apologista del anticomunismo jalisciense y fueron financiados y protegidos por empresarios, funcionarios de gobierno y la clase política conservadora de Jalisco, gracias a lo cual esta entidad se convirtió en el bastión fascista más importante del país e, incluso, de toda América Latina (Romero, 1986, p. 37).

Los Tecos surgieron en la Universidad Autónoma de Guadalajara desde 1932 como respuesta a una supuesta conspiración judeo-masónica-comunista, por lo que una de sus principales enemigas era la Revolución mexicana, y uno de sus principales aliados fue el alto clero, que por vía del obispo Garibi ayudó al crecimiento de la organización en la Universidad Autónoma de Guadalajara, donde crecería a partir de células independientes y organizaciones “secretas” (Santiago, 2023, p. 112). Y aunque perdería relevancia para la segunda mitad del siglo xx, la impronta de sus acciones, su ideología y diversas agrupaciones constitutivas serían un antecedente muy importante para que el estado de Jalisco se convirtiera en bastión de la lucha contra el socialismo. Primero contra el socialismo cardenista, y después contra el “socialismo” de las guerrillas rurales y urbanas; pero, sobre todo, serán antecedentes de una tradición muy conservadora que va a caracterizar a las entidades del Bajío hasta finales del siglo, donde hubo predominancia del proyecto político del Partido Acción Nacional.

Intersticios de la Guerra Sucia: la matanza de Corpus

Las regiones más empobrecidas del país, sometidas a cacicazgos políticos y a diversas injusticias también se convertirían en escenarios de emergencia

de movimientos populares durante la década de los 70. Sus programas y protagonistas se convertirían en referentes del imaginario colectivo entre los estudiantes, sobre todo en el medio rural. Por ejemplo, en el estado de Guerrero, los maestros rurales crearon, junto con su líder Genaro Vázquez, la Asociación Cívica Guerrerense (ACG). Por su parte, el maestro rural Lucio Cabañas impulsaría el movimiento “Brigada Campesina de Ajusticiamiento” para luchar contra los caciques del PRI en la entidad. Entre sus estrategias incluían la lucha armada, por lo que fueron seriamente reprimidos (Ramírez y Jurado, 2021, p. 90; Lutz, 2016).

Durante la gestión de Luis Echeverría (1970-1976) tuvieron lugar interesantes fenómenos políticos, como el distanciamiento del presidente y su posterior confrontación con parte de los empresarios del Grupo Monterrey a causa de su constante voluntad de intervención en la economía y política del país; o el ser señalado, por el contrario, como hombre de izquierda por haber recibido perseguidos políticos de las dictaduras sudamericanas, como ya se mencionó; o por su iniciativa presidencial de reforma a Ley de Impuestos, que fue mal recibida por parte de la Coparmex, pues los empresarios esperaban seguir acumulando privilegios mientras se desdibujaba el Estado interventor. Esto sucedía al tiempo que se perdían las conquistas en materia de derechos laborales para las clases trabajadoras, y en medio de una creciente corrupción por parte de los sindicatos de trabajadores, las centrales campesinas y las propias instituciones de gobierno encargadas de la reforma agraria o de mediar entre los patrones y los trabajadores en los conflictos laborales. El sistema político mexicano, lejos de reestructurarse, de reinventarse, seguía en decadencia en medio de la corrupción, la antidemocracia y el crecimiento exponencial de la pobreza.

Entonces se optó políticamente por aparentar una “tendencia de izquierda” de Echeverría, tolerando desde el Estado las movilizaciones del movimiento popular, entre ellas del movimiento estudiantil en diversas partes del país. Esto ocasionó que fuera duramente criticado por el empresariado, que llegó a señalarle de socialista. Mientras tanto, la presencia de las derechas y sus grupos de choque en las universidades se fortaleció, sobre todo en las instituciones de educación superior del país (por ejemplo, en la propia UNAM), donde seguían operando en contra de activistas de ideologías contestatarias (Hernández, 2019). El Instituto Politécnico Nacional se con-

vertiría desde entonces en el bastión por excelencia de porrismo estudiantil, operante principalmente en el sistema de vocacionales al amparo de las propias autoridades.

Se puede decir que la acción de los grupos de la extrema derecha tanto en universidades como en otros espacios alentó la movilización de los grupos de izquierda. Una de las más recordadas acciones de un grupo guerrillero fue el histórico secuestro del vuelo 705 de Mexicana de Aviación por el grupo “Liga de Comunistas Armados” para negociar la liberación de compañeros prisioneros (Ramírez y Jurado, 2023). En 1972 la visita de Salvador Allende (presidente de Chile) a México causó la reacción de varias asociaciones empresariales (de Nuevo León, Puebla y otras entidades) quejándose por la invitación de un gobernante socialista al país; mientras, la creciente construcción de puentes de comunicación y colaboración entre los movimientos sociales y otros sectores como el estudiantil se incrementaba.

Cabe destacar que este fue el tiempo de la imposición del neoliberalismo a nivel regional por medio del golpe de estado en Chile y el asesinato del presidente democráticamente electo, en lo que fue un parteaguas para la historia del continente, y el preludio de un proceso de descomposición social, quizá sólo comparable al desastre de los Estados fallidos de todo el durante el siglo XIX. Además, fue un nuevo freno a los procesos democráticos en América Latina. En su lugar, se impusieron las condiciones para el saqueo neoliberal, que se proyectaba por medio de gobiernos entreguistas de la soberanía, sometidos a los designios de Estados Unidos y otras potencias económicas occidentales, y sobre todo, a los organismos financieros internacionales, a las grandes corporaciones y al capitalismo extractivista.

Preparar el terreno sociopolítico para estos procesos requería de controlar o acabar con la disidencia política real a través de la represión, la persecución, desapariciones forzadas, ejecuciones extrajudiciales, nula libertad de expresión, control de los medios de comunicación, militarización de la vida pública, entre otras políticas. Esto sucedía tanto en las dictaduras militares como en México, donde, a pesar de no tener la figura de un dictador protegido por las fuerzas armadas, se ejecutaba lo que llegaría a llamarse como “guerra sucia”, al tiempo que se mantenía la apariencia tanto al interior como al exterior de una democracia y un Estado de derecho en construcción. El desmantelamiento efectivo de lo logrado hasta el momento como Estado

de bienestar también constituyó un proceso clave de la convulsa época para la imposición del neoliberalismo.

La universidad como territorio en disputa: porros y escuadrones de la muerte

A pesar del discurso nacionalista, indigenista y hasta opuesto (aparentemente) a las injusticias del sistema capitalista, la violencia de Estado hacia la sociedad organizada, crítica y contestataria sería una marca no sólo del sexenio de Echeverría sino de la década completa. En este clima de violencia y represión, organizaciones como el MURO desplegarían ataques contra estudiantes procastristas en la UNAM (Pavón, 2018), cuyas acciones violentas eran protegidas por las cúpulas universitarias y gubernamentales que no sólo les garantizaban impunidad, sino que les permitían prácticas racistas y clasistas al interior del campus universitario.

El fenómeno del porrismo trascenderá de forma muy importante los ámbitos universitarios y del Instituto Politécnico Nacional. Aquel era solapado por las autoridades tanto dentro como fuera de las instituciones educativas que buscaban, entre otras cosas, mantener amedrentada a la población estudiantil para inhibir los intentos de organización y lucha por la democracia, o en demanda de derechos y mejoras de las condiciones escolares (Sánchez, 2006). Representaron, pues, la tradición de violencia y pandillerismo universitario de los grupos de ultraderecha históricos del país, que más tarde, copiando los modelos europeos y sudamericanos, darán vida o se vincularán con las “barras” de fútbol, espacios donde se construyen lazos y formas de identidad en torno a algún club deportivo, se reproducen esquemas de hiper-masculinidades y se practica el consumo de drogas y alcohol con la finalidad de contar con la lealtad de estos jóvenes de escasos recursos, provenientes en su mayor parte de zonas urbano-marginales que acceden de esta forma a un *modus vivendi* basado en la violencia.

Estos grupos porriles de los 70 (dependientes del gobierno) alcanzarían una de sus versiones más contundentes en la figura de los “Halcones” (mercenarios sin posicionamiento ideológico claro, entrenados en artes marciales como el *kempo*), que perpetraron la matanza de estudiantes de 1971 en la Ciudad de México. Aquí es preciso destacar que estas acciones de

represión se enmarcan dentro de la estrategia norteamericana para América Latina (decretada entre 1966 y 1967) para el fomento y establecimiento de los grupos paramilitares “escuadrones de la muerte” (Robledo, 2014; López, 2021), alimentados con jóvenes resentidos, en un sistema diseñado para producir una buena cantidad de este tipo de jóvenes ante el subdesarrollo y la creciente dependencia del país ante el extranjero.

Lo cierto es que a principios de la séptima década del siglo *xx*, se volvieron a detonar diversos movimientos de protesta en el medio urbano, entre los que destacan el magisterial y el de los médicos (nuevamente); mientras que el propio movimiento estudiantil seguía vivo, a pesar de la represión de 1968. Se trataba de una nueva oleada de protesta en demanda de cambios políticos y sociales en el sistema. Mientras tanto, el presidente Echeverría hablaba de un “cambio” hacia la izquierda en la política, pero mantenía el control sobre la prensa y se oprimían los derechos de libre manifestación (Mendoza, 2021). Ante esta aparente apertura del mandatario, los estudiantes de la Universidad Autónoma de Nuevo León aprovecharon para demandar autonomía, reformas a su Ley Orgánica y democracia en su Consejo Universitario.

Como las propuestas y eventuales logros del movimiento universitario neoleonés serán desconocidos, principalmente por el gobernador de la entidad, se organizaron en solidaridad una serie de movilizaciones convocadas por estudiantes de la UNAM y el IPN, a través del Comité Coordinador de Comités de Lucha (Coco) que acordó realizar una marcha el día 10 de julio en la Ciudad de México, de la avenida de San Cosme al Monumento a la Revolución (Mendoza, 2021). Pero la movilización fue interceptada por el grupo paramilitar de los Halcones, quienes perpetraron una nueva agresión contra los estudiantes. A pesar de sus intentos de defenderse con piedras que les proporcionaron ciertos trabajadores de la construcción que presenciaban los hechos, fueron abatidos y la marcha fue dispersada. El gobierno negó la existencia del grupo paramilitar y culpó a las facciones estudiantiles de los hechos, los destrozos callejeros y las muertes de jóvenes ocurridas en lo que fue conocida como la matanza del jueves de Corpus.

Es preciso no reducir estos hechos simplemente a una nueva represión. En realidad, son diversas las acciones de violencia de Estado contra la población civil y los movimientos sociales. Un elemento importante para identificar los móviles del Estado para tomar semejante determinación contra los estudiantes

fue la fuerte presencia del Partido Comunista y las juventudes comunistas en la organización de la marcha y otras movilizaciones, inclusive en contra del propio Coco, que había llegado a proponer la cancelación de la protesta de aquel jueves de Corpus. Todo ello se convirtió en una idea que prevaleció por muchos años sobre la manipulación del comunismo internacional sobre los estudiantes, con lo cual el Estado pretendió legitimar cualquier acto de represión, pues ello significaba subversión y alboroto social (Mendoza, 2021).

Otro referente internacional latinoamericano que significó en esa década una amenaza para el status quo capitalista en México y otros países de la región, y un motivo de inspiración para una juventud politizada, con gran capacidad de crítica hacia el sistema de explotación, fue la Revolución nicaragüense iniciada en 1978, que lograría derrocar una dictadura militar —de Anastasio Somoza—, derrotar la asistencia técnica de Estados Unidos y construir un gobierno progresista de izquierda, gracias a la organización y el activismo político de los miembros del Frente Sandinista de Liberación Nacional, que desde principios de la década de los 70 había logrado una gran popularidad y articulado acciones contundentes. Un país más —además de Cuba— lograba derrotar a las oligarquías locales y al injerencismo y los intereses político-económicos de Estados Unidos.

A pesar de las adversidades político-ideológicas, se puede señalar que la década de 1970 también se convirtió en el escenario donde florecieron los ideales de justicia y las posibilidades de construir una sociedad inclusiva, a pesar de las fuertes disputas que se desarrollaban entre grupos de izquierda y grupos de la derecha y ultraderecha ligados al aparato de Estado. Por ello, fue un contexto de fuerte activismo político estudiantil, aunque quizá un tanto distante de las visiones utópicas de la década anterior, pues se trataba de ideologías más eclécticas. Otros movimientos estudiantiles a nivel regional comenzaron a ligarse con los grupos armados clandestinos, lo cual provocaría su represión y persecución por parte del Estado. Es importante destacar cómo a nivel América Latina, los estudiantes fueron protagonistas de una cierta toma de conciencia colectiva, con reflexiones acerca del sistema de explotación. No obstante, aunque influenciada esta juventud por concepciones educativas y pedagógicas alternativas como la pedagogía de la liberación de Freire, no se plantearon la reforma de las universidades (Krotsch, 2002, p. 33). Desde esto

los setenta cierran así un período de intenso activismo estudiantil, en el que varían las formas de organización, así como la combinación entre reclamos corporativos y políticos y las respuestas más o menos negociadas o violentas por parte de los gobiernos. Constituyó un periodo de intenso protagonismo estudiantil tanto desde el punto de vista cuantitativo como desde el punto de vista de la intensidad de las luchas y las disyuntivas ideológicas. (Krotsch, 2002, p. 35)

También fue una época de importantes reformas educativas y universitarias, de crecimiento exponencial de las matrículas de alumnos y despliegue de estrategias para el control de los jóvenes y de infiltración de los movimientos sociales. Quizá esto se relacione con el descenso que observa Krotsch en la movilización estudiantil y su visibilidad como lucha política a mediados de la década de los 70 (2002, p. 37), misma que se trasladará a Centroamérica para articularse con los movimientos guerrilleros, por cierto, surgidos de los abusos y explotación en el medio rural por parte de las oligarquías locales. Esto daría paso a intensas y largas guerras civiles donde los estudiantes universitarios movilizados serían perseguidos y masacrados como “enemigos del Estado” en las guerras civiles de El Salvador, Honduras y Guatemala.

Tomando lo anterior como un nuevo parteaguas, autores como José Brunner han planteado que a partir de los setenta el movimiento estudiantil perdió fuerza e importancia, ya que modificó sus estilos de participación y organización. La conformación de identidades entre los estudiantes, producto de la diversificación de instituciones de educación superior, la división entre lo público y lo privado en términos educativos y el diverso origen social de los estudiantes, rompería, para esta propuesta, la relativa homogeneidad de las generaciones estudiantiles anteriores (Brunner, 2007). Aunque lo cierto es que la intensificación de la migración campo-ciudad, la presión sobre el empleo, las constantes crisis económicas del país, y la promesa de ascenso social y económico —que ya se había convertido en un anhelo en los sectores urbanos y hasta rurales que llevaban décadas de estanco— lograría despolitizar a amplios sectores inmersos en la supervivencia cotidiana y la “competencia” laboral.

También cabe destacar que la década de 1970 fue el contexto de una crisis estructural de carácter global en la que se dio una acumulación de la capacidad de excedente, un exceso de fondos con limitadas salidas productivas

para poder ser dirigidos hacia las inversiones; también hubo un creciente déficit fiscal (Trejo y Escorcía, 2024), descenso del empleo a nivel internacional en Occidente que afectó profundamente al Sur Global. De hecho, en México hay quienes denominan la “docena trágica” a los dos sexenios gobernados por Echeverría y López Portillo (1970-1982), caracterizados por el fin del desarrollo estabilizador, la ineficacia de la industria, —incapaz de soportar la crecida de la mano de obra, razón por la cual se provocarían varias crisis de desempleo—; la creciente desigualdad en la distribución de la riqueza, que aumentaba la cantidad de población en pobreza extrema y un gran desorden en las políticas fiscales.

Aunque Echeverría había intentado paliar la crisis aumentando el gasto público —una de las razones por la cual fue señalado de “socialista” por el empresariado nacional— la devaluación del peso frente al dólar en 1976 no pudo evitarse, como consecuencia de la constante inflación, el estancamiento de las finanzas nacionales y el aumento de la deuda externa. Sería el presidente López Portillo el que llegaría a acuerdos con el Fondo Monetario Internacional en 1977 para que el país entrara en recesión económica. Volcó su estrategia económica hacia la explotación y exportación del petróleo, pero la caída internacional de los precios del crudo volvería a hundir al país en la crisis económica, conduciendo al peso mexicano hacia la que quizá fue su peor devaluación en el siglo xx. A pesar de ello, López Portillo nacionalizaría la banca, que se encontraba en manos privadas, indemnizando por supuesto a sus dueños y absorbiendo la complejidad de sus carteras de clientes, instrumentos de inversión y pérdidas.

Hacia el fin del milenio: oposición y resistencias de los movimientos estudiantiles al neoliberalismo

Tras la llegada de López Portillo al poder, el presidente, para generar la ilusión de un sistema democrático de partidos políticos, a través de su secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, lanzó en 1977 una reforma para impulsar la creación de partidos de oposición, reconocidos como entidades de interés público, reduciendo los requisitos para su registro y permitiéndoles la asignación de mayor financiamiento público. Se proclamó así la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales, a partir de lo cual también

se les asignaría espacios en televisión para promover su ideario político y sus propuestas. Gracias a esto obtuvieron su registro el Partido Comunista Mexicano, el Partido Demócrata Mexicano y el Partido Socialista de los Trabajadores, que más tarde se sumarían al Partido Auténtico de la Revolución Mexicana y al Partido Popular Socialista (Bolívar, 2004). Con la reforma se intentaba disminuir la brecha existente entre una sociedad civil emergente y su escasa participación político-electoral. Dentro de estos cauces se pretendía “democratizar” el sistema político (incorporando grupos disidentes) para proyectar una imagen de pluralidad y recuperar legitimidad (con la participación legal de la oposición), evitando el conflicto a través del surgimiento de guerrillas, que era donde se organizaba parte de la oposición (Bolívar, 2004).

Por otro lado, el PAN también sufriría un importante éxodo de empresarios de la derecha radical, perdiendo fuerza financiera. Personajes de extrema derecha como Aquiles Elorduy o Jorge Prieto Lorenz prefirieron incorporarse al partido de Estado para participar en las políticas internas anticomunistas, organizando grupos de choque como los Halcones (Barajas, 2018, p. 204). El contexto anticomunista del Estado, secundado por la Iglesia católica mexicana y el empresariado había convertido a la universidad en un espacio donde se reproducían prácticas autoritarias. Ciertamente “la educación superior fue uno de los reproductores más exitosos de los valores autoritarios del sistema político priista” (Villafuerte, 2012, p. 46).

Para la década de los 80, el panorama internacional parecía relajarse en lo referente a la Guerra Fría. En América Latina era el inicio de los procesos democráticos que darían fin a las dictaduras para mediados de la década (aunque la dictadura de Pinochet en Chile terminaría oficialmente hasta 1990). La expulsión de los soviéticos de Afganistán sería uno de los elementos del camino al declive de la propia Unión Soviética, ya acentuado con el desastre nuclear de Chernóbil y culminaría con una serie de eventos que llevaron a la caída del Muro de Berlín, la implementación de la política de *Perestroika* y la disolución del Partido Comunista de la URSS ya para principios de los 90. Frente a esto, se proyectaba un panorama de derrota del socialismo frente al capitalismo.

No obstante, más allá del fracaso soviético, se puede decir que, en la memoria colectiva del estudiantado universitario, principalmente del ámbito público, seguiría viva cierta ideología socialista, en un pensamiento más

ecléctico —como ya se mencionó arriba— que entremezclaba anarquismo, maoísmo, marxismo y comunismo, trotskismo, entre otras corrientes arraigadas en facultades como la de Ciencias Políticas y Sociales, la de Filosofía y Letras o la de Economía de la UNAM. En los planes y programas de estudio de las disciplinas sociales no faltaban asignaturas sobre marxismo, materialismo histórico o teorías críticas del sistema capitalista. Lo mismo ocurría con el recuerdo y conmemoraciones del movimiento de 1968 y las matanzas de Tlatelolco y Corpus Christi; es decir, se mantenían vivos en el imaginario colectivo del “ser estudiante” estos hitos del movimiento estudiantil como afrentas que alimentaban la indignación y un horizonte de lucha que, aunque se mantenía en un periodo de reflujo, seguía impulsando reflexiones y críticas al sistema de explotación como parte de una conciencia que sabía de la represión al movimiento campesino y no era indiferente ante las injusticias del Estado.

Cabe destacar que la década de los 70 fue un momento álgido para instituciones como la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH, fundada en 1946), donde ideologías marxistas, socialistas y anarquistas inspiraban círculos de estudio y reflexión sobre las condiciones de subsistencia de las poblaciones campesinas e indígenas del país, que para estas fechas estaban duramente castigadas por los procesos de despojo y marginación desplegados por caciques locales, quienes en contubernio con el propio Estado, ya les habían sometido bajo condiciones de extrema pobreza. Por estas y otras razones, del activismo estudiantil llevaban su discusión a la praxis en comunidades rurales principalmente, por lo que la ENAH se volvería incómoda para el sistema político.

De igual forma, se puede considerar que, como consecuencia o respuesta al propio movimiento estudiantil del 68, surgió la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM, 1974), institución descentralizada del Estado, autónoma, con personalidad jurídica y patrimonio propio. Su creación buscaba dar opción de ingreso al nivel de educación superior a los estudiantes que demandaban este derecho ante un sistema educativo ya rebasado por la demanda de la zona metropolitana de la Ciudad de México. Era también la respuesta al ciclo socioeconómico al que se calculaba ingresar y que generaría un importante incremento de la demanda estudiantil, así como la oportunidad de poner en práctica nuevas formas de organización académica (un sistema trimestral,

coparticipación financiera, organización académica departamental, un sistema modular de educación de unidades de enseñanza-aprendizaje integral, y un sistema docente donde el profesorado actúa como asesor y coordinador de los grupos de trabajo); en suma, el proceso de conformación culminaría con la creación de sus primeras tres unidades y la absorción de una importante cantidad de estudiantes que habían quedado fuera de la UNAM y del IPN.

También fue el contexto del surgimiento de las “Preparatorias Populares”, de las cuales las más emblemáticas fueron la “Preparatoria Popular Fresno” y la “Preparatoria Popular Tacuba”, iniciativas ligadas a la UNAM para la alternativa educativa en favor de sectores juveniles precarizados que habían quedado marginados del sistema de la Escuela Nacional Preparatoria. Se trataba de un modelo de educación gratuita con pase directo a las sistema de educación superior de la UNAM; pero no pasaron más de dos décadas para que el modelo terminase secuestrado por grupos porriles conformados por sujetos sin escrúpulos que desviaron por completo los objetivos originales del proyecto. La más “fuerte” de estas preparatorias, la de Fresno, fue convertida en un negocio al amparo de la corrupción (de las autoridades de la UNAM y de la Ciudad de México), la violencia y la represión, hasta que finalmente perdieron el registro ante la UNAM a finales de los años 90.

Mientras tanto, el medio rural se consolidaba como campo de cultivo (ante las injusticias y violencia sistémica) de movimientos sociales radicalizados, que por ello serían objetos de persecución, y que serían contexto para la transformación de una organización clandestina en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en la selva de Chiapas. El autoritarismo de un gobierno populista que seguía enarbolando el discurso nacionalista a pesar del claro desmantelamiento de los pocos logros alcanzados en materia de justicia social derivados del proceso revolucionario era señalado por los empresarios de Monterrey como izquierdista, pues entre otras medidas, había roto relaciones con el dictador chileno y se le acusaba de haber sembrado las condiciones generadoras de la estructura de los movimientos sociales. Se le acusaba de las tensiones que fragmentaron a la sociedad en los años 60 y 70 y de la conformación de una sociedad de masas (Villafuerte, 2012, p. 47).

Esto permitió, por ejemplo, el resurgimiento del movimiento magisterial en la figura de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) en 1979, el desarrollo del movimiento indígena de los 500 años, o el

movimiento urbano popular (que demandaba espacios y servicios públicos para subsistir), entre otros, incluyendo las guerrillas rurales y urbanas más radicalizadas (como el MIR o la Liga Comunista 23 de Septiembre). Hay que recordar que estos movimientos surgen en un contexto en el que la CIA de Estados Unidos y los sectores de extrema derecha más recalcitrantes del país seguían orquestando diversas estrategias de violencia social y represión, que habían logrado convertir al occidente del país, como ya se mencionó arriba, en el enclave ultraderechista y contrainsurgente más importante de América Latina (Moreno, 2017). No obstante, ello no pudo impedir que el 68 se hubiese consolidado simbólicamente —en el imaginario colectivo— en un parteaguas de los reclamos por los derechos sociales y la libertad de expresión, entre otras demandas en torno a un verdadero Estado de derecho (Villafuerte, 2012, p. 51).

La década de 1980 también fue el tiempo del llamado Consenso de Washington, y del nuevo esquema de colonización de las potencias de la Organización del Tratado Atlántico Norte (OTAN) encabezadas por Estados Unidos para un nuevo ciclo de saqueo del Tercer Mundo. Este esquema planteó que el Estado ya no tuviera injerencia en la política económica y que el gasto público fuera financiado con endeudamiento otorgado por los organismos financieros internacionales (el FMI y Banco Mundial) y se recortara junto con el gasto social (programas sociales), que se implementaran estrategias de déficit público y expansión monetaria y que se estableciera una disciplina fiscal de liberalización financiera (inversión extranjera directa, privatización, desregulación del mercado, etc.), sobre todo en favor de la liberalización del comercio; es decir, los empresarios cobrarían una importancia central para la economía (Pérez et al., 1991).

Profundización de las políticas neoliberales

Después de las convulsiones sociales de las décadas de los 60 y 70 y el desgaste del modelo político, llegó el fin del desarrollo estabilizador. Se promovió, por parte de la clase política anquilosada en el poder, la implementación de las políticas neoliberales, es decir: la desindustrialización del país, la desregulación del mercado, la privatización de empresas paraestatales, un mayor impulso a las inversiones extranjeras y mejores condiciones para el desarrollo del gran

capital nacional y extranjero. Todo implementado a costa del desmantelamiento progresivo del campo, la pérdida de derechos laborales, la pérdida de poder adquisitivo en el salario, la pauperización de las condiciones de empleo, del crecimiento de las desigualdades sociales y la pobreza, mientras incrementaba la acumulación de riqueza en pocas manos. En términos generales, se trataba de la pérdida de distintos niveles de soberanía.

Mientras tanto, el Consenso no sólo coartaría las oportunidades de desarrollo de países punteros en su industrialización de entre el concierto de países en vías de desarrollo, como lo eran México y Brasil, sino que provocaría una ola de crisis sociales, políticas, culturales, financieras, humanitarias y medioambientales que han derivado en toda clase de catástrofes. La pobreza fue un fenómeno que también aumentó exponencialmente en el Sur Global por diversos factores, entre ellos, el “capitalismo realmente existente” en los países de esta región, a partir de lo cual proliferaron las empresas maquiladoras, que atraían a millones de campesinos empobrecidos y despojados de sus medios de producción hacia los cinturones de miseria de las grandes capitales. Aunque sin tantas maquilas, la Ciudad de México se consolidó durante esa década como la ciudad más grande y poblada del mundo; para otros expertos, ocupó por lo menos el tercer lugar mundial, después de Tokio y Nueva York.

Esto para el llamado Tercer Mundo significó el incremento de los problemas sociales y públicos. En este contexto llegaría a la presidencia Miguel de la Madrid, señalado como el inaugurador de las políticas neoliberales en el país. Para ese momento el partido de Estado se encontraba más que corroído por la corrupción, con un actuar lejano a los intereses de las mayorías y un desgaste político evidente. Ello, entre otros procesos internos y corrientes internacionales, permitió el arribo al PRI de los llamados “Chicago Boys”, grupo político formado académicamente en Estados Unidos, alineado con el pensamiento tecnocrático, promotor de las políticas neoliberales y favorecido por los intereses económicos del gran capital financiero internacional.

La década de 1980 es el escenario de una nueva crisis económica que afectaría a toda América Latina, razón por la cual fue denominada como la “década perdida”, cuyo origen estuvo en la crisis económica de 1979 en Estados Unidos. En ella, se padeció una inflación del 11.3%, una preocupante tasa de desempleo, y un alza de precios en las gasolinas y las hipotecas. Frente a esto

la Reserva Federal decidió, para paliar los problemas, incrementar la tasa de interés, medida que afectaría a deudores particulares y a países en vías de desarrollo, principalmente los que eran exportadores de petróleo, ya que estos habían adquirido más deuda durante la década anterior aprovechando la bonanza que se había experimentado en su producción y sus precios en el mercado internacional.

La región había triplicado su deuda para inicios de los años 80, debido al auge de la globalización financiera generada por los bancos comerciales (Bermúdez, 2022). Este endeudamiento no sólo representaba más dependencia, pues la región terminó para finales del siglo con un lacerante incremento de la pobreza y la pobreza extrema, haciendo de las desigualdades su mayor distintivo, sino que la dejó en una situación de vulnerabilidad clara, como lo demostraría el desarrollo de la propia crisis, sobre todo en lo referente a la proporción de la deuda establecida a corto y mediano plazo, o la parte contratada a una tasa de interés variable. Aunque puede todo esto tener muchas interpretaciones, lo cierto es que los países de la región (a pesar de esta crisis) incrementarían su deuda de forma inversamente proporcional al mencionado incremento de la pobreza y las desigualdades, del despojo y el estancamiento en el subdesarrollo, lo cual no puede ser sino parte de un nuevo tipo de colonialismo.

Las medidas políticas tomadas por el gobierno de Estados Unidos para el control de su propia crisis de inflación y del crédito obligó a los países latinoamericanos a pasar de un pago del 5% de tasa de interés a un 15% y hasta un 18% (Bermúdez, 2022), obligándolos a renegociar la deuda con sus acreedores. A partir de esto, sus economías entrarían en desaceleración, retrocedería el PIB regional, y según datos de la Cepal el incremento de la pobreza en la década (Fajnzylber, 1990) y sus efectos todavía en los años 90 harían de ésta la década perdida.

Otro aspecto que resulta importante señalar es de naturaleza estructural, y se trata de las transformaciones ocurridas en el sistema capitalista internacional, basadas en reestructuraciones industriales y la dislocación de algunas cadenas productivas, particularmente en Estados Unidos y Europa occidental, un par de décadas atrás. Regresemos a echarle una mirada. En estas regiones el desarrollo tecnológico y la globalización obligaron a las grandes empresas a buscar condiciones que les permitieran adaptarse a

los cambios y aprovechar la acumulación de riqueza basada en las nuevas tecnologías y las reformas laborales tendientes a la flexibilidad laboral, todo lo cual permeó en las universidades, donde los criterios de selección para el ingreso se convirtieron en objetivos prioritarios (Ament, 2019, p. 218).

Del movimiento estudiantil del CEU al del CGH: la lucha contra la privatización educativa

Para dar inicio a la nueva crisis regional latinoamericana y hacer los ajustes que exigían aquellos intereses y organismos, así como para hacer frente a las decisiones unilaterales del gobierno norteamericano, el gobierno de México decretó la moratoria de pagos y solicitó ayuda financiera al Fondo Monetario Internacional, guiado por los llamados “Chicago Boys”, funcionarios de la Secretaría de Programación y Presupuesto y seguidores del pensamiento de Milton Friedman (Ament, 2019, p. 229). En este proceso la UNAM sería objeto de transformaciones acordes a las exigencias del gran capital, empezando por una política similar a la implementada en Francia, afectando el ingreso de estudiantes al reducirse la matrícula de nuevos ingresos, todo lo cual se justificó por la falta de presupuesto. Por supuesto, las principales afectadas serían las clases trabajadoras y grupos vulnerables como campesinos e indígenas. El llamado “Plan Carpizo” —por el nombre del rector de la UNAM—, surgiría como una serie de reformas llenas de opacidad y sin legitimidad popular, ya que no fueron producto de ninguna consulta o del consenso de la comunidad universitaria, pues planteaban, entre otras cosas, la reducción de la matrícula de estudiantes, la obsolescencia de la educación gratuita y la necesidad de limitar el pase automático desde el bachillerato, para lo cual se endurecerían los criterios de selección.

El 31 de octubre de 1986 emergió el movimiento estudiantil en la UNAM como oposición al proyecto neoliberal. Había logrado dejar atrás el miedo a la represión después de 1968 y de la década de la guerra sucia. Lograría movilizar a miles de estudiantes para culminar con la realización de un Congreso Universitario, donde participaron todos los sectores de la UNAM. De este se esperaba sacar una “verdadera reforma académica”, mientras articulaba a los universitarios y a los políticos de izquierda, todo lo cual, por cierto, influyó decisivamente en la coyuntura electoral de 1988 (Batres, 2017), donde la

sociedad civil se opuso a la continuidad neoliberal y aglutinó a la oposición durante y después de la elección y el fraude electoral.

El plan Carpizo no se logró imponer. Sin embargo, para lo que quedaba de la “década perdida” y durante la última década del siglo xx, se lograría afianzar un modelo de selección de aspirantes al ingreso a la universidad dirigido por el Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior (Ceneval), institución “civil” dedicada al diseño y aplicación de instrumentos de evaluación del conocimiento, habilidades y competencias. El Ceneval pretendía medir la calidad de la formación de cada estudiante, y se volvió pieza clave para las posibilidades de ingreso de miles de aspirantes a la UNAM. También comenzó a prevalecer una educación bancaria basada en la memorización de información científica, no en su reflexión. Esto está ligado al surgimiento de las escuelas privadas, que ofertaban sus servicios educativos en diferentes niveles, aprovechando la pauperización del sistema educativo nacional, lleno de corrupción tanto entre las autoridades como en los sindicatos de maestros y trabajadores.

Más allá de las luchas del pueblo por acerca la universidad a las clases y grupos sociales más desfavorecidos, esta seguía siendo un lugar de exclusión social que, irónicamente se alejaba más de su objeto social: formar a los profesionales y vincular sus actividades para resolver los principales problemas del país. Esto no era posible ya, pues el incremento del desempleo comenzaba a alcanzar cifras históricas, orillando al crecimiento de las economías informales. La universidad había dejado de ser aquella ruta que permitía el progreso gracias a la obtención de una formación profesional, sobre todo en las áreas de ciencias sociales y humanidades, que se empezaban a convertir en auténticas “fábricas de desempleados” ante la creciente falta de oportunidades de empleo para este tipo de carreras.

En contraste, la profesionalización por medio de la educación universitaria de la población en edad productiva perdía relevancia como vía para el progreso socioeconómico y el ascenso en la escala social, y la migración, ahora hacia los Estados Unidos se intensificaría en búsqueda de las oportunidades laborales negadas en el país por el estancamiento económico. Aunque los medios de información corporativos fuesen acrícos con los procesos socioeconómicos y la devastación del planeta, la conciencia acerca de todos estos procesos y la solidaridad hacia los grupos sociales más vulnerables

seguía siendo una preocupación de la población estudiantil universitaria; es decir, mantendría un sentimiento de solidaridad con las clases explotadas y grupos subalternos.

Pero el neoliberalismo, como nueva fase álgida del capitalismo realmente existente y salvaje, vendría acompañado de la construcción de nuevas subjetividades en torno a la democracia, la justicia (social), la sociedad, el derecho, la cultura, el trabajo y el sujeto (cada vez más individuado), donde el consumismo, el “echaleganismo” (Ramírez y Jurado, 2023), la corrupción, la pérdida de valores sociales y culturales, la despolitización, la cosificación del sujeto y la pérdida de su capacidad de agencia jugarían el papel clave para la maquinaria neoliberal en tanto lograsen penetrar y arraigarse en la idiosincrasia de un supuesto “ser mexicano” que se venía tratando de construir desde el nacionalismo vasconcelista y el ensayo de Octavio Paz (*El laberinto de la soledad*).

Cabe destacar que este neoliberalismo introducido como un “proceso modernizador”, pronto se encontraría con la oposición de amplios sectores de la sociedad. Algunos se agruparían políticamente a finales de la década en el Frente Democrático Nacional, encabezado por antiguos priistas del ala democrática y por los partidos Mexicano Socialista y Popular Socialista entre otros, que buscaban impulsar un proyecto nacional de izquierda con el que convergían ideológicamente. Por esta razón, la mencionada tecnocracia enquistada en la política nacional, siguiendo los mandatos de los organismos financieros internacionales, reafirmó el proyecto neoliberal imponiendo a Carlos Salinas como presidente en las elecciones de 1988 mediante un escandaloso fraude electoral.

Se trató de una imposición antidemocrática y violenta que se consolidó gracias a las “concertaciones” establecidas con el Partido Acción Nacional (PAN) y su ascenso como principal fuerza política después del PRI. Aquel aglutinaba a empresarios, tecnócratas y grupos religiosos clandestinos como la organización secreta de El Yunque (Delgado, 2003), que terminarían enquistándose en la política y en importantes puestos administrativos dentro del Estado una década más tarde. Del lado de las fuerzas políticas de izquierda surgiría un partido capaz de conjuntar oficialmente a distintas corrientes y que contribuiría al inicio de la democratización del país. En la realidad, esto significó que no habría dique de contención que lograra detener la profundización de

las políticas neoliberales, que todavía estaban por llegar al grado de empeñar el futuro de varias generaciones de mexicanos con el endeudamiento externo.

Sin embargo, una educación crítica y científica aún se trataba de desarrollar al alcance de sectores sociales populares, como el currículum que se manejaba en muchas escuelas normales rurales o en la ENAH. Aquí se formaban en el estudio de antropologías marxistas y en el análisis de la realidad desde enfoques sociológicos y antropológicos críticos. Los años 80 también son el escenario de un nuevo proceso de desgaste del modelo político, que muy pronto, como se dijo arriba, opondría a importantes sectores de la población a las políticas neoliberales; también fue la época en que se disolvió el Partido Comunista en México y en que cayó el Muro de Berlín (1989).

Cuotas en la UNAM y el Consejo General de Huelga

Aunque la década de 1990 fue de cierta recuperación económica para la región latinoamericana, en México particularmente sería el periodo de nuevas convulsiones y un nuevo ciclo de profundización de la crisis económica y social. A finales del sexenio de Salinas de Gortari se firmó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) como estrategia clave de la globalización neoliberal. No se pudo ocultar más el grave deterioro del tejido social que ya se había acumulado después de tantas crisis económicas, devaluaciones de la moneda nacional e incremento de la marginación (sobre todo en las grandes ciudades).

En esta coyuntura emerge el movimiento indígena armado en Chiapas (1994). Se trató del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) que no sólo sacudiría la conciencia de millones de personas en México y el extranjero, sino que desvelaría la farsa de la modernidad y el progreso que las élites políticas neoliberales pregonaban. Lo que verdaderamente hubo fue un resultado “ficticio” de sus gestiones y estrategias económicas en el gobierno y la administración pública, como lo fue el “remate” de las empresas del Estado, como Teléfonos de México, a la iniciativa privada. El comprador de esta empresa, Carlos Slim, se convertiría en pocos años en el hombre más rico de México y uno de los más ricos del mundo según Forbes.

La corrupción aumentó aún más, consolidando al servicio público (por parte de los altos funcionarios) en la vía para el enriquecimiento. Los últimos

años del siglo **xx** también se caracterizaron por un fenómeno que llegaría para quedarse y azotar a las sociedades de México como a pocas en el resto del mundo: los feminicidios, la violencia desbordada contra las mujeres por el hecho de ser mujeres. Este fenómeno tuvo en Ciudad Juárez su primer gran escenario de alarma, pero otras regiones del país pronto le alcanzarían y superarían en las cifras estadísticas, como el caso del Estado de México. Por supuesto, las mujeres jóvenes serían el principal blanco de esta nueva etapa de la descomposición social en el país, que se convertirá en causa de las nuevas luchas y reclamos del movimiento estudiantil en las siguientes dos décadas. Dichos crímenes contribuirían a la visibilización de otras formas de violencia hacia las mujeres, como el acoso sexual.

Hasta aquí resulta preciso señalar la importancia crucial que tendrá el movimiento del **EZLN** como referente para otros movimientos de izquierda y del propio movimiento estudiantil, siguiendo los pasos de la democracia asamblearia de aquel y su “mandar obedeciendo”; también adoptaron el espíritu rebelde, anticolonial y anticapitalista de los indígenas, de cuyo pensamiento, filosofía y críticas al sistema aprenderían muchas generaciones en lo sucesivo, y no faltarían grupos estudiantiles de diversas universidades públicas que buscarían acercamiento con los insurgentes del sureste mexicano. Este punto de inflexión en la historia brindaría también las pautas para un importante cambio en la mentalidad colectiva, tanto dentro como fuera del ámbito universitario.

En medio de la violencia en Chiapas, con el asesinato del candidato del **PRI** a la presidencia —Luis D. Colosio—, y con una izquierda desdibujada que fincaba sus esperanzas políticas en el candidato defraudado de los comicios electorales del sexenio pasado —Cuauhtémoc Cárdenas—, el **PRI** se volvió a agenciar el triunfo electoral para su candidato emergente Ernesto Zedillo. A este se le atribuiría el “error de diciembre”, que desataría la crisis económica internacional originada en México, denominada “efecto tequila”, que hundió particularmente al país en una nueva y profunda debacle económica. Aunado a esto, el propio Tratado de Libre Comercio terminaría de dismantelar al campo mexicano, acentuando con ello la crisis.

No obstante, a las nuevas subjetividades surgidas del entorno neoliberal apelaban las élites académicas enquistadas en la **UNAM** cuando decidieron implementar una serie de modificaciones administrativas en la máxima casa

de estudios, planeadas para ser aplicadas a finales de los años 90 y que iban en franco detrimento del concepto de educación pública. Se trató del llamado “Plan Barnés” que planteaba, entre otras modificaciones, el establecimiento de cuotas de inscripción para los alumnos inscritos en la universidad. Ante las primeras protestas y rechazo generalizado por parte de la comunidad estudiantil, se planteó que sería un esquema que sólo aplicaría a las nuevas generaciones, y que la medida era segura y bien planteada para las necesidades de la universidad y las de su población en formación profesional (Ramírez, 2018). Estas élites esperaban que reinara la indiferencia de las siguientes generaciones, precisamente a quienes les tocarían estas reformas.

En esta estrategia fue importante el principio de desmovilización social. Para ello, se alimentarían las condiciones socioculturales para generar una “cultura política acrítica”. En palabras de Villafuerte (2012, p. 47), “los mecanismos de socialización política vincularon el desarrollo económico del país con la estructura política vigente, así que la sociedad permutó sus derechos políticos y civiles a cambio de mayores derechos económicos”; logrando con ello, por decirlo así, una cierta apatía generalizada en grandes sectores de la población —por ejemplo, los más explotados y que viven con los recursos mínimos para apenas poder sobrevivir— ante las medidas neoliberales que aún venían en camino. Imbuida la sociedad en estas lógicas, el Estado otorgaba principalmente a las clases medias un sistema de educación superior que contribuía a alimentar la visión del ascenso social como meta individual que se podía lograr gracias al acceso a la oferta educativa existente (Villafuerte, 2012, pp. 46-47). A partir de aquí, hay que considerar la importancia que tendrá la presión de los aspirantes de ingreso sobre las instituciones de educación superior, tanto públicas como privadas.

El mismo autor señala que lo anterior se puede considerar como un “dispositivo de control social”, un mecanismo que debía seguirse para lograr el éxito económico. El principal referente de este era el *american way of life*, ya bastante permeado en el imaginario colectivo para esas décadas, en gran medida por el poder de penetración de los medios de comunicación masiva, desde donde se bombardeaba principalmente a la juventud con programas traducidos al español y producidos en Estados Unidos. A ello se sumaba a un periodo de reflujo para los movimientos sociales, mientras se alimentaba desde arriba una suerte de “nacionalismo desmovilizador” que despolitizaba

al grueso de la población, minimizaba o invisibilizaba los conflictos sociales y era devoto del bienestar material (Villafuerte, 2012, p. 47).

Cabe señalar el papel que en los últimos años del siglo xx jugó otro proceso que marcaría el rumbo del país: la imposición del Fobaproa, mediante el cual se endeudaría por varias generaciones a la sociedad mexicana para rescatar a la banca nacional, defraudada por sus propios administradores y una red de empresarios que, en contraste, obtuvieron la condonación de sus deudas. Todo esto, por supuesto, disminuiría significativamente los ingresos del erario que se podrían destinar a servicios y programas públicos, cuyo presupuesto de todos modos se veía desviado en el entramado de la corrupción. Este sería el inicio de un proceso clave para las universidades privadas advenedizas, sin tradición científica sólida y con poca o nula trayectoria, para convertirse en “la llave del éxito” ante un sistema de educación pública en desmantelamiento. Por su parte, el Tecnológico de Monterrey, la Universidad Anáhuac y el Instituto Tecnológico Autónomo de México seguirían siendo instituciones elitistas e inaccesibles para la mayoría de la población. Pero las nuevas universidades privadas ofrecerían cuotas “accesibles”, se ubicarían en colonias de clase media, y operarían pagando bajos salarios a sus maestros, dando una formación académica cuestionable y deficiente.

Con esto, la lógica de la meritocracia, el esfuerzo individual y la competencia se posicionaron en la vanguardia de la cultura política de amplios sectores sociales clasemedios y populares, compenetrando así el imaginario colectivo y construyendo al mismo tiempo un auténtico mercado de la educación. Pero aún existía un obstáculo para este proceso: la universidad pública y gratuita. Aunque la UAM ya recibía una importante cantidad de alumnos, eran la UNAM y el IPN los dos grandes obstáculos para la iniciativa privada, a pesar de que las políticas del examen del Ceneval y el estudio socioeconómico ya dejaban fuera cada año a más de la mitad de los aspirantes al ingreso; además, la operación impune de grupos porriles en el IPN ya se habían convertido en un mal tolerado por el alumnado que también desprestigiaba a la institución.

Otro mecanismo que los gobiernos neoliberales impulsaron desde esta última década en adelante, fue una nueva estrategia de despresurización de la demanda estudiantil hacia las universidades públicas, redirigiéndola a través del impulso presupuestal y cambio de imagen del Colegio Nacional de

Educación Profesional Técnica (Conalep) y la creación de las llamadas Universidades Tecnológicas, con ofertas de “técnicos superiores universitarios” de dos años y medio. Pero, en general, se puede considerar que los currículos ocultos de todas estas instituciones educativas públicas estaban diseñados para formar operarios y mano de obra limitada en su preparación profesional en comparación con la formación técnica de otros países desarrollados.

Desde las lógicas neoliberales ya se habían operado cambios importantes en los planes de estudio, sobre todo en las carreras de ciencias sociales y humanidades, como la eliminación de asignaturas de tronco común, donde se daba el encuentro de estudiantes de diferentes carreras, o la desaparición de asignaturas relacionadas con la obra y el pensamiento marxista, como sucedió en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. La falta de inversión en mejorar las bibliotecas universitarias, garantizar el acervo necesario, mejorar las instalaciones u otorgar mejores apoyos —como las becas a más estudiantes— también era parte de esta visión y muy seguramente efecto de la opacidad y la corrupción con que se desempeñaban las autoridades de diversas administraciones.

La Universidad Nacional llevaba acumulado un largo historial de agravios, modificaciones y convenios con empresas privadas que podemos asumir como dirigidos a desmantelar paulatinamente el sistema de educación pública universitaria, a privatizarlo y someterlo a las lógicas del mercado y a los designios del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. Esto había derivado en una reducción significativa de la matrícula estudiantil; se orientaron los programas de estudios hacia el mercantilismo y para satisfacer los requerimientos del empresariado en un país subdesarrollado; también se buscaba la anulación del “pase automático” desde los planteles de la Escuela Nacional Preparatoria; en una palabra, le apostaron cada vez más a la tolerancia de la comunidad universitaria hacia el autoritarismo.

Pero los estudiantes universitarios comenzaron a reunirse, a realizar asambleas en las diferentes escuelas y facultades, inconformados por la arbitrariedad de las autoridades universitarias. Las reuniones se convirtieron en asambleas multitudinarias con una amplia participación de la comunidad universitaria en rechazo al RGP, y se votó por el emplazamiento al paro de actividades ante la cerrazón de las autoridades. Estas parecían esperar cualquier actividad en respuesta que viniera de la comunidad estudiantil,

excepto una: la reunión, la deliberación y el análisis entre los estudiantes sobre las circunstancias en que había caído la universidad, y su posterior la organización para salir a las calles y explicar a la población las implicaciones de los cambios que las autoridades pretendían imponer.

Este movimiento estudiantil fue el último en sufrir una gran represión. Entre el linchamiento mediático de los activistas, las mentiras para desvirtuar su lucha, el desgaste del mismo movimiento y la pérdida paulatina del amplio apoyo de la sociedad logrado inicialmente, las autoridades aprovecharon las rupturas internas y se comenzó a marcar el camino hacia la última acción de represión que orquestarían las autoridades.

Para diciembre de 1999 había un nuevo rector: Juan Ramón de la Fuente, bajo cuyo liderazgo las autoridades se terminaron apropiando de la propuesta del CGH sobre realizar un “Congreso Democrático”, que daría paso a la realización del famoso “plebiscito”, que pondría en marcha todo el aparato gubernamental: “la red que había estado tejiendo De la Fuente desató una gigantesca campaña de medios, millones y millones de pesos en prensa y televisión para protagonizar un fraude anunciado y para deslegitimar la gran huelga...” (Hernández, 2008, 126). En el plebiscito participaría menos de la mitad de la comunidad universitaria y de estos poco más de la mitad apoyaron la llamada “Propuesta Institucional” (que implicaba el rechazo a la huelga estudiantil) todo lo cual se manejaría como todo un éxito del rector (Ramírez, 2018).

Con este nuevo escenario y a pesar de que la última consulta pública del CGH buscaba demostrar que los estudiantes de la huelga todavía contaban con el apoyo de la sociedad, el rector De la Fuente convocó a toda la comunidad universitaria a retomar sus escuelas y facultades sin miedo a implementar todas las medidas que fuesen necesarias (inclusive la violencia), desatando con ello enfrentamientos entre los propios universitarios. Ante esto, incluso directores como los de la ENEP Acatlán organizaron grupos de choque para romper la huelga, logrando así vencer a los estudiantes y retomar el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos y la Escuela Nacional de Enfermería y Obstetricia (Hernández, 2008, 126). Como se puede colegir, las autoridades siempre estuvieron dispuestas a generar confrontación, legitimar la violencia y permitir la destrucción de las instalaciones universitarias antes que ceder.

Aquí, resulta preciso destacar que los líderes estudiantiles del movimiento del CEU, así como las experiencias de los años 70, ya formaban parte de la izquierda institucional y política, mayormente agrupados en el Partido de la Revolución Democrática. Según Villafuerte, este “ha utilizado las mismas fórmulas discursivas del viejo sistema priista, en donde conceptos como el de la soberanía, las masas, la clase obrera se convierten en parte de sus armas retóricas para oponerse a prácticamente todas las propuestas gubernamentales” (Villafuerte, 2012, p. 56); lo cual destaca porque, según él, serán retomadas por el movimiento estudiantil de 1999 como práctica autoritaria y antidemocrática. También hay que señalar cómo para algunos investigadores de los movimientos estudiantiles

la huelga fue brutal en todas sus formas, consiguió que en octubre de 1999 renunciara el rector Juan Barnés y se “echara para atrás” la propuesta de subir los aranceles de los servicios de la universidad. Sin embargo, el movimiento no levantó la huelga y siguió radicalizando sus demandas y mantuvo tomadas las instalaciones de la universidad. Aún hasta ahora no se sabe la cantidad de dinero que se perdió en investigaciones no concluidas, animales de laboratorio muertos o material que se echó a perder; pero lo más importante fue el mensaje que dejó a la sociedad, además de los errores que tuvo el CGH en sus acciones políticas, la inexperiencia y radicalización en sus posturas y las claras injerencias que tuvieron los diversos grupos vinculados a López Obrador y al PRD. En este sentido, este movimiento tuvo una base aparentemente desideologizada y una dirigencia sobre-ideologizada y vinculada a los grupos del PRD. Ante estas posturas se definió la dirección del movimiento estudiantil, siendo los resultados nada alentadores y, finalmente, quienes triunfaron fueron los grupos políticos institucionales, quienes pusieron a la Máxima Casa de Estudios de México, la que genera el 80% de la ciencia y la tecnología del país, a la merced de sus intereses políticos. (Villafuerte, 2012, p. 56)

Pero ¿qué representó realmente este movimiento en términos generales y en un contexto de políticas neoliberales y profundización de las desigualdades socioeconómicas? En primera instancia se puede leer como una lucha en defensa de la educación pública y de la Universidad Nacional gratuita, lo cual no significaría la pérdida de su nivel académico ni de su proyección como semillero de jóvenes comprometidos con el bienestar social del país, dispuestos a aplicar sus conocimientos en beneficio de la sociedad y sus prin-

cipales necesidades. La huelga estudiantil de 1999 representó la oportunidad de detonar la transformación de lo que algunos autores han denominado una “universidad de corte feudal” hacia una universidad democrática (Hernández, 2008).

Sin duda, hubo una comprensión por parte del grueso de la comunidad estudiantil de la importancia estratégica que tiene la educación superior para el desarrollo del país; no obstante, profesores, investigadores y trabajadores administrativos decidieron dejar todo el peso de la lucha a los estudiantes, quienes, ante esta falta de conciencia y solidaridad, procedieron a organizar la llamada Asamblea Estudiantil Universitaria, que se convertiría en el Consejo General de Huelga (Hernández, 2008, p. 104). Pero, más allá de esta inacción e indiferencia —quizá por temor a perder el trabajo entre algunos profesores de asignatura, o por temor a perder los privilegios entre los profesores de carrera y con plazas y niveles—, la solidaridad por parte de la sociedad civil fue real y concreta, y entre otras expresiones de respaldo surgió la Asamblea de Padres de Familia, quienes apoyarían principalmente a los estudiantes movilizados de las Preparatorias Nacionales y Colegios de Ciencias y Humanidades, muchos de los cuales aún eran menores de edad.

Aquí es importante señalar la actitud que asumieron las autoridades universitarias, que defendieron la propuesta de las cuotas antes del mismo estallido de la huelga, y apostaron, primero, por el engaño al hablar sobre las necesidades que se cubrirían con las cuotas, apelando al individualismo y la indiferencia del estudiantado. Le terminaron apostando al desgaste del movimiento al declarar públicamente que estaban “preparados para una huelga larga”, junto a otras declaraciones deleznales por parte de la burocracia afín al Plan Barnés, lo que representaban provocaciones frente a los estudiantes.

Otro aspecto que resulta importante destacar es la propia pluralidad interna que tuvo el movimiento estudiantil, con grupos de diversos signos partidistas e ideológicos, de entre quienes destacan los grupos radicales —quienes también llegaron a entorpecer una más pronta solución del conflicto bajo consignas y posturas como: “diálogo no es negociación” —, lo cual sería aprovechado por las autoridades y su intención de romper o desgastar la huelga. Hubo asimismo otros grupos estudiantiles movilizados en el CGH que buscaban, obedeciendo diversos intereses político-económicos ajenos al propio movimiento,

que el conflicto se prolongara indefinidamente, convirtiéndolo en la huelga más larga de la historia de la universidad —10 meses— (Hernández, 2008, p. 105). En esto último podemos conjeturar la participación de infiltrados de la Secretaría de Gobernación, de las autoridades universitarias o hasta de la misma iniciativa privada, pues como se dijo más arriba, el estancamiento que sufrió el proceso de lucha derivó en un fuerte desprestigio de la universidad pública, que serviría como base para el impulso al sistema y la oferta de educación privada, pues a partir del conflicto se puede constatar el boom de la oferta privada de este servicio con la proliferación de permisos de la SEP a muy diversos particulares. Lo cierto es que hace falta más investigación y documentación para afirmar o negar la participación de infiltrados.

Es importante destacar las prácticas divisionistas, impositivas, de desgaste, engaños y represión hacia la comunidad estudiantil disidente, entre las autoridades universitarias y de los niveles de gobierno involucrados; donde, por cierto, el histórico líder de izquierda, Cuauhtémoc Cárdenas, ocupaba el cargo de Jefe de Gobierno del entonces Distrito Federal, pero estuvo lejos de tomar partido por el movimiento estudiantil. Así, con clases extramuros y hostigamiento telefónico a diversos participantes del movimiento estudiantil, se procuró su fracaso. Esto, además de poner en riesgo la integridad física del estudiantado, había buscado desatar la confrontación entre la propia comunidad universitaria que, en los momentos más álgidos del conflicto, se había dividido en posturas diversas, muchas de las cuales pugnan por el fin de la huelga y el regreso a la normalidad académica.

El papel que jugaron los medios de comunicación masiva también fue clave para incidir en la opinión pública y romper con la solidaridad que se había ganado el movimiento desde un principio. Pero las campañas mediáticas sobre la pérdida del semestre y llamando a la realización de todas las actividades extramuros que las autoridades proponían, trataban de exhibir a los huelguistas como “haraganes que no querían estudiar”, y como jóvenes desviados que sólo vandalizaban las calles durante sus multitudinarias movilizaciones. Salvo honrosas excepciones como *La Jornada*, que buscaba ser imparcial, el caudal de infodemia y linchamiento social de los activistas estudiantiles buscaba deslegitimar su lucha y construir un discurso que ayudaría a estigmatizarles como la oposición frente a los alumnos “que sí querían estudiar”. También abrían espacios informativos a la participación

de algunos representantes del movimiento para tratar de exhibirlos, atacarlos o acorralarlos.

El más grande error fue caer en el juego que sembró la campaña del gobierno para crear discordia y resentimiento al seno del CGH, donde se señalaba si pensabas en negociar o se estereotipaba por buscar la «patria o muerte». Moderados y ultras. Y como digo, le seguimos el juego al sistema con sus tendenciosos comunicadores como Lily Téllez, Guillermo Ortega, Raúl Sánchez Carrillo, Ciro Gómez Leyva, Denise Maerker, entre muchos otros con comentarios parciales, denigrantes, subjetivos, tendenciosos y calumniadores. (Corona, 2022, p. 67)

Otro caso notable que hay que destacar fue cómo algunos miembros antidemocráticos y autoritarios de AAPA-UNAM, en colusión con la burocracia universitaria, establecieron un “convenio secreto” violatorio de diversos artículos de la Ley Federal del Trabajo sobre condiciones y derechos de los trabajadores (Hernández, 2008, p. 105) con tal de obligar a los docentes a participar en el fraude de las clases extramuros y potenciar la confrontación estudiantil que se avecinaba, cuando el conflicto universitario atravesaba por sus momentos más álgidos. Esto contribuiría más adelante —una vez rota la huelga— a alimentar rivalidades, rupturas y sentimientos de desconfianza al interior de la comunidad universitaria.

Según Aranda (2000), los movimientos estudiantiles son susceptibles de registrar fragilidad, o que llegue a presentar actitudes inmaduras y sectarias (como la incapacidad de mantener la unidad en cada sesión CGH en que se confrontaban acaloradamente las posturas de los principales grupos estudiantiles, o bien la prolongación y desgaste de la misma huelga al adoptar actitudes intransigentes en las negociaciones); también, ante su naturaleza masiva, heterogénea y en gran medida “ideológicamente inconsistente”, sus prácticas democráticas pueden verse afectadas por la misma inercia combativa y las contradicciones internas no bien resueltas (Aranda, 2000, p. 247). Estas contradicciones provocaron la dispersión y la disgregación del movimiento, facilitaron el linchamiento mediático y permitieron el plebiscito del que resultó el rompimiento de la huelga con el uso de la fuerza pública.

Resulta importante señalar que el “triumfo” que significó este movimiento estudiantil no implicó el fin de aquellas políticas neoliberales, las cuales se

irían implementando paulatinamente a través de otro tipo de cobros ilegales o mediante su desprestigio a través de ataques desde medios de comunicación o desde poderes gubernamentales (Pérez, 2012). Las resonancias del movimiento han logrado mantener —durante 26 años— el carácter público y gratuito de la educación que imparte la UNAM cerrando, de algún modo, el paso a cualquier intento de modificación del Reglamento General de Pagos. De hecho, esto se ha venido reproduciendo en todas las universidades públicas del país, que han presentado problemas presupuestales para su correcta operación desde hace ya varios años.

Un último aspecto que resulta importante destacar y que dejó un sello muy particular en las luchas sociales de todo el mundo fue el llamado “movimiento altermundista”, el cual tiene múltiples orígenes como el propio alzamiento indígena de Chiapas en 1994, o las marchas en la ciudad de Seattle en 1999 contra la Conferencia Ministerial de la Organización Mundial de Comercio. Este tipo de movilizaciones darían como secuelas la organización del Foro Social Mundial en Porto Alegre, Brasil, para el 2001, por iniciativa de organizaciones y movimientos sociales para ser oposición al Foro Económico Mundial de Davos. Iniciativas “subalternas” desde un pensamiento crítico y anticapitalista que definitivamente marcarían a la juventud estudiantil durante los años subsecuentes, para definir más tarde sus propias perspectivas acerca del devenir del mundo y la motivación de sus propias movilizaciones.

Flujos y reflujos de los movimientos estudiantiles en el nuevo milenio

Pasado el trance del movimiento estudiantil del CGH, los activistas pudieron ocupar espacios (salones) en las diferentes escuelas y facultades, con la venia de las autoridades, siempre y cuando se dedicasen a actividades de fomento académico, cultural y de divulgación. Para esto, fueron dotados de algunas computadoras de escritorio que las administraciones estaban por dar de baja (o al menos así fue en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales). Como parte de los reclamos de la comunidad estudiantil también se obtuvieron laboratorios de cómputo y cooperativas para la venta de alimentos administradas por los propios estudiantes, quienes mantendrían un cierto activismo hasta entregar la estafeta a las siguientes generaciones (Ramírez y Osorio, 2024a).

La participación en este movimiento abrió a algunos activistas nuevas perspectivas de participación política, sobre todo en el ámbito de los movimientos urbano-populares y de los partidos políticos de izquierda. Mientras este proceso de maduración social se afianzaba entre las generaciones participantes, se desatarían nuevas campañas propagandísticas por medio de periódicos, carteles, folletos, etc., para posicionar al mercado de educación privada como la nueva alternativa para la formación de los jóvenes, sin huelgas, sin activismo político o formación de cuadros; sólo educación del tipo bancaria, como la que ya ha descrito Freire (1970), en una oferta académica que solía carecer de ciencias sociales. Además, los costos de inscripción y mensualidades “se habían vuelto accesibles” para una precarizada clase media que luchaba por no descender a los niveles más bajos del estrato social, o peor aún, pasar a las clases pobres.

La iniciativa privada no contaba con la infraestructura necesaria para recibir la oleada de estudiantes que se daría, aunque aprovechó la situación. Con el pasar de los siguientes años, la UNAM incrementaría su matrícula de ingreso poco a poco; no obstante, siguió siendo un espacio de elitismo y exclusión de miles de aspirantes para ingresar a alguna de sus licenciaturas. Fue en este contexto en que llegó la llamada “alternancia política” en la presidencia del país, pues este atestiguó la llegada del candidato del PAN, Vicente Fox, a la presidencia de la República, terminando simbólicamente con 70 años de dominio del PRI en el Poder Ejecutivo, mas no con su poder político y económico real, ni con su presencia en diversas entidades de la república o entre los legisladores del Congreso de la Unión.

Pero la “alternancia política” terminaría profundizando las políticas neoliberales, incrementando la pobreza, las desigualdades y, aunque ya pareciera imposible, la corrupción del Estado y la clase política; también se reconfiguraron nuevos pactos con los grandes empresarios y con el alto clero. En este sentido, resulta importante destacar que en el primer lustro del siglo XXI la historia social del país se vería marcada por tres grandes acontecimientos —de entre una variedad más de procesos regionales—. Primero fue la Marcha del Color de la Tierra o “caravana zapatista”, que fue un recorrido realizado por una delegación del EZLN desde Chiapas hasta la capital del país realizada del 24 de febrero al 2 de abril del 2001. Esta removió muchas conciencias, logrando llegar hasta el Congreso de la Unión, donde la Comandanta Esther dirigiría un discurso ante algunos legisladores y el pueblo de México.

El segundo acontecimiento fueron los disturbios y la represión ocurrida en Atenco, Estado de México, ante la defensa que los ejidatarios hacían de las tierras que el gobierno federal pretendía despojarles para la construcción de un aeropuerto en el lago de Texcoco, lo cual terminó en una invasión a la cabecera municipal por parte de la Policía Federal Preventiva para reprimir a los ejidatarios, esto con el contubernio del gobierno del Estado de México y la complacencia del presidente Vicente Fox. El tercer acontecimiento fue el suscitado con la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca, una organización integrada por un conjunto de organizaciones sociales, las cuales se activaron para defender a los profesores de la sección 22 de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, de un desalojo que sufrieron por estar protestando en contra de la corrupción del gobernador del estado, Ulises Ruiz, quien en respuesta mandó a reprimirlos solicitando la intervención de fuerzas militares desde octubre de 2006, acciones que se prolongaron hasta noviembre de 2007.

Estas represiones sociales, la profundización de la corrupción y de las políticas neoliberales y la apertura en el gobierno a diversos poderes fácticos como la propia Iglesia Católica (la derecha religiosa heredera de la Cristiada y del sinarquismo, que pudo reivindicar viejas demandas como la libertad religiosa, rechazo al derecho al aborto, los matrimonios igualitarios y el rescate de las “buenas costumbres”), nos hablan de una “transición conservadora”, proceso de derechización de la vida pública nacional, donde se consolidó la alianza con la tecnocracia priista y, posteriormente, con la “fracción pragmática del Partido de la Revolución Democrática”, apoyados de una composición interclasista de actores individuales y colectivos: la red de organizaciones civiles de ideología conservadora, generadores de textos sagrados y posiciones doctrinales, y con participación en la política partidista (Hernández, 2019).

Así, aprovechando el tema de los derechos humanos como “lobby”, las derechas religiosas construyeron alianzas público-privadas para incidir en el diseño de las políticas públicas, cabildeando con diputados, senadores, miembros de la Suprema Corte, gobernadores y alcaldes para lograr la judicialización de lo que consideran “contrario al credo y pensamiento sagrados”; lo cual también permitiría que las iglesias evangélicas comenzarían a jugar un papel importante en la sociedad, con la erección de alrededor de 3763

iglesias y el 30% de la población transitando hacia sus credos (Masferrer, 2018, p. 15). En la política, se crearon partidos como Encuentro Social Central.

Más tarde, el gobierno del PAN, junto con algunos empresarios, orquestarían las campañas del miedo y el fraude electoral contra el candidato de la izquierda moderada, que permitiría la llegada de Felipe Calderón a la presidencia en el 2006. A partir de ello se desataría la llamada “guerra contra el narco”, en donde el Gobierno Federal, aliado al cártel de Sinaloa a través del secretario de Seguridad Pública, Genaro García Luna, atacaría a otros cárteles y contribuiría a generar una ola de violencia e inseguridad pública que iría en aumento hasta el 2018. Mientras tanto, la población juvenil era una de las más afectadas entre el fuego cruzado, la narco-violencia, la narco-cultura y la cooptación por los grupos del crimen organizado.

La primera década del siglo XXI también fue el escenario de otra gran crisis económica, ocurrida entre 2007 y 2008, y considerada la mayor crisis financiera mundial después de la Gran Depresión de 1929. Fue ocasionada a causa de la especulación financiera en la venta de hipotecas de alto riesgo que se vendieron en Estados Unidos, donde la administración del riesgo y la cartera vencida terminaron generando una deuda sin precedentes. Como ni los deudores, ni los bancos podían pagar a quienes contrataron los fondos de inversión hipotecarios, se desató una crisis de liquidez en la banca, provocando la quiebra de instituciones como Lehman Brothers, con lo que los mercados de valores se desplomaron produciendo con ello una crisis económica global. Esto obligó a Estados Unidos a rescatar financieramente a sus bancos adquiriendo deuda internacional —China se convirtió en su principal acreedor— (Juárez et al., 2015).

México tuvo la recesión de mayor profundidad en el contexto latinoamericano, aunque se recuperaría para el 2010, instalándose en el lento crecimiento que se venía experimentando desde hacía más de 30 años, con una tasa promedio de 2.8% al año y con tendencias hacia la desaceleración. Las tasas de desempleo, subocupación y “condiciones críticas de ocupación” también fueron en aumento, superando a sus valores anteriores a la crisis. El mercado laboral se vio afectado por el fuerte descenso de la migración internacional de trabajadores hacia los Estados Unidos y el colapso de la migración neta a causa de la gran recesión padecida por este país, así como las deportaciones masivas realizadas a trabajadores indocumentados (Ros,

2016). Así se llegó a la “celebración” del centenario de la Revolución Mexicana y el Bicentenario de la Independencia, en lo que ciertamente no representó una reivindicación de las causas sociales que les habían dado vida como procesos históricos.

#YoSoy132, Ayotzinapa, las emergencias del feminismo y las luchas contra la corrupción como construcción de ciudadanía y defensa de los derechos humanos

Las políticas neoliberales del PAN en el gobierno y la tristemente célebre “guerra contra el narcotráfico” del último sexenio habían lacerado a diversos sectores y estratos sociales, los más vulnerables socioeconómicamente hablando. La política se había convertido para muchos en sinónimo de corrupción y un mero negocio para el enriquecimiento a costa del erario, generando apatía en la participación política. De igual forma, el otrora partido fuerte de izquierda, el Partido de la Revolución Democrática (PRD), desdibujó su ideario y se terminó alineando al pragmatismo político imperante, como se mencionó arriba, mientras que al interior se dividía en “tribus” y se manchaba con casos de corrupción. Había, pues, un fuerte desencanto e incertidumbre por el futuro del país. Pero la llegada del “tele-candidato” construido mediáticamente desde su paso como gobernador del Estado de México (cuyas corruptelas e injusticias serían minimizadas o echadas al olvido por los mismos medios de comunicación masiva), marcaría el clímax del modelo político desgastado que ahora se presentaba se forma entusiasta como el “Nuevo PRI”.

La tele-candidatura de Enrique Peña Nieto a partir de su matrimonio con una estrella de telenovelas no tardaría en exhibir sus principales puntos débiles: su profunda ignorancia, su nula cultura y su escaso conocimiento del país. Pero el alcanzar parte del voto popular era imperativo para vencer al adversario de la izquierda moderada, el ya conocido Andrés Manuel López Obrador, quien se postulaba como candidato a la presidencia por segunda ocasión y tenía a su favor el hartazgo de la sociedad y la crítica de esta hacia el modelo neoliberal. La estrategia electoral decidió llevar a Enrique Peña Nieto a la Universidad Iberoamericana para disputar el sentido de las clases medias.

El #YoSoy132 fue un movimiento iniciado en las aulas de esta universidad, y rápidamente despertó simpatías entre los estudiantes de las univer-

sidades públicas. Sobre sus distintas etapas de desarrollo, Ángel González (2020) identifica 4: la primera de protestas dentro de la Ibero; la segunda de protestas anti-Peña Nieto; la tercera de activismo en contra de la candidatura y a favor de un proceso electoral transparente, y la cuarta de aniquilación del movimiento, donde sus activistas y organizaciones se dispersaron y terminaron por disolverlo.

Así, el 11 de mayo de 2012 Enrique Peña Nieto atendió su acto de campaña en la Universidad Iberoamericana (ubicada en la zona de Santa Fe, en la Ciudad de México). Un grupo de alumnos lo increpó sobre su gestión como gobernador del Estado de México, recordando el acto de represión que permitió en San Salvador Atenco, donde hubo un saldo de al menos 200 personas detenidas y torturadas, 47 mujeres abusadas sexualmente y dos decesos: Alexis Benhumea y Francisco Cortés (Centro Prodh, s.f.). La multitud de estudiantes universitarios se manifestaba con pancartas sobre Atenco, caras del expresidente Carlos Salinas de Gortari y cánticos con la frase: “¡La Ibero no te quiere!” (VICE en Español, 2016).

El candidato se retiró de la universidad por la puerta trasera del plantel, aún seguido por los estudiantes que le increpaban, por lo que se vio obligado a esconderse en el baño. Por su parte, Luis Videgaray (coordinador de su campaña) realizó declaraciones a la prensa para desprestigiar el carácter estudiantil de la protesta, señalando que sus protagonistas “eran sólo un grupo de estudiantes” que no era representativo de la civilidad democrática de la universidad. También señaló que “fueron unos intolerantes y ni siquiera había certeza de que fueran estudiantes” (Milenio, 2012). Pero el descontento de la comunidad estudiantil no se hizo esperar, pues consideraron que sus reclamos eran legítimos y acordes al clima político de la coyuntura electoral. En medio de descalificaciones al suceso por parte de algunos políticos y la censura de los medios de comunicación, el candidato fue increpado por los sucesos y respondió que quienes estuvieron detrás fueron 131 estudiantes.

Ante esas declaraciones, los estudiantes realizaron una contra campaña donde crearon el video: “131 alumnos de la Ibero responden” (R3CR30, 2012), difundido a través de las redes socio-digitales. Las primeras reivindicaciones de las protestas fueron por la transparencia y veracidad de los medios de comunicación, pues no sólo en la prensa escrita habían sido deslegitimadas las protestas, sino también en la radio y televisión. Por ello, una de sus primeras

protestas como colectivos organizados de escuelas privadas fue una marcha que partió de la Universidad Iberoamericana a Televisa Santa Fe, y del ITAM a Televisa San Ángel (Aristegui Noticias, 2012). Así surgió #YoSoy132 como organización y plataforma para la conformación de una red de universidades en solidaridad y acción conjunta de protesta

se movilizó con gran impacto tanto en la plaza pública como en el ciberespacio, demandando básicamente la democratización de los medios de comunicación. Su capacidad de convocatoria lo convirtió, muy rápido, en un actor colectivo que políticos, instituciones y medios de comunicación tuvieron que reconocer y con el cual debieron negociar. A sólo unas semanas de los comicios presidenciales, su protesta pública generó la percepción de que el candidato priísta quizá no sería el ganador indiscutible de la contienda electoral. (Estrada, 2014)

El 23 de mayo, convocaron a una protesta en la Estela de Luz en la que se dieron cita estudiantes y jóvenes de universidades públicas y privadas (entre ellas la UNAM). Después del mitin se realizaron dos caminatas, una hacia el Ángel de la Independencia y otra hacia las instalaciones de Televisa Chapultepec. También se realizaron actividades alternativas para compartir el conocimiento y la reflexión (intercambio de libros y generación de videos de apoyo). Los días siguientes fueron de organización y conexión entre estudiantes de todas las universidades del país, quienes habían sido convocados a una primera reunión “inter-universidades” en el espacio conocido como “Las Islas” en la UNAM, para el 30 de mayo. Acudieron al llamado 54 universidades de varios estados del país, así como un aproximado de 6500 asistentes organizados en 15 mesas temáticas (Comisión de redacción, 2012). Numerosos comités y asambleas estudiantiles se habían organizado para participar. #YoSoy132 ya se convirtió en un movimiento estudiantil, e instituiría la Asamblea General Interuniversitaria (AGI) como órgano de autoridad máxima (Estrada, 2014).

Las actividades del movimiento planteaban la participación de los estudiantes en este naciente órgano interinstitucional, que discutía el posicionamiento del movimiento ante la coyuntura electoral y el papel que jugaban los medios de comunicación. Más que un pliego petitorio, los resultados de la Asamblea Interuniversitaria del 30 de junio fueron: una declaración de

principios y una estructura organizativa con proyección nacional. Sobre la primera, se fijó un posicionamiento político donde la transparencia y la movilización eran ejes de la acción política. Entre estos principios, el partidismo del movimiento fue de central importancia. No obstante, se respetó la pluralidad y diversidad de posturas políticas, lo cual permitió aglutinar escuelas de diferentes perfiles. Uno de sus puntos de mayor importancia fue la democratización de los medios de comunicación para garantizar la transparencia de los comicios:

Ante la coyuntura electoral nos manifestamos en contra de la manipulación mediática, inconformes con un proceso electoral contaminado que pretende restaurar el viejo régimen político, un régimen que practica la violencia de Estado, la represión, el autoritarismo, la corrupción generalizada, el encubrimiento, la opacidad en la toma de decisiones públicas, coacción del voto, y demás prácticas antidemocráticas. (#YoSoy132, 2012).

Cabe destacar que el sistema de asambleas fue la estructura de organización para planificar y deliberar las propuestas de acciones a realizar en el movimiento. Cada una de las escuelas tenía una asamblea que conglomeraba a las y los estudiantes. En estas, que estaban organizadas de forma clásica —con una mesa que dirigía la discusión y tomaba registro de las participaciones, redactaba acuerdos y resolvía controversias de procedimiento— se daban cita jóvenes de todos los años, sistemas escolarizados o abiertos, por escuela, institución o centro educativo. La acción política estaba centralizada en la Ciudad de México, pero como se mencionó, otras asambleas se organizaron a lo largo y ancho del país.

Conforme la jornada electoral se iba acercando, el movimiento fue perfilando acciones de concientización a gran escala, y al mismo tiempo, más asambleas se incorporaban al movimiento. Se puede considerar que prácticamente en todo el país se organizaron asambleas #YoSoy132. En este marco, el 5 de junio se realizó una reunión nacional interuniversitaria en la Facultad de Arquitectura de la UNAM para fijar acciones (Animal Político, 2012). Se realizaron marchas hacia el Instituto Federal Electoral (ahora INE) y un mitin en la Comisión Federal de Telecomunicaciones. El 10 de junio el movimiento realizaría su marcha anti EPN en el marco del aniversario del “Halconazo” (Animal Político, 2012).

Las jornadas de información fueron un mecanismo de vinculación importante con estudiantes de la periferia y de otros estados del país, realizadas de forma intensiva en las calles por parte de brigadistas de distintas escuelas. Por ejemplo, los que eran originarios del Estado de México manifestaron su preocupación por la represión, pues uno de los bastiones electorales y de poder territorial del PRI era precisamente esta entidad, donde cualquier manifestación o protesta podía ser fuertemente reprimida (Alba, 2013). Pero las tensiones, controversias y discusiones fueron parte de la vida orgánica del movimiento: por un lado, se manifestaban las formas tradicionales del activismo estudiantil, que valoraban fuertemente la deliberación y el prestigio de activistas con experiencia previa, o bien, se expresaban opiniones e intervenciones sobre evitar la identificación con “vicios” del activismo estudiantil, como los mayoriteos o las “asambleas maratónicas” que duraban más de 6 horas. Otro punto de tensión fueron las formas y momentos de protesta:

Una de las grandes tensiones dentro del movimiento tenía que ver con los repertorios de protesta y las formas de manifestación; después de la primera marcha, los alumnos y alumnas de la Ibero borraron las pintas que los compañeros iban pintando en el trayecto; hubo un extrañamiento en la Asamblea Interuniversitaria para que las pintas fueran respetadas. Otro de los debates fue sobre la marcha del 10 de junio, pues algunos argumentábamos que era importante respetar una fecha como esa, y no pretender ser vanguardia en la marcha. Por lo que se acordaron dos rutas: la histórica y una alternativa, que se incorporaría a la marcha en Hidalgo. Fue la primera vez que marché el 10 de junio y Ciencias Políticas, junto con el Politécnico y la ENAH marcharon con el contingente histórico como retaguardia. (Comunicación personal, 2023)

El compromiso de este movimiento con la coyuntura electoral se expresó con mayor contundencia cuando organizó de forma independiente el 19 de junio el “tercer debate” de los candidatos presidenciales. Todos los candidatos participaron con excepción de Enrique Peña Nieto, quien argumentó que el escenario no sería neutral y que no tenía condiciones de seguridad para su persona (Figueiras y Meléndez, 2012). Este fue transmitido por radio, televisión e internet (principalmente YouTube y Google) y cerca de cien mil personas lograron ver el evento aún con los fallos técnicos y la poca difusión que se logró (Notimex, 2012). Todas las preguntas que se

hicieron a los candidatos fueron trabajadas en mesas con participantes de distintas universidades.

Llegada la fecha de los comicios el 1 de julio, el movimiento estudiantil organizó una gran observación electoral a lo largo y ancho del país con al menos tres mil participantes que registraron datos como: hora de apertura de las casillas, resultados preliminares de los conteos, irregularidades y delitos electorales, etc. Las entidades con más irregularidades fueron el Estado de México, Veracruz, Tabasco y Chiapas. Ante ello, #YoSoy132 no realizó declaraciones, sino que esperó a la asamblea interuniversitaria que se llevó a cabo el 4 de julio, donde hicieron un balance de los resultados de sus brigadas de observación electoral (Igartúa, 2012).

Desarticulación del movimiento

Fue después de las elecciones que comenzaron a ser evidentes las tensiones y fragmentaciones dentro del movimiento estudiantil, aunque estas ya habían sido advertidas en lo organizativo y lo operativo. No obstante, aun con estas dificultades y tensiones hicieron un llamado a no desmovilizarse para seguir denunciando la manipulación mediática. Una acción significativa que realizaron fueron las veladas por la democracia, los cercos a las distintas sedes de Televisa o la movilización del 27 de julio, donde convocaron a participar en un cerco pacífico para demostrar que el 132 no fue un movimiento coyuntural, sino que buscaba marcar una alternativa de organización política para el país (Imagen Radio, 2012). También se redactó un contrainforme de gobierno que denunciaba las estrategias del presidente Calderón en cuanto a seguridad, educación y desarrollo social, y señalaba el recrudecimiento del neoliberalismo, con asesinatos de periodistas, violaciones a la libertad de expresión y la información, represión a los movimientos sociales, la toma y desaparición de Luz y Fuerza del Centro, el hostigamiento a Radio Ñoomdaa y la masacre de San Fernando en Tamaulipas, entre otros agravios (López y Rivas, 2012):

Felipe Calderón es responsable por estos seis años de decisiones tomadas a espaldas de la sociedad. Sabemos que este gobierno ha sido la continuación de un sistema corrupto, donde unos cuantos imponen sus intereses sobre las necesidades de los más y sabemos que con Enrique Peña Nieto este sistema

simplemente tomará un nuevo rostro y otra vez nosotros, la sociedad, pagaremos los costos impuestos por esta clase política. Pero también sabemos que hoy tenemos la posibilidad de organizarnos, de resistir contra estas políticas, de proponer un país diferente. Por eso convocamos a todos, a la sociedad en general a que participe de este diálogo y a unirnos en una lucha fraterna por la transformación de México. (#YoSoy132, 2012)

En términos organizativos, las asambleas estatales y locales pidieron la reafirmación de su autonomía como órganos de participación y organización. La asamblea interuniversitaria, sólo sería un espacio de articulación nacional y no tanto un lugar de toma de decisiones. Se trató de una decisión política que desarticularía al movimiento de la estructura que exigía el consenso de las decisiones y acciones, y daría autonomía a cada una de las asambleas para realizar actividades acordes a sus contextos locales (González, 2020). Tras una jornada de protestas escalonadas a lo largo y ancho del país, y con la consigna de “No a la imposición”, el 1 de diciembre de 2012 Enrique Peña Nieto es nombrado oficialmente como presidente. Siete días antes, #YoSoy132 declaró que se realizaría un cerco a la Cámara de Diputados con la intención de hacerle saber al presidente electo que no era bienvenido, ni había sido electo en condiciones democráticas (Zepeda, 2012). Durante la jornada de protesta, el movimiento fue reprimido de manera directa con un saldo de al menos una veintena de heridos y el uso de gases lacrimógenos y balas de goma en su contra y la detención arbitraria de 70 activistas (Seco, 2012). Pero el movimiento no terminó ahí, pues se realizaron protestas y una movilización jurídica y de solidaridad inmediata para liberar a los presos políticos (El País, 2012).

El sexenio dio comienzo con las Reformas Estructurales, donde se entrometía la iniciativa privada en la educación y el sector energético, y se adoptaría una postura punitiva hacia el magisterio que se opuso a dichas reformas en lo que fue la gran reactivación del movimiento magisterial de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) y otros tantos grupos magisteriales que terminaría en linchamiento mediático y represión durante el 2013. Poco más tarde, la situación de inseguridad y la creciente impunidad terminarían desbordando una crisis de derechos humanos documentada por la prensa y organismos de derechos humanos. Al menos 46 periodistas serían asesinados durante su sexenio, y 35,000 per-

sonas desaparecidas (MA, 2018), todo ello acompañado por el incremento de la militarización —iniciada por el gobierno anterior— y la promulgación de una ley de seguridad interior que no daba garantías a la población civil (Amnistía Internacional, 2018).

Cabe señalar que, durante este gobierno, dos situaciones fueron especialmente significativas para los movimientos y el activismo estudiantil de la década 2010-2020: la desaparición de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa el 26 de septiembre de 2014 y la primavera violeta, un ciclo de protestas realizado por organizaciones, colectivas y activistas feministas en contra del incremento de los feminicidios en México, cuya marcha insignia fue la del 24 de abril de 2016. En este contexto, el movimiento estudiantil del Instituto Politécnico Nacional se manifestó con fuerza en septiembre de 2014, al estallar una huelga que reivindicó el que consideran, es el papel histórico del IPN como institución de educación superior y en defensa de la educación pública como derecho humano y obligación del Estado mexicano.

Ayotzinapa y la indignación estudiantil

El activismo normalista ha constituido históricamente en México un semillero de crítica contestataria e inclusive una fuente de potencial revolucionario desde las primeras décadas del siglo xx, cuando recibieron un impulso decisivo durante el cardenismo; no obstante, las escuelas normales rurales no habían superado sus graves carencias cuando en el sexenio de Ávila Camacho se empezó a poner freno a su desarrollo, y más bien el Estado tomó una actitud contraria, opuesta a los procesos que se daban en estos espacios educativos, lo cual incentivaría la resistencia estudiantil (a que desaparecieran sus opciones educativas) y su movilización en diversos escenarios políticos que buscaban arremeter contra esta institución, contra los procesos académicos y sociopolíticos que se daban a su interior, y contra su articulación con el gremio magisterial.

Esta relación ríspida entre el gobierno federal (y los gobiernos estatales y municipales) y las escuelas normales rurales ha tenido diversos capítulos de demandas, movilizaciones, negociaciones y represión a lo largo de la historia del país, mismos que merecen un estudio aparte. Pero fue con la entrada de las políticas neoliberales que esta relación se tornaría

mucho más violenta, pues sus reformas estaban encaminadas a erradicar el sentido social de estas escuelas, o bien a convertirles en escuelas donde se enseñara turismo y oficios (escuelas técnicas), propuesta de la líder sindical del magisterio charro, Elba Esther Gordillo durante el sexenio de Felipe Calderón. Sin embargo, la capacidad de formación política de los estudiantes y sus repertorios de movilización lograrían frenar esta y otras tantas iniciativas de la misma índole.

Para ello, sus estructuras organizativas se han venido convirtiendo en un proceso casi “ritual” de formación política y experiencias de movilización, de afianzamiento de los repertorios de acción que eventualmente implementarán, pues se mantienen constantemente activos y en resistencia. Esto incluye la politización del estudiantado desde su ingreso a las escuelas normales, y su movilización para participar en actos de protesta y experiencias de disputa por las calles y los espacios públicos. Una de estas movilizaciones sería detonante de un movimiento estudiantil de alcances nacionales en la segunda década del siglo XXI, durante el gobierno de Peña Nieto.

La noche de Iguala

La noche del 26 de septiembre de 2014, un grupo de estudiantes de la normal rural Isidro Burgos, ubicada en Tixtla, Guerrero, realizó una rutinaria toma de camiones para poder asistir a la marcha conmemorativa del 2 de octubre en la Ciudad de México. Una vez tomados los autotransportes se dirigieron a la ciudad de Iguala donde fueron perseguidos por la policía municipal; sólo algunos lograrían huir o resguardarse con ayuda de los pobladores locales. Para el día siguiente, 43 estudiantes fueron declarados como desaparecidos tras una trifulca (Centro Prodh, s.f.). De inmediato, un proceso de organización local, protestas y llamados generales a la solidaridad comenzaron a surgir por este crimen perpetrado a los normalistas después de que la policía les había disparado con armas de fuego y sacado a los heridos de los hospitales.

Ante los hechos de violencia por parte del Estado, el fiscal general de la república, Murillo Karam, se dio a la tarea de construir la llamada “verdad histórica” —versión mediante la cual se planeaba cerrar el caso—. Más tarde, ante la inconformidad de la ciudadanía por la opacidad que había seguido el proceso, las protestas públicas y las movilizaciones estudiantiles y de di-

ferentes organizaciones para exigir la aparición con vida de los normalistas bajo la consigna: “¡vivos se los llevaron, vivos los queremos!”, la indolencia del presidente Peña Nieto quedaría exhibida al pedir a la ciudadanía que se olvidara el caso y “se diera vuelta a la página” de una buena vez. Lo que era evidente es que al gobierno le urgía pasar a otros temas políticos para evitar evidenciar la colusión existente entre los diferentes niveles de gobierno y el crimen organizado y los cárteles de la droga, pues las policías municipales y estatales habían entregado a los estudiantes a las manos de aquellos.

El paradero final de los estudiantes normalistas sigue siendo una incógnita a la fecha, a pesar de los esfuerzos institucionales y autónomos que se han realizado en torno a la investigación. Cabe mencionar que este hecho tenía como antecedentes una brutal represión el 12 de diciembre de 2011 cuando, durante un bloqueo en la Autopista del Sol, dos estudiantes de la normal resultaron abatidos, pues la policía estatal abrió fuego contra ellos. Todo ello fue documentado por el Centro de Derechos Humanos de la Montaña “Tlachinollan”, donde ya se había identificado la estigmatización de los estudiantes a partir de sus condiciones de pobreza, juventud y activismo (Tlachinollan, 2019).

La respuesta solidaria de las y los universitarios de diferentes instituciones demostró una fuerte conciencia de clase e identificación con los 43 normalistas, y el día 9 de octubre de 2014 se realizaron marchas en 25 estados de la república (La Jornada, 2014). Esto dio pie a una organización más articulada, y el 13 de octubre se logró instalar una asamblea Interuniversitaria, la primera desde el movimiento #YoSoy132, en la capital del país, donde estudiantes de la UNAM, la UAM y el IPN acordaron realizar una jornada de lucha, que incluyó la marcha nocturna del 8 de octubre y un paro de actividades denominado “Día de acción global por Ayotzinapa” para el 22 de octubre, donde las actividades incluyeron la liberación de casetas de peaje vehicular, bloqueos en caminos y carreteras y un paro de 48 horas en las escuelas que se adhirieron al plan de acción (Proceso, 2014b).

La demanda central de este movimiento era la aparición con vida de los 43 estudiantes y la investigación y sanción a los autores de la represión, tanto intelectuales como perpetradores, pues las investigaciones del caso llevadas a cabo por el gobierno federal sólo buscaban darlo por terminado, como ya se mencionó arriba, con la verdad histórica, versión oficial de los hechos que apuntaba a culpabilizar de todo a los mismos estudiantes y al

crimen organizado, información obtenida y construida con graves violaciones del debido proceso (Capital 21 Web, 2022). Desde entonces el movimiento por los 43 de Ayotzinapa se ha perfilado como el referente histórico y funesto de la política de Estado hacia los movimientos sociales en general, y hacia los estudiantes y los jóvenes en particular. Se puede considerar como un movimiento *sui generis* pues, como el mismo Granados (2020) afirma: se trata de un movimiento de solidaridad que trascendió los espacios estudiantiles e implicó la incorporación de otros sectores además del juvenil, cuya experiencia política no se limitaba a las megamarchas en la Ciudad de México, sino a la organización local y a nivel nacional.

El movimiento #TodosSomosPolitécnico

Entre septiembre y diciembre de 2014, y paralelo al proceso de Ayotzinapa, el movimiento #TodosSomosPolitécnico surgió y tornó a los planteles del Instituto Politécnico Nacional en espacios estudiantiles de organización y toma de decisiones. Derivado de la inconformidad por los cambios a los planes de estudio y lo que los estudiantes consideraban una “tecnificación de la educación superior”, que afectaba las condiciones aprendizaje y enseñanza de los politécnicos; este movimiento se caracterizó por su extendida convocatoria y la relación que los estudiantes lograron establecer con el gobierno federal en turno, así como la rapidez con la que logró alcanzar la mayoría de sus objetivos. Además, estableció un referente inmediato para las movilizaciones posteriores.

En términos de narrativa histórica, Joel Ortega (2017) identifica cuatro etapas de desarrollo de este movimiento: durante la primera, se dieron de forma sucesiva la huelga de la ESIA-Zacatenco a causa de la modificación a los planes de estudio (el 17 de septiembre), y la aprobación de las reformas a la Ley Orgánica en la madrugada del 24 de septiembre, así como las protestas sucesivas. La siguiente etapa comenzó con la megamarcha del 30 de septiembre, fruto de un proceso de organización y definición de demandas y planes de acción que desembocó en la mesa de diálogo y negociación directa con el entonces secretario de gobernación, Miguel Ángel Osorio Chong. La cuarta etapa del movimiento fue el proceso de discusión y negociación de las demandas y del levantamiento del paro de actividades en diciembre del mismo año.

La aprobación de planes de estudio que, a juicio de los estudiantes, bajaban el nivel académico de la institución, se reflejaría en la práctica profesional, dando como resultado a profesionistas precarizados (Pantoja, 2014). Fueron implementadas políticas como una alternativa de titulación a mitad de la carrera para aquellos estudiantes que no pudiesen, o no quisiesen seguir estudiando; la reducción de materias administrativas y humanísticas en los planes de estudio; y la incorporación del sistema de vocacionales al bachillerato de la Secretaría de Educación Pública. Estos fueron los cambios impulsados por la directora Yoloxóchitl Bustamante que desataron el conflicto de las autoridades con la comunidad estudiantil (Proceso, 2014a).

La ESIA Zacatenco decidió tomar sus instalaciones el 17 de septiembre y convocar a una reunión general de estudiantes politécnicos. El 25 de septiembre de 2014, los estudiantes tomaron las instalaciones y realizan una marcha interna, para expresar su inconformidad y rechazo ante estos planes, aprobados ipso facto un día antes. Se calcula que ese día se manifestaron cerca de diez mil estudiantes y marcó el nacimiento de la Asamblea General Politécnica (AGP) (Ortega, 2017). Ante esto, la propuesta de la directora fue atrasar la aprobación de las reformas un año, sostener que los cambios no “desprofesionalizaban” a los egresados de la institución, y descalificó la participación de varios estudiantes argumentando que eran agentes externos a la comunidad politécnica. Esto provocó una movilización masiva el día 30 de septiembre, donde los participantes mostraban sus credenciales y enarbolaban consignas como “Todos somos Politécnico”. Esta fue la manifestación conocida como “la marcha de las credenciales”, que reunió a 70,000 personas de la comunidad politécnica y simpatizantes (Rivera, 2014). La cerrazón por parte de la directora y las autoridades del IPN provocaron la demanda de destitución inmediata de la misma:

Bustamante Diez demuestra que no concibe las formas de la democracia real, y cree que ella está por encima de la comunidad, como la mayoría de los funcionarios públicos, que se sienten sin ninguna obligación de consultar a sus representados, por eso es que estamos reunidos aquí más de 50 mil estudiantes politécnicos, para decir ‘basta’ al autoritarismo, basta a esa supremacía que creen tener las autoridades por encima de los estudiantes y de toda la comunidad en general. (Martínez y Roldán, 2014)

Aunada a las demandas de la derogación del reglamento interno, la cancelación de los planes de estudio y la destitución de la directora, surgió una demanda novedosa, cuyo origen estuvo en los movimientos anteriores y la conciencia de lo vertical que es la estructura del Politécnico: los estudiantes pidieron la democratización de la institución y la realización de un Congreso Nacional Politécnico para asegurar la participación amplia de toda la comunidad educativa, que debía congregarse a estudiantes, docentes y trabajadores. El 30 de septiembre lograron que el secretario de gobernación Osorio Chong atendiera las demandas de los politécnicos. Se le entregó un pliego petitorio que en total reunía 10 demandas (Igartúa, 2014).

Para la marcha del 2 de octubre, el Politécnico participó como parte de las protestas por la desaparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa. El 3 de octubre realizaron una marcha multitudinaria para recibir la respuesta al pliego petitorio. En los días posteriores los estudiantes realizaron asambleas en sus escuelas para analizar las respuestas de la Secretaría de Gobernación. Entre los nuevos enfoques estuvo presente el rechazo a cualquier forma de dirección interina que no tomara en cuenta la participación de la comunidad y la necesidad de garantizar la democratización del IPN a través de un Congreso; también se logró la destitución de la directora (Rivera, 2014).

Aquí destaca nuevamente el papel de las narrativas de los medios de comunicación, pues calificaron las marchas de los politécnicos como un ejemplo de civilidad y orden social (Excelsior TV, 2014). Si bien las marchas se caracterizaron por la organización de sus integrantes en comisiones bien estructuradas, incluida una comisión de seguridad, había otro motivo para pensar en una doble intención de los medios: la atención mediática que iba creciendo sobre el caso Ayotzinapa, que a diferencia del movimiento politécnico no tuvo el mismo trato por parte de las autoridades y siempre hubo una criminalización y revictimización a los normalistas desaparecidos (Pérez, 2019). Si bien el proceso fue llevado de forma paralela y la AGP se abstuvo de participar en las marchas y movilizaciones en apoyo a los normalistas, muchos estudiantes participaron en contingentes de sus escuelas al grito de “Normalista, hermano, el Poli te da la mano”, y durante las mesas con las autoridades de Segob y la SEP estuvieron presentes los reclamos por el caso (Igartúa, 2014).

Las mesas de diálogo siguieron durante los meses de octubre y noviembre, donde el trabajo intenso de consulta, verificación, redacción de las propuestas, votación de los acuerdos y reunión con las autoridades, captó todos los esfuerzos de la comunidad estudiantil involucrada. El alargamiento del proceso también desgastó a las bases, que mantenían el paro en forma (lo que implicaba resguardar instalaciones, insumos, y acceso a los planteles). La centralidad de la asamblea había dado dinamismo a las negociaciones, pero también generó descontento por algunas de las decisiones que se tomaron, como el carácter improvisado que tenían las asambleas locales y la concentración de legitimidad en los representantes (Ortega, 2017). La huelga fue levantada los primeros días de diciembre con el cumplimiento de 8 demandas del movimiento y la promesa de la realización de un Congreso Nacional Politécnico donde se decidiera de forma democrática, participativa y plural el proceso de democratización del IPN.

Aunque se lanzó la convocatoria para organizar el Congreso, la desmovilización en años posteriores, aunada a demandas y problemáticas locales ha impedido la consolidación del proceso de democratización del IPN. Los estudiantes, sin embargo, han retomado las protestas como mecanismo de visibilización a sus demandas en no pocas ocasiones. En abril de 2016 realizaron numerosas protestas a partir del intento de desincorporación a las Vocacionales del sistema universitario. Esto implica que ya no habría ingreso a la educación superior desde las escuelas vocacionales (nivel bachillerato), para miles de jóvenes que aspiraban a ingresar al IPN. Por ello, estallaron nuevas protestas demandando el cumplimiento de los acuerdos de 2014, mientras los estudiantes recibían ataques porriles (Expansión, 2016).

Las asambleas, reunidas de nuevo en la Asamblea General Politécnica, realizaron una multitudinaria marcha hacia Los Pinos para exigir un diálogo con el secretario de Educación Pública, Aurelio Nuño, quien ignoraba las demandas estudiantiles. En septiembre de 2022, las escuelas Nacional de Ciencias Biológicas y Escuela Superior de Medicina fueron escenario de protestas por la precarización de las condiciones para el aprendizaje; también reivindicaron la necesidad de un ajuste al modelo educativo a causa de la pandemia por COVID-19, y denunciaron la falta de mantenimiento a las instalaciones. También demandaron la necesidad de una unidad de género que atendiera denuncias por acoso y violencia sexual que las politécnicas experimentaban.

Finalmente, en el mes de septiembre resuelven irse a paro con el objetivo de establecer condiciones para un diálogo y resolver tantas problemáticas:

Es necesario tener un sentido crítico y de responsabilidad ante nuestras propuestas y temas a tratar; es menester atender la actualización del plan de estudios que queda pendiente desde 2014, cuando nos levantamos en contra de un rediseño mal estructurado; sin embargo, las administraciones posteriores no han dado avances significativos y pareciera que caen en algunos errores que cometió la administración de ese entonces. (Demos y Martínez, 2022)

La estrategia de negociación con las autoridades del IPN fue muy similar a la empleada en 2014: buscaron una interlocución directa con las autoridades de la Secretaría de Educación Pública a través de marchas multitudinarias, y luego a través de las mesas de trabajo y negociación, donde realizaron ejercicios de deliberación para redactar puntos de acuerdo y propuestas: se trataba de comisiones que se sentaron a discutir durante horas y a realizar investigación y cotejo con la legislación y estatutos del IPN, no sólo para tener fundamentación científica, sino jurídica.

El paro no estuvo exento de incidentes violentos, pues era recurrente la presencia de grupos porriles, así como el amedrentamiento por parte de las autoridades del Politécnico. Ante esto los estudiantes retomaron como parte de sus demandas la disolución de estos grupos y la garantía de no represalias. El nuevo paro duró 2 meses y fue levantado con la formación de comisiones y la generación de compromisos de las autoridades educativas y los estudiantes (Animal Político, 2022).

El movimiento #TodosSomosPolitécnico puso sobre la mesa demandas y reivindicaciones recurrentes históricamente en todos los movimientos estudiantiles. Un punto interesante de encuentro con otros movimientos, como el feminista, fue la experiencia política de las politécnicas, que no solo se suman a los reclamos y diálogos por mejoras académicas, sino que luchan y se organizan para crear sus propios espacios en contextos sumamente masculinizados (Aguilar, 2022). En ese sentido, un pendiente historiográfico es documentar las interacciones y alianzas que los movimientos estudiantiles generan, no sólo como solidaridad entre movimientos sociales, sino en vista de entender mejor sus proyectos y propuestas de transformación democrática y social.

La primavera violeta y el activismo estudiantil feminista

El año 2016 marcó un hito en la historia del feminismo y los movimientos de mujeres en México, pues comenzó un ciclo de marchas y manifestaciones masivas, que a su vez evidenciaba su enorme capacidad de organización, tanto a través de ONGS como de colectivas, cooperativas y otras formas de organización institucional y no institucional. La marcha del 25 de abril de ese año tuvo como objetivo visibilizar los abusos contra las mujeres en todos los ámbitos de la vida cotidiana. Se trató de una marcha masiva convocada a través del lema: “#VivasNosQueremos” y conjugó el potencial de las redes sociodigitales con la preocupante situación de inseguridad contra las mujeres. Así mismo, el feminismo comenzó a interesar a las estudiantes, quienes retoman los referentes de las luchas estudiantiles de 2012 y 2014 como antecedentes de movilización, aunado al nuevo conocimiento feminista que les permitió identificar situaciones de violencia y abuso en sus escuelas (Mingo, 2019).

Para el año 2020, algunas estrategias de protesta como el escrache, los tendaderos de denuncias y las marchas ya eran recurrentes en la vida interna de las universidades. El caso de la UNAM fue uno de los más conocidos, pues coincidió con la llegada de la pandemia por COVID-19 y se extendió después a otras universidades como la UAM y el IPN. Así, ante un acto de censura en la Facultad de Filosofía y Letras, y al señalar la falta de interés por parte de las autoridades universitarias para resolver los casos de acoso y abuso denunciados en la Unidad de Atención a Casos de Violencia de Género, el 5 de noviembre la colectiva identificada como Mujeres Organizadas de la FFYyL tomaron las instalaciones de manera indefinida. En solidaridad, la Facultad de Ciencias Políticas fue tomada por un grupo de estudiantes de forma indefinida en enero de 2020. El 28 de febrero se sumó la Facultad de Economía a los paros solidarios que reivindican esta estrategia como una forma de lucha legítima, en medio de un contexto de desprestigio y creciente criminalización de las mujeres movilizadas dentro del feminismo:

Sabemos de otras chicas de la carrera que no conocemos, esta lucha es para ellas, los semestres que les quedan y también para compañeras que no conocemos y no vamos a conocer, que van a venir de otras generaciones a esta Facultad, y que les dejamos un granito de esperanza de que los derechos de nosotras no están a discusión, no están a votación. (Zamora, 2020)

Otra característica de estas movilizaciones es el separatismo. Esto quiere decir que los paros y las movilizaciones, las marchas y protestas, eran espacios exclusivamente femeninos, donde los hombres no podían tener injerencia alguna. Las actividades que realizaron –además de las discusiones con las autoridades universitarias– eran talleres con perspectiva de género y que tenían como objetivo politizar y concientizar a sus participantes. Las demandas de seguridad y condiciones para una vida libre de violencia fueron centrales, a diferencia de otros movimientos estudiantiles que exigían la mejora de las condiciones académicas y de estudio. El paro feminista en las escuelas de la UNAM logró tener algunos compromisos por parte de las autoridades, como la implementación de una materia de género y violencia para las carreras impartidas en la universidad, pero ciertamente las problemáticas que denuncian las feministas siguen vigentes y lejos de recibir la atención adecuada por parte de las autoridades universitarias.

Las luchas contra la corrupción y la impunidad en el siglo XXI

La potencia estudiantil ha sido un importante factor de democratización en México al abrir espacios de participación y criticar la falta de democracia, dentro y fuera de los espacios universitarios. Los estudiantes han contribuido a ampliar la idea de democracia llevándola al plano de lo sustantivo y la justicia social cuando defienden la educación pública y gratuita como un derecho que contribuye al mejoramiento de las condiciones de vida de los estudiantes en particular y de la población en general. Más recientemente las exigencias de alto a la violencia, particularmente hacia las mujeres, pero también contra los jóvenes, se posicionaron como elemento necesario para poder hablar de democratización, específicamente se cuestionaba la imposibilidad de arribar a una verdadera democracia si seguían impunes hechos como la desaparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa. El #YoSoy132 contribuyó a la exigencia de democratizar los medios de comunicación ante los oligopolios existentes que profundizan las desigualdades y propician la desinformación. Se debe también a este movimiento la exigencia de transparencia y combate a la corrupción al denunciar el manejo deshonesto de los recursos por parte del gobierno de Felipe Calderón en actos como la construcción de “la estela de luz”.

Posteriormente el conjunto de movilizaciones en el 2018 en la UNAM para denunciar la violencia porril y de género incluyó en su pliego de demandas la transparencia y la rendición de cuentas como un elemento de justicia social y equidad (Ramírez y Osorio, 2024b). En años más recientes han sido constantes las denuncias de estudiantes normalistas sobre el mal manejo de los recursos en sus instituciones, hecho que ha tenido sus correlatos en instituciones como el IPN y la UAM. En la misma UNAM durante los años 2022 y 2023 los estudiantes protestaron por la falta de transparencia en la distribución de los recursos y por la disminución del presupuesto a apoyos estudiantiles como becas alimentarias (Ramírez y Osorio, 2024b). Estos hechos muestran la manera en que los estudiantes van incorporando nuevas demandas en sus protestas siendo buenos lectores de su tiempo e incorporando exigencias que se encuentran en el ámbito político nacional, pues debe recordarse que la lucha contra la corrupción y la impunidad fue uno de los ejes fundamentales del gobierno de Andrés Manuel López Obrador.

Movimientos estudiantiles: activismo, resonancias y politización: reflexiones finales

Al tener como base sentidos reclamos sociales como la gratuidad de la educación pública o el diseño de currículos menos subordinados a las necesidades del mercado y la explotación de la mano de obra barata, los estudiantes suelen adquirir una conciencia de clase, se organizan y se movilizan desde espacios de encuentro y conformación de nuevas identidades. Buscan ser más críticos de la realidad social y construir espacios de discusión y participación colectiva, así como aprovechar las experiencias de politización que ello representa. Los movimientos estudiantiles constituyen uno de los motores más importantes para la construcción de ciudadanía, para que los individuos logren reconocer el potencial de su agencia y hasta para su propia proyección mediática o en otros entornos organizativos y políticos, tales como sindicatos, movimientos populares y hasta el sistema de partidos políticos.

Desde la perspectiva histórica, los universitarios han jugado diferentes papeles según el contexto social, político y económico nacional y mundial. Por ejemplo, durante la primera mitad del siglo xx y siendo una condición de privilegio al que no podían acceder grandes capas de la población, su papel

ciertamente era contribuir a la modernización del país mediante la aplicación de sus conocimientos. En este contexto los detonantes de la organización y movilización universitaria irían dirigidos hacia cuestiones más de índole organizativa de las instituciones como lo fue la lucha por la autonomía universitaria. Aunque ciertamente, desde estas luchas y hasta la actualidad, la conciencia sobre el papel social de la universidad y la necesidad de que sea cercana al pueblo se ha mantenido como una especie de hilo conductor e ideológico.

Será la segunda mitad del siglo xx la que, con la apertura de las universidades a una demanda mayor de estudiantes, cuyos programas de estudio se habían diseñado para fortalecer los programas de desarrollo económicos que se diseñaron como respuesta a las nuevas necesidades del periodo posguerra y al nuevo contexto de Guerra Fría, cuando el papel de los universitarios podrá adquirir un fuerte carácter “popular”, un tanto por el origen y extracto socioeconómico de cada vez más universitarios, y otro tanto por los procesos de ideologización y toma de conciencia del estudiantado ante los grandes procesos históricos del momento como la Revolución cubana, la Revolución sandinista, o las guerras de Corea y Vietnam. Se trata de una conciencia fundamentalmente anticapitalista que detonará su maduración, sobre todo, después de las represiones gubernamentales hacia los movimientos sociales y estudiantiles de las décadas de 1950 y 1960.

Es por ello que el movimiento estudiantil tendrá durante las décadas de los 80, 90 y las dos primeras del siglo XXI, un fuerte carácter antisistema, crítico del capitalismo salvaje, de la colonialidad y de las desigualdades sociales. Tendrá, como se pudo ver en las experiencias revisadas o ciclos del movimiento estudiantil, una plena conciencia de la implicación de las transformaciones que en el sistema educativo se han tratado de imponer desde los gobiernos neoliberales, razón por la cual sabrán oponerse a los intentos de privatización de lo que durante este “segundo periodo” reconocieron siempre como un derecho social: la educación pública y gratuita, sufragada por el Estado y abierta a todos los estratos de la sociedad, pero no como una respuesta a la demanda de mano de obra por parte de las empresas, como lo planteó Hobsbawm, ni como un instrumento de ascenso socio-económico necesariamente, sino como la vía para estrechar lazos con el pueblo y ayudar a resolver sus demandas y necesidades.

En todo caso se debe promover un justo medio entre el legítimo deseo de estudiar para tener un mejor nivel de vida y una vocación en la que los conocimientos se utilicen a favor de la sociedad. La UNAM como la principal casa de estudios del país, debe redoblar esfuerzos para dar cumplimiento a su principal objeto social, a saber, “formar profesionistas, investigadores, profesores universitarios y técnicos útiles a la sociedad; organizar y realizar investigaciones, principalmente acerca de las condiciones y problemas nacionales, y extender con la mayor amplitud posible los beneficios de la cultura”. Asimismo, es necesario que las universidades sigan priorizando la atención a los problemas actuales de la sociedad mexicana involucrando, en ese cometido, a los y las estudiantes en formación. Ello contribuirá a su mayor legitimidad y dará a los estudiantes una sólida formación que los hará ciudadanos críticos, pero a la vez comprometidos con la sociedad que ha pagado (a través del pago de impuestos) parte de sus estudios.

Los ciclos del movimiento estudiantil han respondido a diversos horizontes utópicos y han impulsado definitivamente las transformaciones de la sociedad contemporánea, donde han librado la disputa de lo que consideran sus derechos, y han compartido filosofías con otros grupos igualmente subalternos que tratan de sobrevivir en el sistema-mundo. Se ha tratado desde el ciclo de 1968, por lo menos, de una oposición al sistema capitalista y sus injusticias, es decir, se trata de un proceso de toma de conciencia continuo, transgeneracional, y hasta internacional, pues estos ciclos han coincidido con la emergencia de otras luchas estudiantiles en el mundo, lo cual demuestra la interconexión de las afectaciones que el propio sistema mundo genera en diversas partes. Tales fueron los casos de Argentina, Estados Unidos y Francia, que compartieron diversos “lugares en común” con los ciclos del movimiento estudiantil en México.

Los imaginarios colectivos y las representaciones sociales también juegan un papel importante, pues permiten la activación política y la participación masiva para confrontar una realidad que se desvela adversa como parte de la maquinaria del sistema. Aquí, el método del análisis del conflicto (Tilly, 1998, p. 30) es importante por su modelo relacional que permite conocer los motivos por los que las personas entran en este, y la forma en la que lo hacen, desde donde la reconstrucción de sus reivindicaciones permite diversos análisis. No se trata de no reducir la complejidad del movimiento estudiantil,

pero ciertamente no basta con una serie de condiciones sociales, políticas y económicas adversas para la activación de un ciclo de movilización. Además de estos elementos, ha habido una serie de factores que construyen la coyuntura, el detonante que despierta conciencias y moviliza a la comunidad estudiantil. Y precisamente en este aspecto es que radica la importancia de seguir estudiando a los movimientos estudiantiles, pues aún es difícil comprender con mayor profundidad los periodos de flujo y reflujo de los movimientos.

3. Los movimientos estudiantiles en México: un breve recuento histórico

*Miguel Ángel Ramírez Zaragoza
Israel Jurado Zapata
Roberto Osorio Orozco*

La tensa y problemática relación entre educación, política y movimientos estudiantiles

Hacer un ejercicio de interpretación histórica sobre un actor o conjunto de actores que comúnmente se suele denominar “movimientos estudiantiles” implica situar los fenómenos en un campo más amplio de acción en el que se insertan. Campo del cual abrevan y que eventualmente buscan modificar. Este está dado por la siempre tensa relación entre la política, la educación y la acción colectiva, tres conceptos que están amalgamados históricamente en México por la conflictividad. Diversos autores han dado cuenta de esta problemática (Olivier, 2016; González et al., 2020; Cejudo y Dip, 2023; González y Olivier, 2017) en la que la acción colectiva de los estudiantes tiene que ser entendida a la luz del contexto en el que se desarrolla y en relación a otros actores políticos y sociales.

De la misma manera, se plantea que la problemática de la educación atraviesa la lucha estudiantil, pero no siempre se reduce a ella, pues los estudiantes son siempre conscientes de su contexto y del tiempo que les toca vivir. Esa tensa relación, ya de por sí compleja, es necesario atravesarla por el análisis histórico que nos permite una comprensión más amplia de los procesos en los que se enfrascan los activismos y movimientos estudiantiles (Marsiske, 2023; Rivas, 2018).

Este texto es un complemento de los trabajos de elaboración de lo que denominamos genealogía y trayectoria política de los movimientos y activismos estudiantiles en México, y constituirá la base de nuestra plataforma digital interactiva de investigación-acción.

Con base en una revisión de textos históricos y la identificación de los hitos, momentos y procesos más relevantes se construyó una propuesta de línea histórica que identifica un encadenamiento de acontecimientos en los cuales los movimientos estudiantiles han tenido protagonismo, logrando organizarse para exigir una serie de demandas referentes al campo educativo, pero también para exigir demandas más amplias de carácter político y social.

Revisar la historia de los movimientos estudiantiles en una línea del tiempo es importante (sin olvidar lo polémico que pueda ser conceptualizar el tiempo histórico de manera lineal) porque proporciona perspectivas sobre las luchas, logros y cambios sociales impulsados por los estudiantes a lo largo de un tiempo determinado. En este caso, analizamos una época que cubre la totalidad del siglo xx y las tres primeras décadas del siglo xxi. El ejercicio analítico contribuye a entender las causas, evolución y repercusiones de estos movimientos, permitiendo aprender de experiencias pasadas para abordar desafíos actuales y futuros en la educación y la sociedad; permite a su vez reconocer los nexos, herencias y aprendizajes del pasado, así como ciertas regularidades y condiciones de emergencia que buscan contribuir al conocimiento de estos actores colectivos.

La línea histórica es un reconocimiento a las luchas estudiantiles y a las y los jóvenes en general que, desde las aulas, han luchado por sus derechos y por construir una mejor educación, una mejor Universidad y un mejor país. La propuesta de esta línea del tiempo busca reconocer la importancia del movimiento estudiantil de 1968 como una experiencia clave para entender el pasado y el presente de los movimientos estudiantiles en México, tanto por su dimensión popular —una organización estudiantil que se articuló con otros sectores de la sociedad mexicana—, como por su riqueza política —como un movimiento que cuestionó más allá de los márgenes del ámbito educativo, problematizando la estructura política antidemocrática—, pero también identificar algunos de los principales antecedentes de lo que entendemos como “el movimiento estudiantil”, aunque por falta de tiempo y espacio, estará centrada fundamentalmente en los acontecimientos de la Ciudad de

México y dejará de lado al normalismo —y a otros eventos de acción colectiva estudiantil de carácter regional— desde una (por lo pronto) ineludible visión centro-periferia. También nos permitirá reconocer los contextos nacionales e internacionales de cambios sociales, políticos y culturales que han influido en esta historia.

Esto significa que el movimiento estudiantil del 68, así como sus precursores y sus sucesores, no se constituyeron por generación espontánea, sino por una serie de antecedentes de grupos y organizaciones históricas a nivel nacional e internacional que se pueden identificar desde finales de la década de 1910 con la Reforma de Córdoba en Argentina y su influencia en México, o las primeras organizaciones estudiantiles de principios de la década de los años veinte en nuestro país; pasando por las primeras movilizaciones del Instituto Politécnico Nacional a principios de la década de los años cuarenta, o las disputas ideológicas al interior de las universidades entre grupos conservadores como el MURO frente a sectores de ideología socialista inspirados en la Revolución cubana.

En un primer momento, en esta línea del tiempo se hace referencia a algunas organizaciones históricas que van dando forma a la movilización estudiantil en el país, y se mencionan antecedentes de la lucha. La antidemocracia y el autoritarismo serán elementos concientizadores y movilizadores de las y los estudiantes en distintos contextos, y permitirán que, a la par de la defensa de la gratuidad y de la autonomía, la democratización sea una exigencia presente en los movimientos estudiantiles. Democratización que exigen se dé en el ámbito interno de sus instituciones, pero también en otros espacios de la sociedad y del propio sistema político.

En esta línea histórica se podrán identificar las luchas estudiantiles más representativas en la historia mexicana, como la de 1971 en la Universidad Autónoma de Nuevo León (y las distintas expresiones de solidaridad como las de la Ciudad de México que dieron paso a la represión del Jueves de Corpus) (Mendoza, 2021), las del Consejo Estudiantil Universitario 1986-87 (Rivas y Sánchez, 1990) y las del Consejo General de Huelga de 1999-2000 en la UNAM (Pacheco et al., 2022). También da cuenta de las luchas estudiantiles del siglo XXI, mencionando las experiencias del #YoSoy132 (Ramírez, 2015) y Ayotzinapa (Ramírez, 2018), hasta las últimas protestas en la UNAM; busca sintetizar un tiempo histórico en que toman forma los movimientos

estudiantiles como parte de los movimientos sociales de nuestra época. Y aunque con este ejercicio busquemos aportar al estado del arte de los estudios sobre este fenómeno social, ciertamente se retoman propuestas ya hechas por otros especialistas, para intentar, desde allí, abonar con nuestras propias propuestas y reflexiones.

La línea del tiempo del movimiento estudiantil: los ciclos del movimiento estudiantil

Desde la propuesta esbozada por Imanol Ordorika (2022) recuperaremos la idea de la existencia de cuatro ciclos de protesta. El primero comprende el proceso de la Reforma Universitaria iniciada como movimiento estudiantil en Córdoba, Argentina, en 1918, para después extenderse regionalmente “con protestas centradas en la participación de los estudiantes en los órganos de gobierno y la lucha por la autonomía universitaria” (Ordorika, citado por Dip, 2023, p. 25); el segundo corresponde al movimiento de 1968 (de resonancia a nivel mundial), que enfrentó el autoritarismo de Estados militarizados, particularmente en la región latinoamericana; el tercero comprende las décadas de 1980 y 1990, y reclamó la democratización de países autoritarios (nuevamente de nuestra región latinoamericana) pero, sobre todo, confrontó los ajustes estructurales que se pretendían realizar en materia de educación desde los criterios neoliberales; y finalmente, el cuarto ciclo es el de los movimientos estudiantiles de las dos primeras décadas del siglo XXI, tales como #YoSoy132, el de los estudiantes politécnicos, el de la exigencia de la aparición con vida de los normalistas de Ayotzinapa, de los estudiantes de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y otros más (Ordorika, 2022).

Cabe destacar que a la propuesta de Ordorika (2022), agregamos un periodo que denominamos de “interregno”, en que las instituciones coercitivas del Estado (en el caso particular de México, aunque se le podría claramente encontrar un correlato en el contexto de las dictaduras militares en Sudamérica) llegan a su clímax operativo e ideológico. Van a contener la efervescencia social que se experimenta en regiones rurales como Guerrero y en el ámbito de las ciudades con las guerrillas urbanas. Se trata de un periodo de represión sistemática que en México se da en el marco de una supuesta

democracia, y más irónicamente, en el marco de un gobierno que es tildado de izquierda por los grupos empresariales y conservadores.

Aquí la Operación Cóndor, impulsada por Kissinger desde la CIA y el gobierno de Estados Unidos, resulta clave para caracterizar al periodo, que coincide, además, con la denominada “guerra sucia” del gobierno mexicano contra las guerrillas urbanas y rurales. Los protagonistas de estas luchas estudiantiles son las y los estudiantes normalistas, quienes, a través de su organización, la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM), desplegaron una gran acción política en los espacios rurales que los lleva, en ocasiones, a converger con las guerrillas de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez, guerrilleros que, además, fueron maestros y formaron parte del movimiento magisterial democrático (Padilla, 2009). Agregamos también información importante obtenida mediante nuestro trabajo de campo para dar cuenta de activismos estudiantiles que se han expresado en los últimos dos años en la Ciudad de México y que pasan por la conformación de acciones colectivas contra la violencia porrril y de género, la exigencia de becas alimentarias y de manutención, así como la demanda de mayor transparencia y rendición de cuentas que va acompañada de un combate frontal a la corrupción y la impunidad en los espacios universitarios.

Perspectivas sincrónica y diacrónica para el estudio de los movimientos estudiantiles

México y América Latina han sido escenarios de diversas disputas entre ideologías y proyectos políticos, lo cual se ha proyectado en diversos escenarios. Uno de los más importantes es el de la educación, campo en el que se concentran importantes intereses económicos y se sintetizan algunas de las coordenadas políticas dominantes que se buscan imponer desde el poder para el resto de la sociedad. En los últimos años, esto se ha traducido en una lucha frontal contra el neoliberalismo en tres grandes frentes: el primero, en el económico, que pasa por las privatizaciones y la reducción del gasto social que afecta directamente a la educación; el segundo, el político, que consiste en criticar la creencia de que la democracia liberal representativa sea la única o la más importante forma de democracia, y que busca reconocer las formas de democracia estudiantil en términos de una mayor demodiversidad; y el

tercero, el cultural, que busca desmontar el individualismo y otras expresiones y relaciones sociales de carácter racista, clasista y machista que se han ido introyectando en la cultura política de amplios sectores de la sociedad y que movimientos como el estudiantil intentan confrontar. Esto ha definido, en gran medida, el tipo de contenidos educativos, la orientación de la formación académica, su nivel de profundización y su potencial de crítica ante la realidad.

Es frente a los matices de estas realidades: las disputas por el campo educativo, así como las tensiones al interior de la comunidad, como surgen los movimientos estudiantiles. Todo ello en relación con el contexto político-económico regional, nacional e internacional de cada época. Estos elementos, aunados a las carencias que manifiesta el estudiantado, la violación sistemática de sus derechos y los procesos de construcción de identidades colectivas en el plano estudiantil, han permitido la subjetivación política que ha detonado la acción colectiva de los y las estudiantes generando, en ocasiones, amplios movimientos sociales que inciden en el espacio político y en el educativo.

Así, sus movilizaciones logran convertirse en auténticos movimientos con un programa y un propósito, con estructuras organizativas y activismos sumamente politizados (Dip, 2023; Ramírez, 2018). Son los momentos de emergencia del movimiento estudiantil, enmarcados en la complejidad de su propio contexto, los que nos van dando elementos para constituir a los jóvenes como actor político en contextos determinados. Su estudio histórico nos proporciona un panorama en perspectiva procesual que hay que reflexionar tanto en el plano estructural como en el coyuntural.

Desde esta perspectiva sincrónica se podrá reconocer la forma en que se dinamizan los movimientos estudiantiles con el surgimiento de nuevos modelos político-económicos de explotación y pauperización de las clases trabajadoras como, por ejemplo, el neoliberalismo o el desarrollo vertiginoso de la globalización (Hobsbawm, 2012). Pasemos ahora a la perspectiva de estudio de la diacronía.

La importancia de la mirada de profundidad histórica, diacrónica, hacia los movimientos estudiantiles, permite reconocer los hilos conductores y conexiones entre sus “resonancias” (Rivas, 2018) y formas de articulación, cooperación y alianza con otros movimientos sociales. Aquí la conciencia histórica también juega un rol fundamental, pues de ella abrevan los movimientos, permitiéndole a sus actores comprenderse a sí mismos como

protagonistas de su tiempo (Rivas, 2018). Esto permite la construcción de nuevas organizaciones del movimiento social estudiantil (Cadena, 2016).

A su vez, permite observar los procesos de desdoblamiento del movimiento estudiantil en otros movimientos con sus propias agendas, como el feminista o el antisistémico. Por ello, en este trabajo es importante hacer dialogar todos los aspectos antes mencionados, pues sus emergencias se inscriben dentro de los grandes procesos sociopolíticos nacionales y globales. Ejemplo de esta compenetración es la relación que existió entre el 68 mexicano y los movimientos estudiantiles de ese mismo año en Francia, Estados Unidos, Inglaterra y en el caso de la región latinoamericana, Brasil.

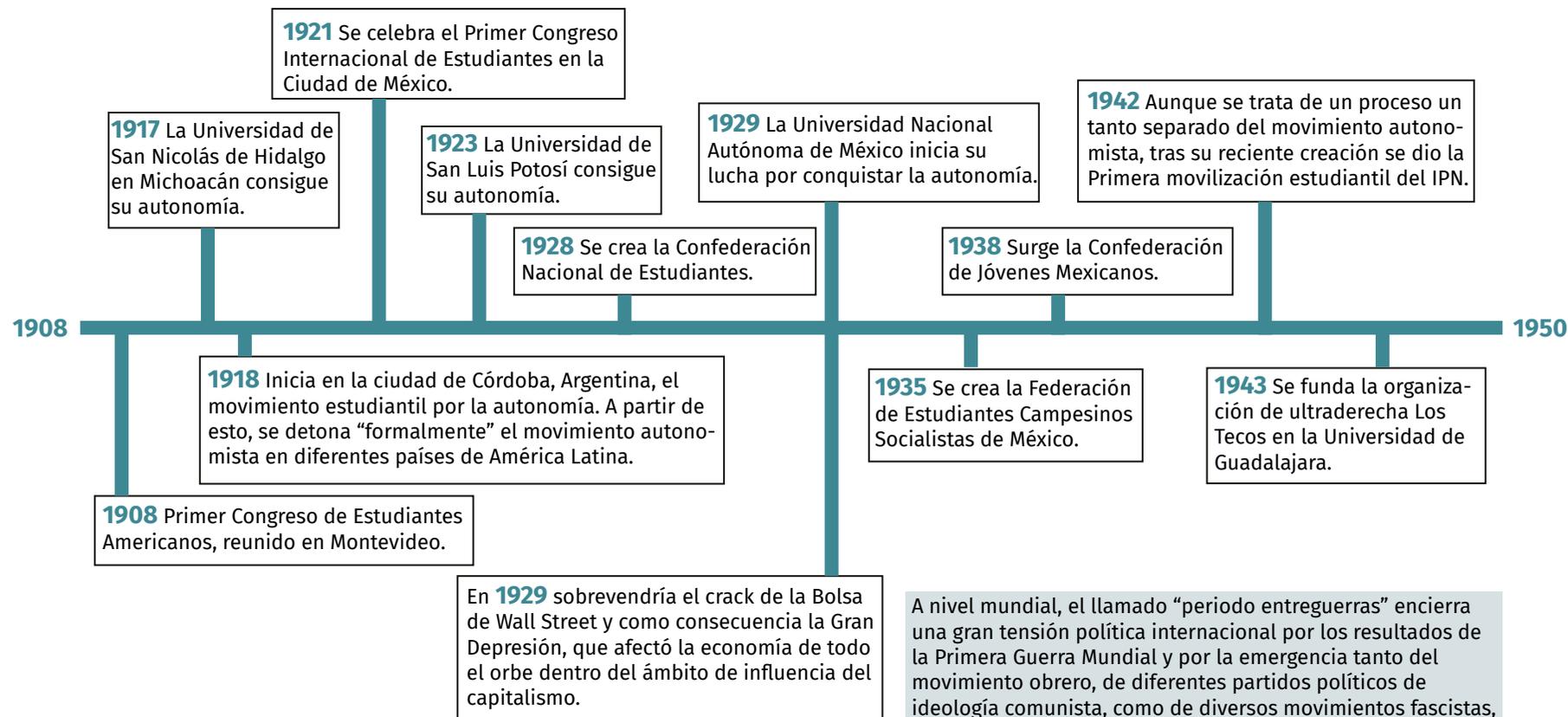
Como se puede deducir, no es posible pensar de forma aislada al movimiento estudiantil, ni mexicano ni latinoamericano, ni tampoco desligarlo de una trayectoria histórica que les encadena cual resonancias en el tiempo y en el espacio. También hay que considerar que la Ciudad de México fue cobrando relevancia como el principal escenario político de las movilizaciones estudiantiles que se han registrado en nuestro esquema temporal, ya que podemos considerar que el escenario de la capital mexicana constituye una suerte de espejo de una realidad que encuentra ecos a nivel nacional y también latinoamericano. Sin embargo, es necesario voltear a los espacios regionales.

Es sabido que, a pesar de la amplia historiografía del movimiento estudiantil, sigue habiendo una deuda con los estudios regionales, pues no se les ha dado la importancia que se merecen para la comprensión de los activismos en la llamada provincia, y para entender que dichos movimientos han tenido impactos educativos, políticos, sociales y culturales en sus respectivos ámbitos y espacios de acción. Tomando en cuenta lo anterior, la presente línea del tiempo incluye movimientos estudiantiles fuera de los que se presentan en las principales universidades del país, como la UNAM, y que en ocasiones nubla o subsume el estudio y conocimiento de otras luchas.

Dejamos al lector que él mismo saque sus conclusiones al observar la siguiente línea del tiempo, no sin antes mencionar que la línea puede contener omisiones o dar mayor peso a eventos que para algunos no puedan tener la misma relevancia que nosotros les dimos. En todo caso los autores asumimos la responsabilidad de los posibles errores cometidos, mencionando que lo único que nos mueve es el interés por comprender, en su dimensión histórica, a los movimientos y activismos estudiantiles en el México contemporáneo y actual.

1917–1929 Primer ciclo del movimiento estudiantil (a nivel Regional): La lucha por la autonomía universitaria

La segunda y tercera décadas del siglo XX en México, son periodos de intensas convulsiones sociales y políticas que afectaron a todo el territorio. El primero de estos conflictos (y el más largo) fue la Revolución mexicana, de la que derivó la Constitución de 1917. El otro fue la Guerra Cristera (de 1926 a 1926) que, aunque regional (los estados del Bajío principalmente) afectó seriamente la estabilidad política del país.

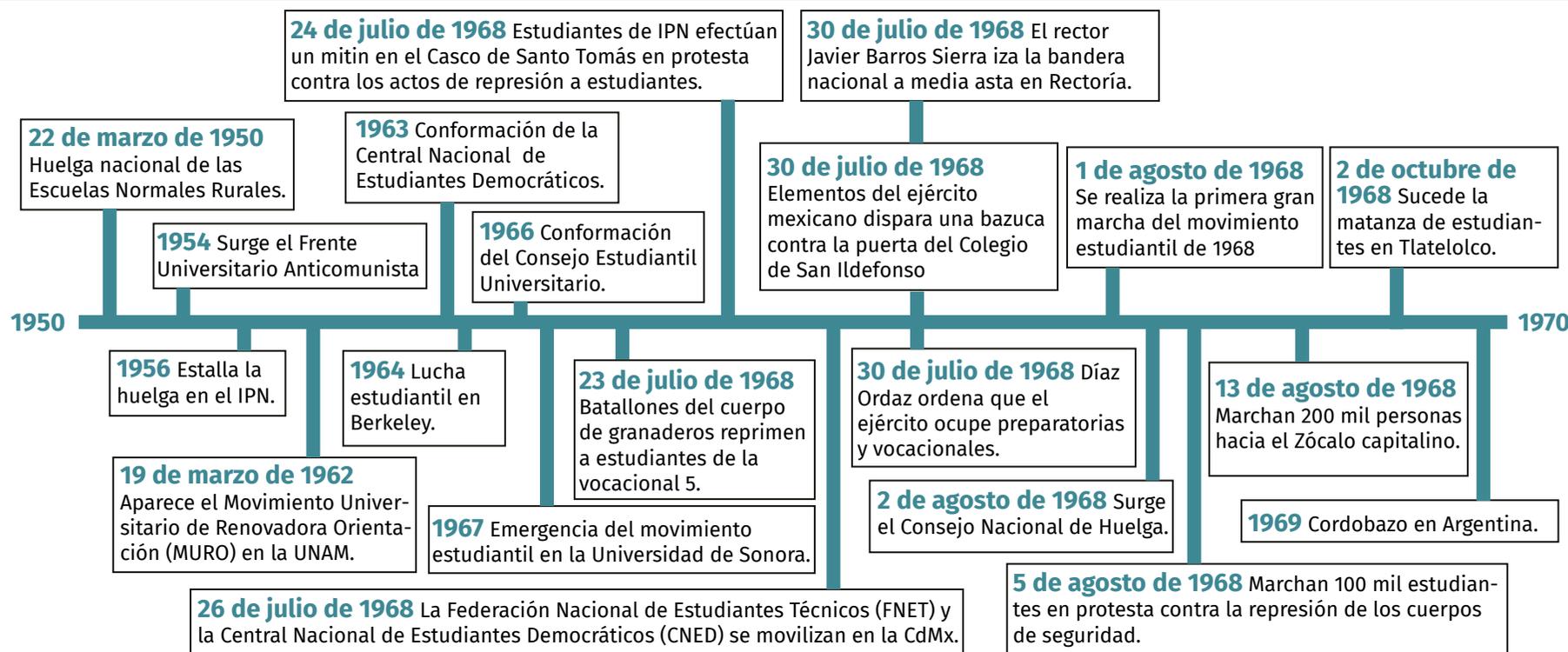


La segunda década del siglo XX fue escenario de la Primera Guerra Mundial, conflicto de envergadura internacional que transformaría no sólo el panorama geopolítico internacional, sino que permitiría un cambio de época según algunos historiadores. Se puede considerar que ésta sería la primer gran crisis del capitalismo en el siglo XX.

A nivel mundial, el llamado "periodo entreguerras" encierra una gran tensión política internacional por los resultados de la Primera Guerra Mundial y por la emergencia tanto del movimiento obrero, de diferentes partidos políticos de ideología comunista, como de diversos movimientos fascistas, principalmente en los países industrializados. Por ello las ultraderechas empresariales y religiosas se aliarán con los fascistas, cuya influencia llegará también a México, a través de personajes relacionados con la educación como Vasconcelos.

Segundo ciclo del movimiento estudiantil: el 68 internacional

La universidad se consolida como campo en disputa entre derechas e izquierdas. Si bien las décadas de 1940 y 1950 fueron de crecimiento económico en México (y en el mundo), también se convirtieron en el escenario de la reactivación de los movimientos magisterial, ferrocarrilero y obrero sindicalista, en demanda de mejoras laborales y democracia sindical. La acción colectiva del movimiento obrero se extendería hasta la década de 1960, donde se reactivarían los movimientos campesinos, y se daría la emergencia del movimiento de los médicos y el de las enfermeras. También fue la emergencia de la llamada Segunda Ola del movimiento feminista; ante todo lo cual el Estado autoritario mexicano reactivó sus aparatos represivos y de espionaje social, los cuales perpetrarían no sólo la masacre de Tlatelolco de 1968, sino toda una serie de hechos de represión, antes y después del emblemático 68, extendiendo posteriormente la represión como política interna en el resto del territorio nacional, y dirigida principalmente a los sectores campesinos, estudiantiles y obreros.

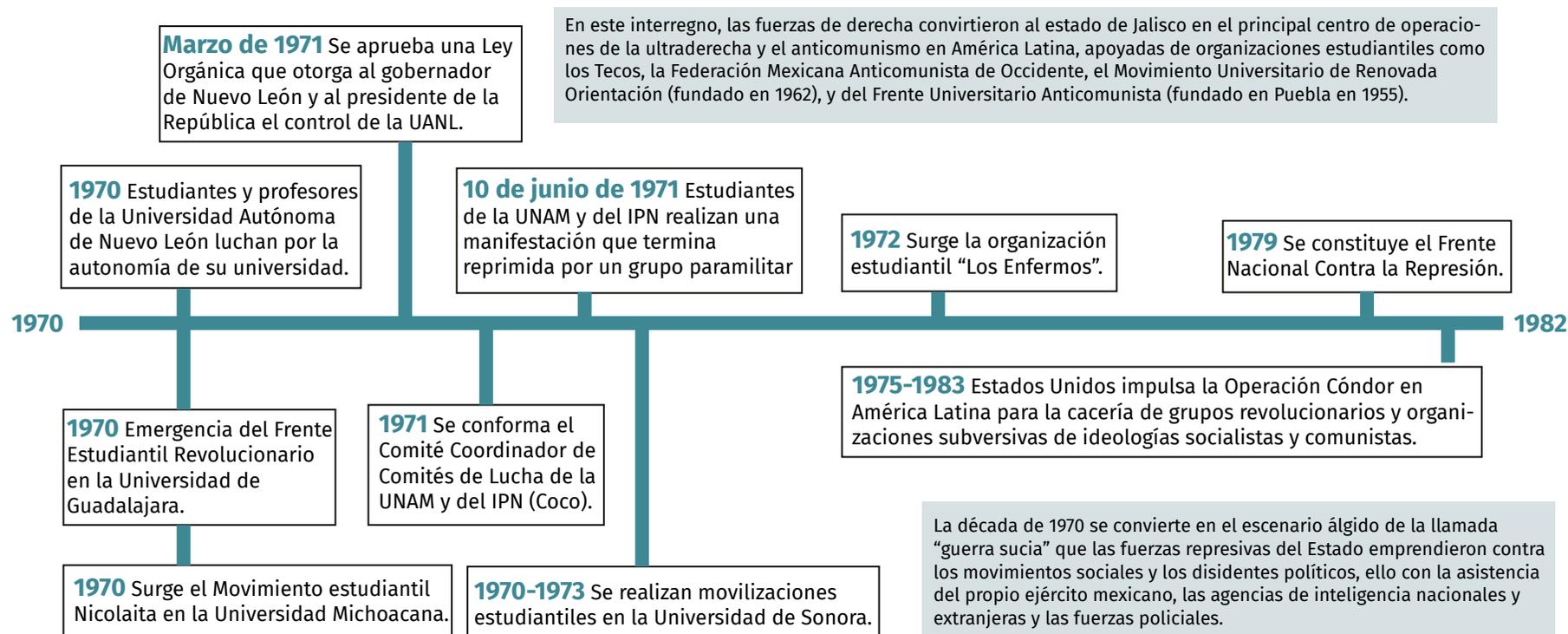


Los años 50 y 60 fueron a nivel mundial décadas de intensos conflictos armados (la descolonización de África, las guerras de Corea y Vietnam, las dictaduras militares en América Latina, etc.), como parte de la Guerra Fría, pero también del malestar y las contradicciones del capitalismo salvaje. El choque de ideologías a nivel internacional se trataba de contener en la región de América Latina a través de la estrategia anticomunista de la llamada “doctrina Kissinger”, heredera del “macartismo”, que consistía entre otras medidas, de la cacería de comunistas. Eran las políticas internacionales aplicadas por Estados Unidos para controlar las regiones geográficas bajo su influencia política y económica.

La década de 1960 fue el escenario en que emergieron el movimiento pacifista (en contra de las guerras de Corea y Vietnam) y el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, de donde el llamado “movimiento hippie” marcaría simbólicamente las movilizaciones y las protestas juveniles, logrando influir en las juventudes de otros países.

1970-1982 Interregno - la guerra sucia: continúa la universidad como campo en disputa entre derechas e izquierdas

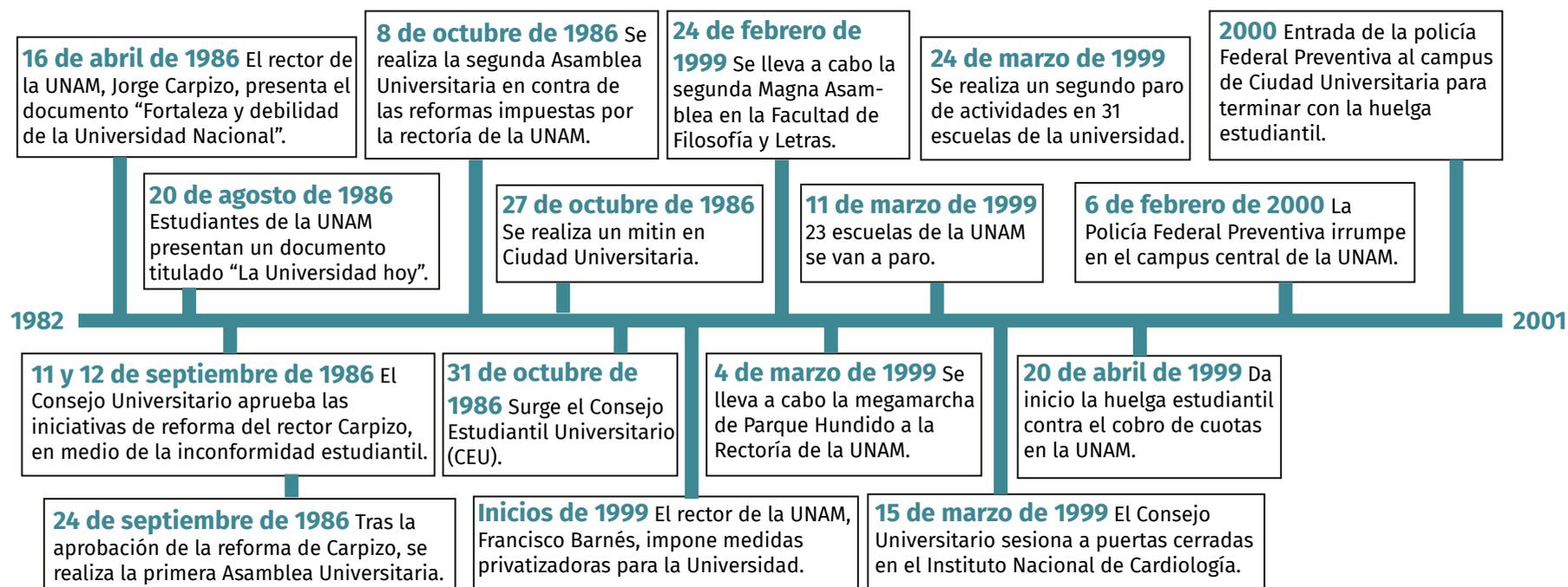
La década de 1970 fue el escenario para el surgimiento de la guerrilla rural encabezada por personajes como Genaro Vázquez o Lucio Cabañas, de estructuras organizacionales de acción como el Partido del Pueblo y la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, y de las “coordinadoras” que aglutinaban diversas organizaciones democráticas para hacer frente al “charrismo” sindical. Una de las más importantes fue la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) que a la postre, se convertiría en el movimiento social visible más longevo de México. A partir de sus acciones colectivas y de resistencia, se llegó a decretar la desaparición de poderes en el estado de Guerrero. Este también fue el tiempo de aparición de la Liga Comunista 23 de Septiembre, que pretendía articular un partido y un ejército revolucionario.



La década de 1970 puede ser considerada como un periodo de igual represión social en México como en las dictaduras contemporáneas de América Latina; no obstante, ello no logró erradicar los sentimientos de rebeldía en las clases explotadas y subalternas, alimentados por las injusticias de un sistema político agotado (el corporativismo del PRI como partido de Estado y lógica fundamental de la maquinaria estatal que había permitido toda clase de corruptelas), y los efectos del caciquismo y del capitalismo realmente existente, que permitieron la polarización de la sociedad y la justificación para la reactivación de los aparatos represivos del Estado. Aquí, la influencia de la Revolución cubana y de la lucha nicaragüense por su revolución, también constituyeron un importante impulso ideológico para los movimientos sociales en la región.

1982 - 2000 Tercer ciclo del movimiento estudiantil: lucha contra el neoliberalismo

La década de 1980 fue denominada como la “Década perdida” por la serie de crisis económicas que afectaron a la región Latinoamericana y particularmente a México, donde se aprovechó para la implementación de las políticas neoliberales en materia económica, las cuales, posteriormente, comenzarían a compenetrar la cultura y los sentidos comunes en el grueso de la población.

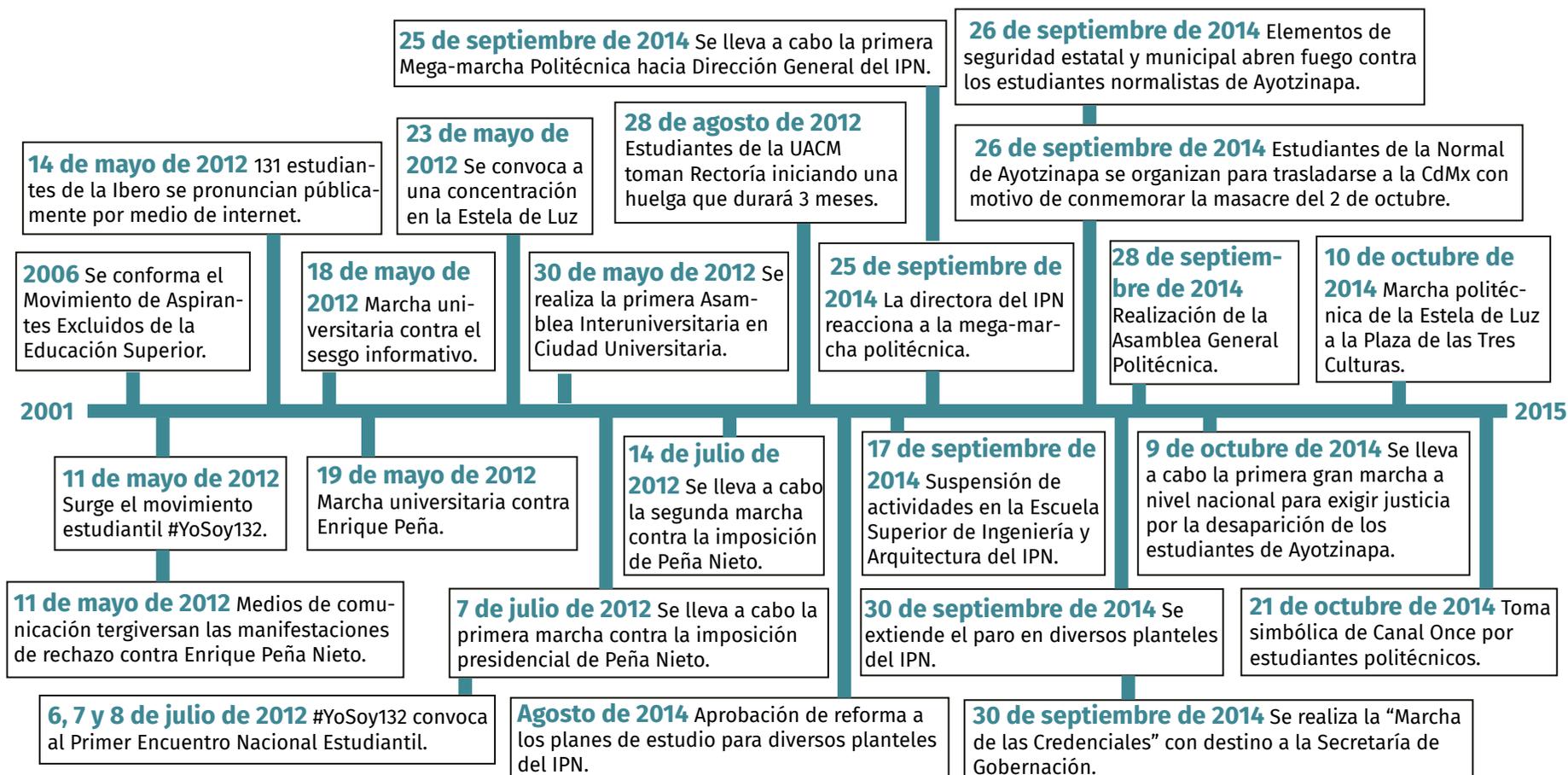


1989, caída del Muro de Berlín - este hecho alteró sensiblemente la composición y espectro político de todo el mundo y, sobre todo, para todos los países que durante la segunda mitad del siglo XX pertenecieron al bloque socialista. Entre otros fenómenos, se provocó la recomposición en la alineación de las fuerzas políticas, los sistemas de partidos y las corrientes ideológicas en todo el mundo.

1989 parecía inaugurar una era en la cual el conjunto de las civilizaciones de nuestro planeta confluía hacia un mismo sistema económico y político; pero el 2001 mostró, no sólo que no había tal confluencia, sino que el mundo seguiría viviendo una constante polarización.

2001 - 2023 Cuarto ciclo del movimiento estudiantil: la diversificación de demandas Sub-línea A

Durante este ciclo los estudiantes de todo el país, organizados o no, van a padecer la violencia y los efectos de la llamada “Guerra contra el Narcotráfico” de 2007.



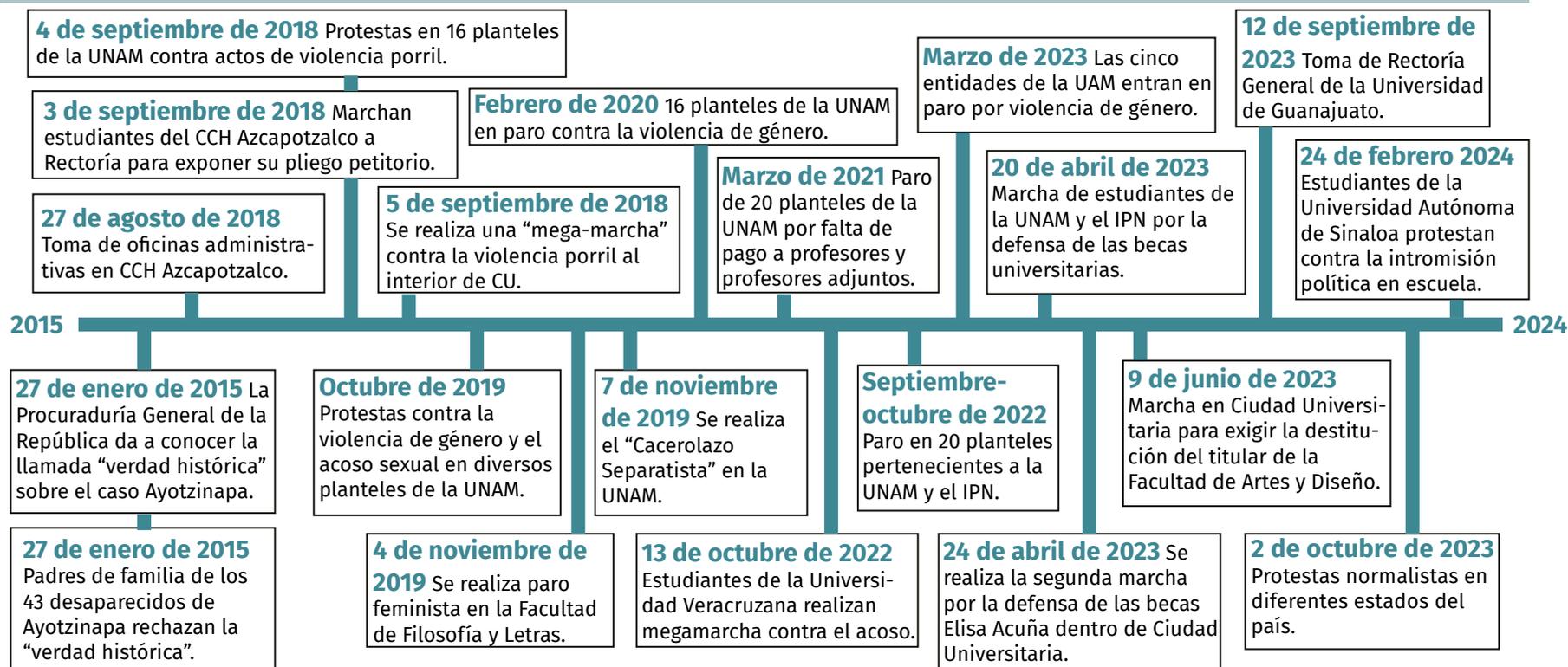
2001, ataque al World Trade Center de Nueva York - a partir de ese hecho quedó más claramente definido en términos políticos y militares el nuevo orden mundial, comandado por los Estados Unidos como hegemonía. Esto, junto a la caída del Muro de Berlín, tuvo una enorme significación para el proceso de globalización que continuó desarrollándose en el siglo XXI.

Durante los primeros 15 años del siglo XXI, surgieron diversos movimientos estudiantiles que, aunque buscaron diferentes canales de participación, comunicación y articulación, se definieron a sí mismo en sus propios contextos locales y desde sus propias demandas. No se alcanzó el carácter masivo del 68 o del 99, aunque las concentraciones y movilizaciones logradas para #YoSoy132, el IPN y Ayotzinapa, fueron de una amplia participación.

2001 - 2023 Cuarto ciclo del movimiento estudiantil: la diversificación de demandas

Sub-línea B

La Universidad se convierte en el escenario de fuertes críticas contra sus estructuras de privilegios y contra las diversas formas de acoso (principalmente sexual hacia las alumnas y maestras) que se reproducen y “protegen” desde dichas estructuras. También se van a criticar los privilegios de sus “élites” académicas desde un gobierno federal progresista electo en 2018. Por otra parte, la sociedad mexicana seguirá padeciendo la violencia y los efectos de la llamada “Guerra Contra el Narcotráfico” desatada en 2007 por el gobierno de derecha del PAN, cuyas afectaciones como la profunda inseguridad pública, la violencia de género y el fortalecimiento de los cárteles de la droga, se extendieron hasta el final del mismo sexenio progresista, generando entre los estudiantes la necesidad del autocuidado y la solidaridad.



El año de 2018 se convirtió en el escenario en que un gobierno progresista o de “izquierda moderada” llega a través del proceso electoral. Sin embargo, ni los modelos educativos (por ejemplo, en los “currículums ocultos”), ni las estructuras universitarias de privilegios y exclusión social sufrieron modificaciones sustanciales que pudieran resolver las graves problemáticas del sistema educativo en favor de alumnos y profesores precarizados, o bien de los objetivos de formación profesional y de empleo de los egresados. Por otra parte, el contexto de la pandemia por COVID-19, permitió replantear nuevas formas de educación virtual como “alternativa” a los problemas del sistema de educación pública, pero dejando de lado los aspectos sustanciales de la formación.

El tiempo de los movimientos estudiantiles: reflexión final

Analizar a los movimientos estudiantiles desde la noción del tiempo nos permite tener una visión panorámica, mas no libre de dificultades, pues pareciera en principio que se parte de una visión lineal, progresiva y evolutiva que no toma en cuenta la complejidad y la diversidad del análisis histórico y politológico. Sin embargo, en este breve recuento histórico quisimos expresar, apoyados por el recurso de las líneas del tiempo, un devenir histórico de los movimientos estudiantiles para dar cuenta de su incidencia pública y su impacto en los procesos de democratización de cambio social en la contradictoria y desigual sociedad mexicana.

Las líneas del tiempo y las interpretaciones que las acompañan no pretenden ser exhaustivas de un campo de estudio que es sumamente amplio y complejo, pero sí buscan dar una visión amplia y de conjunto de un cúmulo de procesos y fenómenos en los que los protagonistas son y han sido los estudiantes organizados y movilizados. El largo periodo histórico que va de 1908 al 2024 representa más de cien años de acciones colectivas que van desde las revueltas, protestas, estallidos, movilizaciones y paros estudiantiles, a la generación de amplios movimientos sociales que han dado paso a otros procesos políticos como las exigencias de democratización o las aportaciones al cambio social y cultural, procesos que han acompañado siempre los momentos álgidos de activismo estudiantil en México.

Las líneas del tiempo nos ayudan a aquilatar las múltiples acciones y repercusiones de la acción colectiva estudiantil, que ha dado paso a distintas olas de movilización y de protesta. Esto nos permite afirmar que han sido actores permanentes en la vida educativa del país, pero también en la vida social, política, económica y cultural. Otro elemento que nos ayuda a visibilizar este tipo de ejercicios de interpretación histórica es constatar que las y los estudiantes despliegan siempre una conciencia social que los hace férreos conocedores de su realidad; de ahí su profundo sentimiento de inconformidad con el orden de cosas existentes, lo que los lleva en consecuencia a la búsqueda de poder transformar la realidad con la que no están de acuerdo. Al hacerlo dejan ver sus valores y principios, lo mismo que sus anhelos, sueños y aspiraciones.

La capacidad de análisis y acción política de las y los jóvenes estudiantes organizados es tal que siempre han participado en otras luchas, nutriendo partidos políticos de las más variadas ideologías y posiciones políticas y fortaleciendo los espacios académicos, al incorporarse posteriormente en estos como profesores o investigadores marcados inevitablemente por su activismo estudiantil.

Los cuadros que acompañan el presente texto dan cuenta de una múltiple variedad de expresiones organizativas de los estudiantes en contextos que van de lo local a lo regional, pasando por la dimensión nacional, sin perder nunca de vista el elemento de análisis internacional, que no sólo es un referente contextual, sino que en ocasiones es el elemento detonador de los ciclos de protesta estudiantil, como se vio en el capítulo 2 del presente libro.

Recapitulando, el movimiento estudiantil mexicano ha sido un actor histórico de los procesos que acompañan el problema de la educación, la política y las formas de protesta en México. Su acción colectiva ha tenido fuerte incidencia para cuestionar al poder establecido, criticar la incidencia de organismos financieros internacionales o las siempre presentes intenciones de los grupos de poder de violar la autonomía de sus instituciones educativas.

Sirva el presente trabajo para seguir incentivando el estudio histórico de los movimientos y activismos estudiantiles, así como seguir alimentando una línea de investigación relevante, que permite tener un mejor panorama de la acción colectiva estudiantil y sus efectos políticos y sociales en México a nivel nacional, regional y local. Las líneas del tiempo siguen siendo una herramienta fundamental para rastrear y reconstruir la genealogía y trayectoria política del movimiento estudiantil en su sentido genérico, y nos permite comprender las múltiples organizaciones que ha tenido a lo largo de más de cien años en una dimensión más específica.

Bibliografía

- Abascal, R., Cerrillo, O. y López, E. (2015). #TodosSomosPolitécnico: un estudio comparativo de las estrategias de comunicación virtual y la prensa escrita. *Paakat: Revista de Tecnología y Sociedad*, (9). <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=499051500001>
- Aboites, H. (2011). Los movimientos estudiantiles en México y la transformación de la educación. De la lucha por las libertades y derechos civiles a la defensa y renovación de la educación pública. *Cisma: Revista del Centro Telúrico de Investigaciones Teóricas*, (1), 1-20.
- Ackerman, J. y Ramírez, M. (Coords.) (2022). *La cultura política de la CNTE. Democracia y educación para la transformación social*. PUEDEJS-UNAM.
- Acosta, M., Demirdjian, S. y Solís, J. (2013). De 1968 al #YoSoy132. Un análisis de dos casos paradigmáticos del movimiento estudiantil mexicano. *X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires*.
- Aguilar, R. (Director). (26 de octubre de 2022). "Un huélum desde el corazón". *Ricardo Aguilar*. [Video de YouTube]. (9:04). <https://www.youtube.com/watch?v=9W3Rugqwa4k>.
- Alba, C. (2013). Tres miradas desde el interior de Yosoy132. *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, (42) <https://doi.org/10.29340/42.79>.
- Allier, E. (2009). Presentes-pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007. *Revista Mexicana de Sociología*, 71(2), 287-317.
- Allier, E. (2014). Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968. La fotografía y la construcción de un imaginario. *Revista Mexicana de Sociología*, 76(4), 665-669.
- Allier, E. (2021). *68 el movimiento que triunfó en el futuro*. Bonilla Artiga Editores.

- Altbach, P. (1970). The International Student Movement. *Journal of Contemporary History*, 5(1), 156-174.
- Álvarez, L. (2024). Feminismo y género en la lucha del movimiento estudiantil de las mujeres en la Ciudad de México. En M. Ramírez y R. Osorio (Coordinadores), *Los movimientos estudiantiles en México. Reflexiones sobre su potencia transformadora* (151-172). PUEJDS/INERHM.
- Álvarez, L. (2020). El movimiento feminista en México en el siglo XXI: juventud, radicalidad y violencia. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 240, 147-175.
- Amnistía Internacional (s.f.). “Enrique Peña Nieto, el recuento de los daños”. *Amnistía Internacional*. (Web). <https://www.amnesty.org/es/latest/news/2018/11/enrique-pena-nieto-el-recuento-de-los-danos/>. [Consultado el 06 de noviembre de 2023].
- Animal Político (s.f.). “Yo Soy 132’ lleva a cabo su primera reunión Nacional Interuniversitaria”. *Animal Político*. <https://www.animalpolitico.com/sociedad/yo-soy-132-lleva-al-cabo-su-primera-reunion-nacional-interuniversitaria>.
- Animal Político (18 de octubre de 2022). “4 planteles del IPN reanudan actividades; 11 escuelas más mantienen el paro”.
- Aranda, J. (enero-abril, 2000). El movimiento estudiantil y la teoría de los movimientos sociales. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, (21), 225-250. <http://revistacoatepec.uaemex.mx/index.php/convergencia/article/view/1856>
- Aristegui Noticias (18 de mayo de 2012). “Estudiantes de la Ibero protestan este viernes frente a Televisa”. <https://aristeguinoticias.com/1805/mexico/estudiantes-de-la-ibero-protestan-hoy-frente-a-televisa/>
- Ávila, E. (2019). *En defensa de las Luchas Magisteriales*. Ediciones Quinto Sol.
- Barajas, R. (2018). *La raíz nazi del PAN. Contrarrevolución y fascismo en México*. Editorial El Chamuco.
- Bayona, C. (1975). El apoyo popular al movimiento estudiantil de 1968. *Revista Mexicana de Sociología*, 37(2), 363-392.
- Bermúdez, Á. (27 de octubre de 2022). “La década perdida”: cómo la lucha por frenar la inflación en EE.UU. disparó en los 80 la mayor crisis de la deuda sufrida por América Latina en el último siglo. *BBC News Mundo*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-62696023>.

- Bixler, J. (2020). Asignatura pendiente: Tlatelolco, el teatro y la farsa de la justicia. *Latin American Research Review*, 55(3), 515-528.
- Bolívar, R. (2004). Las leyes electorales durante el proceso de construcción de la alternancia política en México. *Estudios Políticos Mexicanos*, 111-152. <https://www.scielo.org.mx/pdf/ep/n3/0185-1616-ep-03-111.pdf>.
- Brachet, V. (1994). Las movilizaciones estudiantiles y populares en una perspectiva comparativa: 1968 y 1988. En *Transformaciones sociales y acciones colectivas: América Latina en el contexto internacional de los noventa* (1.a ed., pp. 253-276). El Colegio de México.
- Bravo, J. (1997). *El pase automático en la UNAM y la lógica del movimiento estudiantil de 1986-1987* [Tesis de Licenciatura en Administración Pública, El Colegio de México].
- Brunner, J. (2007). *Universidad y sociedad en América Latina*. Universidad Veracruzana, Instituto de Investigaciones en Educación.
- Cadena, J. (2016). *Las organizaciones de los movimientos sociales y los movimientos sociales en México, 2000-2014*. Fundación Friedrich Ebert.
- Camacho, J. (2016). La dimensión emocional en la acción colectiva. Un análisis del movimiento estudiantil del Instituto Politécnico Nacional (IPN). *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 19(3), 1090-1114.
- Capital 21 WEB (2022). “Verdad histórica’ sobre Ayotzinapa se obtuvo a base de torturas y fabricación de pruebas: Encinas”. *Capital 21*, <https://www.capital21.cdmx.gob.mx/noticias/?p=31626>.
- Castañeda, M. (1987). *No somos minoría: La movilización estudiantil, 1986-1987*. Editorial Extemporáneos.
- Castillo, D. (2012). *A la extrema derecha del conservadurismo mexicano: El caso de Salvador Abascal y Salvador Borrego*. [Tesis de doctorado, Universidad Autónoma Metropolitana].
- Cejudo, D. y Dip, N. (2023). *Educación, política y conflicto en la historia reciente de América Latina. Abordajes metodológicos e historiográficos*. Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación.
- Centro Prodh (s.f.). *Mujeres de Atenco*. (Web). Consultado el 17 de octubre de 2023. <https://centroprodh.org.mx/casos-3/mujeres-de-atenco/>
- Centro Prodh. (s.f.). *Ayotzinapa*. (Web). Consultado el 21 de octubre de 2023. <https://centroprodh.org.mx/casos-3/ayotzinapa/>

- Cerón, A. (2012). El movimiento del 68 en México: Interpretaciones historiográficas 1998-2008. *Andamios*, 9(20), 237-257.
- Cerva, D. (2020). Activismo feminista en las universidades mexicanas: La impronta política de las colectivas de estudiantes ante la violencia contra las mujeres. *Revista de la educación superior*, 49(194), 137-157.
- Chávez, R. (2019). Identidad y movimientos sociales. El caso del movimiento estudiantil mexicano de 1968. *Acta Sociológica*, (80), 155-169.
- Chávez, R. (2023). El movimiento estudiantil en Centroamérica: Historia, historiografías y memorias. *Revista de Historia de América*, 164, 169-193.
- Chihu, A. y López, A. (2007). La construcción de la identidad colectiva en Alberto Melucci. *Polis* (3), 125-159. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305026734005>
- Chinchilla, M. (2014). Martirio y fraternización en «La noche de Tlatelolco»: Una reflexión post-hegemónica de la democracia. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, (18), 81-99.
- Contreras, M. (2015). Género, historia y memoria de los movimientos estudiantiles de México: reflexiones sobre la figura del “estudiante”. *Revista de Estudios de Género, La ventana* (42), 181-219. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88446716008>
- Corona, M. (2022). “El mexska acompañó a la huelga”. En Pacheco, A., Mendoza, J., y González, R. (Coords.), *MEMORIAS DEL CGH: a 20 años de la huelga en la UNAM*, 53-70. CNDH.
- Corriente Alterna (17 de mayo de 2020). “El paro feminista en la UNAM, desde adentro de ‘Polakas’”. *Corriente Alterna*. (Web). <https://corrientealterna.unam.mx/genero/polakas-feminista-desde-el-interior-de-la-toma-de-la-fcpys/>
- Cristal, Y., Bonavena, P., Millán, M., Califa, J., Carrizo, D., González, J., Kotler, R., Markarian, V., Ontiveros, J., Tobar, F., Rodríguez, E., y Villegas, G. (2018). ¿Veinte años no es nada?: Memorias, vínculos y representaciones del 68 en el movimiento estudiantil de la década del ‘80. En Bonavena, P. y Millán, M. (Eds.), *Los 68 latinoamericanos* (pp. 261-283). CLACSO.
- Cruz, F. (2016). *La guerra que nos ocultan*. Planeta Mexicana.
- Dalton, R. (1987). *Environmental Movements in Western Democracies*. Princeton University Press.

- Davis, D. (1998). La fuerza de la distancia. Hacia una nueva teoría de los movimientos sociales en América Latina. En UAM-Azcapotzalco. *Anuario de Espacios Urbanos 1998*, 105-145. UAM-Azcapotzalco.
- De León, M. (2000). *Las izquierdas y las derechas en la Universidad Autónoma de Nuevo León*. Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Deborah, C. y Lessie, J. (2004). México 68: La masculinidad heroica en la cárcel y “las mujeres” en las calles. *Estudios Sociológicos*, 66, 591–623.
- Delgado, Á. (2003). *El Yunque, la ultraderecha en el poder*. Plaza y Janés.
- Demos, E., y Martínez, Á. (05 de septiembre de 2022,). “Movilizaciones y paros se extienden en el Politécnico”. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/notas/2022/09/05/sociedad/movilizaciones-y-paros-se-extienden-en-el-politecnico/>.
- Dip, N. (2022). Movimientos estudiantiles contemporáneos en México: Desafíos de investigación sobre una experiencia inconclusa (2010-2020). *Revista de la educación superior*, 51(201), 87-109.
- Dip, N. (2023). *Movimientos estudiantiles en América Latina*. CLACSO, IEC-CONADU.
- Domínguez, C. (2020). La fuerza estudiantil en México, 1958-1968”. En Rivas J., Aguilar E., González A. y Pérez M. (Coords.), *Movimientos estudiantiles: enfoques y perspectivas a medio siglo del 68*. (pp. 73-96). UNAM, Porrúa.
- Donoso, A. (2020a). Movimientos estudiantiles de Brasil y México en 1968: Análisis comparativo de sus demandas. *Revista historia y memoria*, (21), 269-298.
- Donoso, A. (2020b). Movimientos estudiantiles en América Latina (1918-2011): aproximación historiográfica a sus rasgos compartidos. *Revista Brasileira de História*, (40), 235-258.
- Ejea, T. (2015). El movimiento #YoSoy132. En Tamayo, S., López-Saavedra, N. y Wildner K. (Coords.) *Siluetas y contornos de un sufragio* (1.ª ed.) (pp. 219-242). Universidad Autónoma Metropolitana.
- El País (10 de diciembre de 2022). “Una juez libera a 56 de los 70 detenidos el día de la investidura de Peña Nieto”. *El País*. https://elpais.com/internacional/2012/12/10/actualidad/1355102459_861531.html.
- ENCODAT (2016). “Encuesta Nacional de Consumo de Drogas, Alcohol y Tabaco 2016-2017”. *Secretaría de Salud. Gobierno de México*. ht-

- [tps://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/234856/CONSUMO_DE_DROGAS.pdf](https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/234856/CONSUMO_DE_DROGAS.pdf).
- Escobedo, V. (2012). *Imágenes, memorias y política: El 68 desde (el uso de) sus fotografías*. [Tesis de Maestría, CIESAS].
- Estrada, S. (2014). Sistema de protesta: Política, medios y el #YoSoy 132. *Sociológica*, 29(82), 83-123.
- Excélsior TV (1 de octubre de 2024). “Marcha de estudiantes del IPN hacia Gobernación/ Entre Mujeres”. [Video de YouTube], 15:33. <https://www.youtube.com/watch?v=z3stDS7WMvo>.
- Expansión (20 de abril de 2016). “6 puntos para entender qué desató el paro de las vocacionales del IPN”. *Expansión*. <https://expansion.mx/nacional/2016/04/20/6-puntos-para-entender-que-desato-el-paro-de-las-vocacionales-del-ipn>.
- Fajnzylber, F. (1990). Industrialización en América Latina: de la “caja negra” al “casillero vacío”. *Cuadernos de la CEPAL*, (60). <https://hdl.handle.net/11362/27955>
- Fernández, A., Vázquez, G., Canales, P., Castillo, O., Flores, R., Garfías, A., Martínez, M., Mirafuentes, C., Soria, M., y Vázquez, F. (2014). El movimiento estudiantil #YoSoy132 a un año de distancia. *Cotidiano - Revista de la Realidad Mexicana*, 28(183), 91-103.
- Fernández, A. (2014). De la Red a las calles ¿y de las calles a las conciencias? El movimiento estudiantil #YoSoy132. *Argumentos*, 27 (76), 127-146.
- Fernández, A. (2015). Ayotzinapa, protestas, solidaridades y movimientos juveniles en México. *Boletín Científico Sapiens Research*, 5(2), 61-65.
- Figueiras L., y Meléndez, J. (2012). *Del 131 al #Yosoy132: Elección 2012* (1. ed). Comunicación y Política Editores.
- Figueroa, J., Huertas, S. y Gabino, F. (2015). Características constituyentes de los aciertos y desaciertos frente a la conformación del movimiento estudiantil #YoSoy132. *Panorama*, 9 (17), 86-102
- Flores, V. (1973). *La Rebelión estudiantil y la sociedad contemporánea*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Flores, Y. (2021). Resistance to the educational reform of 1969 in the Rural Normales in Mexico: Resistencia a la reforma educativa de 1969 en las Normales Rurales de México. *Signos Históricos*, 23(45), 120-147.

- Follegati, L. (2018). El feminismo se ha vuelto una necesidad: movimiento estudiantil y organización feminista (2000-2017). *Anales De La Universidad De Chile*, (14), 261–291.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Tierra Nueva.
- Fuentes, C. (1971). *La revolución estudiantil*. Editorial Universitaria Centroamericana, EDUCA.
- Gaceta UNAM (22 de julio de 2019). “1929: autonomía ya”. *Suplemento Especial* 13. <https://www.gaceta.unam.mx/1929-autonomia-ya/>.
- Galindo A., y Lozano, A. (2022). Movimiento universitario y violencia de género. *Revista de estudios de género, La ventana*, 6(56), 301-330.
- Garay, L. M. (2024). Redes Sociales digitales, espacio de denuncia y organización para las feministas universitarias: los casos de Libres y Combativas UPN y UPN Violeta. En M. Á. Ramírez Zaragoza y R. Osorio Orozco (Coordinadores), *Los movimientos estudiantiles en México. Reflexiones sobre su potencia transformadora (173-192)*. PUEDJS/INERHM.
- García, M. (2015). Género, historia y memoria de los movimientos estudiantiles de México: Reflexiones sobre la figura del “estudiante”. *Revista de estudios de género, La ventana*, 5(42), 181-219.
- García, S. (2018). Movimientos tecnopolíticos en Latinoamérica. Comparación del #YoSoy132 y el movimiento estudiantil chileno. *Revista Internacional de Pensamiento Político*, 12.
- Gilbert, C. (1993). *El hábito de la utopía: Análisis del imaginario sociopolítico en el movimiento estudiantil de México, 1968* (1. ed). Instituto Mora: Miguel Ángel Porrúa.
- Gill, J., y DeFronzo, J. (2009). A Comparative Framework for the Analysis of International Student Movements. *Social Movement Studies*, 8(3), 203-224.
- Gómez, A. (2023). El movimiento estudiantil mexicano. Notas históricas de las organizaciones políticas, 1910-1971. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 8(17), 187-220.
- González, Á. (2020). “Experiencia sociopolítica en los movimientos estudiantiles mexicanos recientes (2012-2014): YoSoy132 y el movimiento por los 43 de Ayotzinapa: Juventud, ideología y clase”. [Tesis de Doctorado, Instituto Mora]. <http://mora.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1018/480>.

- González, E. (12 de enero de 2014). “La derecha anticomunista: el MURO (1961-1981)”. *Contralínea*. <https://contralinea.com.mx/opinion/la-derecha-anticomunista-el-muro-1961-1981/>.
- González, G. (2024). Formas de organización y repertorios de protesta de los movimientos universitarios feministas: el caso de la “Red No Están Solas”. En M. Á. Ramírez Zaragoza y R. Osorio Orozco (Coordinadores), *Los movimientos estudiantiles en México. Reflexiones sobre su potencia transformadora (193-209)*. PUEDJS/INERHM.
- González, J., Amézquita, B., Velázquez, S., Ramírez, M. y Luna, N. (Comps.) (2008). *Enseñanzas de la juventud rebelde del movimiento estudiantil popular 1999-2005*. México: Edición independiente.
- González, L. (2015). La construcción de la «comunidad» universitaria. Una mirada al movimiento estudiantil de la UNAM de 1999. En Piedad, O. (Coord.) *Investigación y teoría: tensiones y rejuegos* (pp.103-116). Sequitur.
- González, R. y Olivier, G. (Coords.) (2017). *Resistencias y alternativas. Relación histórico-política de movimientos sociales en educación*. UAM-A, Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales.
- González, R., Olivier, G., Ortega, J., Arellano, M., Rivera, M., Guerra, M., Carmona, E., y Mújica, M. (2021). Movimientos sociales en Educación. En Olivier, G. (Coord.), *Estado del conocimiento de los movimientos sociales en México. Volumen 1* (pp. 127-198). SEP, UPN.
- González, S., y Sánchez, A. (2011). *154 años de movimientos estudiantiles en Iberoamérica* (1.a ed.). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Guevara, G. (1998). *La educación socialista en México (1934-1945)*. México: SEP, Ediciones El Caballito.
- Gunder, F. y Fuentes, M. (1990). Diez tesis acerca de los movimientos sociales. En *El juicio del sujeto. Un análisis global de los movimientos sociales*. FLACSO, Porrúa.
- Gutiérrez-Slon, J. (2020). Movimientos estudiantiles en cuestión: 100 años de lucha, 100 años de estudio. *Revista Espiga* 20, (40): 24-56. <https://www.redalyc.org/journal/4678/467863794002/html/>
- Gutiérrez J. (2020). Movimientos estudiantiles en cuestión: 100 años de lucha, 100 años de estudio. *Revista Espiga*, 20(40), 24-56.
- Habermas, J. (1981). *Nuevos movimientos sociales. Telos*, 49(1), 3-37

- Habermas, J. (1986). *Ciencia y Técnica como Ideología*. Tecnos.
- Harvey, D. (2020). *El enigma del capital: y las crisis del capitalismo*. Ediciones Akal.
- Hobsbawm, E. (2006). *Historia del Siglo XX. 1914-1991*. Crítica.
- Hobsbawm, E. (2012). *Guerra y paz en el siglo XXI*. Editorial Sol 90.
- Hernández, J. (2008). “La gran huelga. El movimiento social que venció al neoliberalismo”. En González, J., Amézquita, B., Velázquez, S., Ramírez, M., Luna, N. (Comps.) *Enseñanzas de la juventud rebelde del movimiento estudiantil popular 1999-2005.*, 103-138. México: Edición independiente.
- Hernández, L. (2015). Ayotzinapa: El dolor y la esperanza. *El Cotidiano*, (189), 7-17.
- Hernández, T. (enero-junio, 2019). Las derechas mexicanas en la segunda mitad del siglo xx y el inicio del XXI. *Con-temporánea. Del oficio* 6(11), primera época. <https://bit.ly/3hcbRZG>
- Igartúa, S. (02 de julio de 2012). “Elección ‘plagada’ de irregularidades, concluye #YoSoy132”. *Proceso*. <https://www.proceso.com.mx/nacional/2012/7/2/eleccion-plagada-de-irregularidades-concluye-yosoy132-105050.html>
- Igartúa, S. (11 de noviembre de 2014). “Pactan gobierno y politécnicos crear comisión redactora de acuerdos”.
- Imagen Radio (26 de julio de 2012). “#YoSoy132 realizará ‘cerco pacífico’ en Televisa Chapultepec”. *Imagen Radio*. <https://www.imagenradio.com.mx/yosoy132-realizara-cerco-pacifico-en-televisa-chapultepec>.
- Inclán, M., Almeida, P. y Gómez, G. (2013). *¡Con las manos en la protesta!: Un estudio comparativo de motivaciones, contextos y dinámicas de movilización en la Ciudad de México*. CIDE.
- Juárez, G., Sánchez, A. y González J. (oct./dic. 2015). La crisis financiera internacional de 2008 y algunos de sus efectos económicos sobre México. *Contaduría y Administración* 60(2). https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0186-10422015000600128
- Jurado, I. (2024). Ciclos del movimiento estudiantil y sistema-mundo. En M. Á. Ramírez Zaragoza y R. Osorio Orozco (Coordinadores), *Los movimientos estudiantiles en México. Reflexiones sobre su potencia transformadora* (21-55). PUEDJS/INERHM.

- Knight, A. (1996). México bronco, México manso: una reflexión sobre la cultura cívica mexicana. *Política y Gobierno III* (1), 10-22.
- Krotsch, P. (2002). Los universitarios como actores de reformas en América Latina: ¿han muerto los movimientos estudiantiles? *Espacios en Blanco*, (12), 19-49.
- Krotz, E. (1997). La dimensión utópica en la cultura política: Perspectivas antropológicas. En Wincour, R. *Culturas políticas a fin de siglo* (pp. 12-30). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Kuri, A. (2003). Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968. *Historia Mexicana*, 53(1), 179-228.
- Kuri, E. (2021). Espacio, acción colectiva e identidad: La Vocacional 7 del Instituto Politécnico Nacional durante el movimiento estudiantil de 1968. *Nóesis: Revista de Ciencias Sociales*, 30(59), 59-81.
- La Jornada (09 de octubre de 2014). “Marchas en 25 estados para pedir justicia por Ayotzinapa”. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2014/10/09/politica/005n1pol>
- Labra, D. (2013). ¿Escuela Socialista o Escuela Reformista? Una lectura de la Educación Socialista en México a partir de su lugar dentro del gobierno cardenista y la Revolución Mexicana. *Clío y Asociados*, (17). <https://www.clío.fahce.unlp.edu.ar/>
- Lamas, M. (2018). Del 68 a hoy: La movilización política de las mujeres. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 63(234), 265-285.
- López, C. (enero-julio de 2021). Los escuadrones de la muerte en América Latina. Aportes para la identificación de un fenómeno represivo. *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX* 14, (1): 84-106.
- López, G. (14 de septiembre de 2012). “El contrainforme del movimiento #YoSoy132”. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2012/09/14/opinion/027a1pol>.
- López, M. (2010). Historia de una colaboración anticomunista transnacional. Los tecos de la Universidad Autónoma de Guadalajara y el Gobierno de Chiang Kai-Shek a principios de los años setenta, *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX* 1, (1), 133-158. <https://bit.ly/3RsC9YO>.
- Luciani, L. (2019). Movimientos estudiantiles latinoamericanos en los años sesenta. *Historia y Memoria*, (18), 77-111.

- Lutz, B. (septiembre de 2016). La guerrilla de Lucio Cabañas. Jacobo Silva Nogales, Lucio Cabañas y la guerra de los pobres. *Intersticios Sociales*, (12).
- Luvianos, M. y Jiménez, J. (2020). ¡Libre, digna y soberana... en lucha, en lucha...! El movimiento estudiantil en la UAM, 2016. *El Cotidiano - Revista de la Realidad Mexicana*, 36(223), 47-62.
- Marcuse, H. (1969). *La rebelión de los estudiantes*. Paidós.
- Marcuse, H. (1971). *El fin de la utopía*. Siglo Veintiuno Editores.
- Marsiske, R. (1996). Organización estudiantil y movimientos de autonomía universitaria – México 1929. *Ciencia y Universidad en América Latina (II). Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 7(2), 45-57. <https://eial.tau.ac.il/index.php/eial/issue/view/80>.
- Marsiske, R. (1998). Autonomía y estudiantes universitarios en México: 1929. En Fell, È., y Guerena, J. (Eds.), *L'Université en Espagne et en Amérique Latine du Moyen Âge à nos jours. II: Enjeux, contenus, images*. Presses universitaires François-Rabelais.
- Marsiske, R. (2023). *Movimientos estudiantiles en México, siglo XX*. Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación.
- Martínez, A. (2013). *Conspiración comunista*. UNAM, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial.
- Martínez, J., Riquelme, G., y Reséndiz, A. (2023). Los movimientos sociales en perspectiva. Análisis comparado de las movilizaciones armadas y estudiantiles y su incidencia en la reconfiguración del Estado mexicano contemporáneo. *Revista de Investigaciones Universidad del Quindío*, 35(1), 359-372.
- Martínez, P., y Roldán, N. (03 de octubre de 2014). *Gobierno federal responde a alumnos del Poli y echa atrás el reglamento interno* [Portal de noticias]. Animal Político. <https://www.animalpolitico.com/sociedad/marcha-ipn>.
- Martínez, S. (1986). *Estado y universidad en México, 1920-1968: historia de los movimientos estudiantiles en la UNAM*. BPR Publishers.
- Masferrer, E. (2018), *Lo religioso dentro de lo político. Las elecciones de México 2018*. Libros de la Araucaria.
- Medina, L. (2000). *Hacia el nuevo Estado. México, 1920-1994*. Fondo de Cultura Económica, segunda edición.

- Medina, R. (1995). «Ayer es nunca jamás»: Continuidad y ruptura en la narrativa mexicana del '68. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 21(42), 207-218.
- Melucci, A. (1986). The symbolic Challenge of Contemporary Movements. *Social Research*, 52, 789-816.
- Melucci, A. (1980). The New Social Movements: A theoretical Approach. *Social Science Information*, (19), 99-126.
- Mendoza, F. (2011). El Movimiento Estudiantil de 1968 en el proceso de radicalización hacia la lucha armada en México: 1968-1971. *Conflicto social*, 4(5), 355-373.
- Mendoza, J. (2021). El jueves de corpus: La masacre estudiantil de 1971 en México narrada a 50 años. *Polis*, 17(1), 169-211.
- Meyer, J. (2008). El movimiento estudiantil en América Latina. *Sociológica* 23, (68) 179-195.
- Milenio (11 de mayo de 2012). *Protestas en la Ibero, pareciera que fue algo preparado: Videgaray*. Milenio. [Video de YouTube]. <https://www.youtube.com/watch?v=xy0Vpqj8p-g>.
- Millán, M. (2018). Un análisis crítico de las interpretaciones conceptuales sobre los movimientos estudiantiles de los '60. En M. Millán y P. Bonavena (Eds.). *Los 68 latinoamericanos* (pp. 23-52). CLACSO.
- Mingo, A. (2020). El tránsito de estudiantes universitarias hacia el feminismo. *Perfiles Educativos*, 42(167), 10-30.
- Mendoza, J. (2021). El Jueves de Corpus: la masacre estudiantil de 1971 en México narrada a 50 años. *POLIS*, 17(1), 169-211.
- Montero, V., Muñoz, C., y Picazo, M. (2017). Estrategias y recursos empleados por el movimiento estudiantil en el 2011. *Universum*, 32(1), 137-157.
- Montes de Oca, E (2017). “La educación socialista en el Estado de México. Un municipio rural: Malinalco”, *La Colmena* (63).
- Morales, A. (2020). *Recuerdos que aún no expiran: Habitar el espacio público desde la práctica juvenil del movimiento Todos Somos Politécnico* [Tesis de maestría en Ciencias]. Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional.
- Moreno, M. (2017). “El movimiento anticomunista en Jalisco durante los años setenta”. *Espiral XXIV*, (68) 113-153, <https://bit.ly/3P4orJX>.

- Movimiento YoSoy132 (30 de mayo de 2012). “Relatoría de la Asamblea Nacional Inter-universitaria Movimiento YoSoy132”. <https://ferrusca.wordpress.com/wp-content/uploads/2012/06/relatorc3ada-asamblea-universitaria-30-de-mayo-de-2012.pdf>
- Notimex (20 de junio de 2012). “Hicimos historia tras debate: #YoSoy132”. *El Economista*. <https://www.economista.com.mx/politica/Hicimos-historia-tras-debate-YoSoy132-20120620-0040.html>.
- Olivares, L. y Hernández, B. (Coords.) (2019). *Las izquierdas mexicanas desde los movimientos sociales en el siglo XXI, problemas y perspectivas*. UNAM, Centro de Documentación y Difusión de Filosofía Crítica, SME.
- Olivier, G. y Tamayo S. (2015). Tensiones políticas en el proceso de movilización-desmovilización: El movimiento #YoSoy132. *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* (79). <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39348248009>
- Olivier, G. (2016). *Educación, política y movimientos sociales*. UAM-Azcapotzalco, RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales.
- Olivier, G. y González, R. (2017). *Resistencias y alternativas: Relación histórico-política de movimientos sociales en educación* (1.^a ed.). UAM.
- Ontiveros, R., Sánchez, A. y Tirado, G. (Coords.) (2017). *Historia y memoria de los movimientos estudiantiles: A 45 años del 68*. UNAM.
- Ordorika, I., Rodríguez, R. y Gil, M. (Coords.) (2019). *Cien años de movimientos estudiantiles*. UNAM, PUEES.
- Ordorika, I. (2022). Student movements and politics in Latin America: a historical reconceptualization. *Higher Education*, (83), 297–315.
- Ortega, J. (2017). La marea guinda. Los politécnicos en el ciclo de movimientos juveniles (2012-2016). En Modonesi M. (Ed.), *Militancia, antagonismo y politización juvenil en México*. Itaca, UNAM.
- Ortiz, S. (2019). Surgimiento de la FECSM y origen del “espíritu revolucionario” en el normalismo rural. *Debates por la Historia* 7, (2) 47-84.
- Pacheco, A., Mendoza, J. y González, R. (Coords.) (2022). *Memorias del CGH: a 20 años de la huelga en la UNAM*. CNDH México.
- Padilla, T. (2009). Las normales rurales: historia y proyecto de nación. *El Cotidiano*, (154), 85-93.
- Pantoja, S. (29 de septiembre de 2014). “Politécnicos llevan lucha a la UNAM en busca de apoyo a su causa”. *Proceso*. <https://www.proceso.com.mx/>

- nacional/2014/9/29/politecnicos-llevan-lucha-la-unam-en-busca-de-apoyo-su-causa-137817.html
- Paredes, A. (2004). La Operación Cóndor y la Guerra Fría. *Universum (Talca)* 1, (19) 122-137. <https://bit.ly/3z1PD6A>.
- Pavón, D. (13 de enero de 2018). “Los orígenes de la ultraderecha latinoamericana (1919-1945)”. *Revolución 3.0.* (Blog). <https://revolucion.news/origenes-de-la-ultraderecha-latinoamericana/>.
- Pérez, M. (2024). Vínculos y encuentros entre el movimiento magisterial y estudiantil 1956-1960. En M. Á. Ramírez Zaragoza y R. Osorio Orozco (Coordinadores), *Los movimientos estudiantiles en México. Reflexiones sobre su potencia transformadora* (287-314). PUEJDS/INERHM.
- Pérez, M. (2019). ¡Todos somos Politécnico!: formación política y conciencia social entre los jóvenes del movimiento estudiantil del Instituto Politécnico Nacional (2014). En Meza, I., Moreno, S. (Coords.). *La condición de la juventud en Latinoamérica: identidades, culturas y movimientos estudiantiles* (pp. 407-432). UNAM.
- Pérez, M., Palma, A., y Godínez, P. (2024). *Culturas políticas del movimiento feminista en México. Una aproximación en diez tesis*. PUEJDS, UNAM, Universidad Veracruzana.
- Pérez, N. Carrillo, A., De la Torre, V. y Loyo M. (enero-abril de 1991). La derecha en México (1982-1990) continuidades y rupturas. *Sociológica. Revista del Departamento de Sociología* 6, (15).
- Pérez, N. (2012). *El movimiento estudiantil del CGH (1999-2000). Lucha de tendencias y defensa de la universidad pública* [Tesis de licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública. UNAM].
- Pogliaghi, L., Meneses, M., y López, J. (2020). Student mobilization against violence in the Universidad Nacional Autónoma de México (2018). *Revista de La Educación Superior*, 49(193), 65-82.
- Pozzi, P. (2007, enero-junio). Eric Hobsbawm: historia social e historia militante. *Espacio Plural III* (16), 11-28.
- Proceso (26 de septiembre de 2014a). “Escala conflicto en el IPN; estudiantes impulsan ‘paro total’”. <https://www.proceso.com.mx/nacional/2014/9/26/escala-conflicto-en-el-ipn-estudiantes-impulsan-paro-total-137744.html>

- Proceso (20 de octubre de 2014b). “Convocan a paro nacional por normalistas desaparecidos”. *Proceso*. <https://www.proceso.com.mx/nacional/2014/10/20/convocan-paro-nacional-por-normalistas-desaparecidos-138717.html>
- Quintanilla, S. (01 de febrero de 2021). “La educación en México durante el periodo de Lázaro Cárdenas, 1934-1940”. *Biblioweb*. <https://bit.ly/3Ivxtyx>
- R3CR3O (14 de mayo de 2012). “¡131 Alumnos de la Ibero responden”. R3CR3O <https://www.youtube.com/watch?v=P7XbocXsFkI>.
- Ramírez, M. (2015). Poder y comunicación en los movimientos sociales: una aproximación desde el neozapatismo y el #Yosoy132. *Cuadernos Americanos*, (152), 167-192.
- Ramírez, M. (Coord.). (2018). *Movimientos estudiantiles y juveniles en México: Del M68 a Ayotzinapa* (1.a ed.). Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales.
- Ramírez, M. y Osorio, R. (coordinadores). (2024a). *Los movimientos estudiantiles en México. Reflexiones sobre su potencia transformadora*. PUEDJS/INERHM.
- Ramírez, M. y Osorio, R. (2024b). Movimientos estudiantiles en México en el siglo XXI: democracia y luchas contra la corrupción. En M. Ramírez y R. Osorio (Coordinadores), *Los movimientos estudiantiles en México. Reflexiones sobre su potencia transformadora* (409-426). PUEDJS/INERHM.
- Ramírez, M. y Osorio, R. (2024c). Claves para entender a los movimientos estudiantiles en el siglo XXI. A manera de introducción. En M. Ramírez y R. Osorio (Coordinadores), *Los movimientos estudiantiles en México. Reflexiones sobre su potencia transformadora* (9-17). PUEDJS/INERHM.
- Ramírez, M. y Jurado, I. (Coords.) (2023). *Emergencia y continuum histórico de las derechas en México: del conservadurismo al neoliberalismo*. PUEDJS-UNAM, Conahcyt.
- Ramírez, M. y Jurado, I. (Coords.) (2021). *La CNTE y el magisterio democrático en México: historia de una larga lucha*. PUEDJS-UNAM.
- Ramírez, M. y Navarro, I. (2023). Hacia un modelo integral para el estudio de la cultura política de los movimientos sociales: el caso de la CNTE y del

- movimiento magisterial democrático. *Revista Mexicana De Estudios De Los Movimientos Sociales*, 7(1).
- Rivas, J. (2017). *Historia y memoria de los movimientos estudiantiles: a 45 años del 68. Volumen 1. Los movimientos estudiantiles en la Ciudad de México*. Gernika, UNAM, DGAPA, FES Aragón-UNAM.
- Rivas, J. (2018). *1916-2016 Cien años de historia, resistencia y resonancia del movimiento estudiantil latinoamericano*. GERNIKA-UNAM, DGAPA.
- Rivas, R. y Sánchez, H. (1990). UNAM. *De la rebelión silenciosa al congreso*. Publicaciones Mexicanas.
- Rivera, G. (21 de octubre de 2014). “Cronología de la lucha de los estudiantes del IPN”. *Eje Central*. <https://www.ejecentral.com.mx/cronologia-de-la-lucha-de-los-estudiantes-del-ipn/>.
- Robledo, C., Goldman, D. (julio-diciembre, 2014). Escuadrones de la muerte, ejecuciones ilegales en América Latina: ¿Guerra al crimen o “limpieza” social? *Estudios fronterizos*, 15 (30).
- Rodiles, S. (2011). El estudiantado universitario como actor político. Las huelgas estudiantiles de la UNAM 1929, 1968, 1987 y 1999. *Question*, 1(28).
- Rodríguez, A. (2009). El lado oscuro de la luna. El momento conservador en 1968. En Pani, E. *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, tomo II, Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez, E. (2017). El movimiento estudiantil en 1971 y 2011: Una comparación diacrónica. *Reflexión Política*, 19(38), 158-174.
- Rodríguez, O. (2000). El conflicto en la UNAM (1999-2000). Dos concepciones sobre la universidad pública. *El conflicto de la UNAM (1999-2000)*, 11-67.
- Rodríguez, O. (2013). *Derechas y ultraderechas en México*. Orfila.
- Rojas, N. (2022). Movimiento estudiantil feminista chileno: Impactos en los movimientos sociales y la sociedad civil. *Revista de Campos en Ciencias Sociales*, 10(2), 1-20.
- Romain, R. (2023). Batalla por la educación popular: la Unión de Estudiantes Pro-Obrero y Campesino, entre la universidad y la revolución (México años 30). En Marsiske R. (Coord.) *Movimientos estudiantiles en México, siglo XX*, UNAM.
- Romero, L. (1986). La derecha. El movimiento fascista en Guadalajara. En Tamayo, J. (Coord.) *Perspectivas de los movimientos sociales en la*

- región centro-occidente*, Editorial Línea, Institutos de Estudios Sociales-Universidad de Guadalajara, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- Romero, M. (2016). *Los orígenes del neoliberalismo en México. La Escuela Austriaca*. Fondo de Cultura Económica.
- Romero, R. (2018). Y sin embargo se mueve. Apuntes sobre el movimiento estudiantil mexicano entre 2010 y 2014. *El Cotidiano. Revista de la Realidad Mexicana*, 33(207), 107-119.
- Ros, J. (2016). La economía mexicana desde la crisis de 2008-2009 y las lecciones de 2015. *Revista de Economía Mexicana*, (1), 6-38. www.economia.unam.mx/assets/pdfs/econmex/01/01Ros.pdf
- Ruiz, F. (2011). El movimiento estudiantil de 1968 en el proceso de radicalización hacia la lucha armada en México: 1968-1971. *Revista del Instituto de Investigaciones Gino-Germani*, 4(5).
- Sánchez, H. (2006). *Génesis, desarrollo y consolidación de los grupos estudiantiles de choque en la UNAM (1930-1990)*. UNAM.
- Sandoval, R. (2015). Analizando el Ciberactivismo en México: El caso de #YoSoyMedico17. *Boletín Científico Sapiens Research*, 5(2), 66-72.
- Santiago, T. (2021). Conflicto y violencia en el México posrevolucionario: De Tlatelolco a Ayotzinapa. *Co-herencia*, 18(34), 267-287.
- Santiago, M. (2023). Estudiantes contra la educación socialista: el origen de los Tecos de la Universidad Autónoma de Guadalajara (1932-1935). En Marsiske, R. *Movimientos estudiantiles en México, siglo XX*. UNAM.
- Santos, R. (2017). Discursos, símbolos e iconos de la disidencia: del movimiento estudiantil a la radicalidad en Sinaloa, México, 1966-1973. *Revista Conjeturas Sociológicas*, 10-38.
- Santos, R. (2021). Corrientes ideológicas al interior del movimiento estudiantil sinaloense, México (1965-1970). *Anuario de historia regional y de las fronteras*, 26(2), 359-399.
- Seco, R. (01 de diciembre de 2012). “Batalla campal en las protestas de Yo Soy 132 frente al Congreso mexicano”. *El País*. https://elpais.com/internacional/2012/12/01/mexico/1354392326_270763.html.
- Segovia, R. (2001). *La politización del niño mexicano*. El Colegio de México.

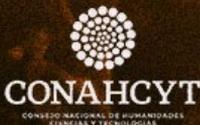
- Sola, S. (2016). Las redes sociales y los nuevos movimientos estudiantiles latinoamericanos. La «Primavera chilena» y el «#YoSoy132». *Revista Científica de Información y Comunicación*, 13, 153-193.
- Solari, A. (1967). Los movimientos estudiantiles universitarios en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, 29(4), 853-869.
- Soldatenko, M. (2005). México 68: Power to the Imagination! *Latin American Perspectives*, 32(4), 111-132.
- Tamayo, S. (1999). *Los veinte octubres mexicanos: la transición a la modernización y democracia 1968*. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco.
- Tarrow, S. (1989), *Struggle, Politics and Reform; Collective action, Social Movements and cycles of Protest*. Columbia University.
- Tilly, C. (1998). *La desigualdad persistente*. Manantial.
- Tirado, G. (2014). Puebla 1961, Género y Movimiento Estudiantil. *Revista de Estudios de Género. La ventana* 5(39): 179-207. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88435814008>
- Tirado, G. (2016). Las universitarias en el contexto violento de la Universidad Autónoma de Puebla, UAP, 1972-1973 (Puebla-México). *Ánfora*, 23(40), 51-73.
- Tlachinollan (10 de diciembre de 2019). “Represión a una manifestación de Ayotzinapa (Primera parte)”. *Tlachinollan* (Web). <https://www.tlachinollan.org/nota-informativa-12-de-diciembre-de-2011-represion-a-una-manifestacion-de-ayotzinapa-primera-parte/>.
- Torres, C. (1991). El corporativismo estatal, las políticas educativas y los movimientos estudiantiles y magisteriales en México. *Revista Mexicana de Sociología*, 53(2), 159-183.
- Torres, H. (2018). La influencia jesuita en la conformación de la Liga Comunista 23 de septiembre durante la década de los setentas del siglo XX en México. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 23(2), 141-172.
- Tsing, A. (2021). *La seta del fin del mundo*. Capitán Swing.
- Touraine, A. (1981), *The voice and the eye. An analysis of Social Movements*. Cambridge University Press.

- Valle, F. (2012). El Congreso de Estudiantes Latinoamericanos de Santiago. Antiimperialismo e indoamericanismo en el movimiento estudiantil chileno (1935-1940). *Historia Crítica*, 47, 187-213.
- VICE en Español (06 de mayo de 2016). “131 más uno, el origen del movimiento | LGVPLE”. VICE. <https://www.youtube.com/watch?v=PpvXSQ4C6e8>.
- Villafuerte, L. (enero–junio, 2012). “Movimientos estudiantiles en México, su papel en la transformación de la universidad y en la nación”, *Revista UIS Humanidades* 40, (1) 43-58.
- Villamil, R. (2019). De la masacre a la utopía (A 50 años del 68). *El Cotidiano*, 34(214), 60-70.
- Villegas, A. (1976). La ideología del movimiento estudiantil en México. *NS, NorthSouth*, 1(1/2), 130-147.
- Vvaa (2009). *Yo soy huelguista y soy de la UNAM. Análisis y reflexiones sobre el movimiento universitario de 1999-2000*. RedeZ “Tejiendo la utopía”.
- Vvaa (2011). *Huelga! La rebelión de los paristas. El conflicto de la UNAM 1999-2000*. La Guillotina.
- Waldman, G. (2000). Los movimientos estudiantiles de 1968 y 1999: Contextos históricos y reflexiones críticas. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 44(178), 277-293.
- #YoSoy132 (2012). Toma pacífica a Televisa. *Debate Feminista*, 46(23), 54-62.
- Young, D. (1985). Mexican Literary Reactions to Tlatelolco 1968. *Latin American Research Review*, 20(2), 71-85.
- Zamora, H. (27 de agosto de 2020). “Resistir contra la violencia en la UNAM en tiempos de pandemia: Estudiantes de Economía permanecen en paro”. <https://coordinaciongenero.unam.mx/2020/08/resistir-contra-la-violencia-en-la-unam-en-tiempos-de-pandemia-estudiantes-de-economia-permanecen-en-paro/undefined>.
- Zepeda, M. (23 de noviembre de 2012). “#YoSoy132 buscará San Lázaro el 1 de diciembre”. *Animal Político*. <https://www.animalpolitico.com/sociedad/yosoy132-buscar-san-lazaro-el-1-de-diciembre>
- Zermeño, S. (1978). *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. Siglo XXI.

Genealogía y fuentes
para el estudio crítico
de los *movimientos*
estudiantiles mexicanos

fue editado por el Programa Universitario
de Estudios sobre Democracia, Justicia
y Sociedad de la Universidad Nacional
Autónoma de México.

El cuidado de la edición y la corrección
de estilo estuvieron a cargo de José
Antonio Albarrán Castro. El diseño y
formación de interiores estuvo a cargo
de Dulce Mariko Lugo García.



Genealogía y fuentes para el estudio crítico de los *movimientos* estudiantiles mexicanos

La presente obra examina el devenir de los activismos estudiantiles en México desde dos perspectivas: por un lado, haciendo el análisis crítico de las fuentes para su estudio y, por el otro, un recorrido genealógico de los sucesos que han marcado los siglos XX y XXI en la búsqueda de la educación gratuita y popular, la lucha contra la corrupción, la represión y los crímenes de Estado, así como la búsqueda de justicia y equidad de género. Partiendo de precedentes históricos del movimiento estudiantil como el inicio de la educación socialista o el normalismo en México, sin olvidar los episodios traumáticos de la Guerra Sucia o las masacres de 1968 y 1971, este libro analiza los ciclos históricos de un movimiento cuyas fuentes para su estudio son recorridas mediante un estado del arte y una línea del tiempo que llega hasta coyunturas emblemáticas recientes como el #YoSoy132, Ayotzinapa o la última ola del feminismo. De tal manera, entrega un marco general y bien nutrido para las y los investigadores, académicos y lectores que deseen encontrar un punto de partida para el análisis de uno de los actores fundamentales en la conquista por la democracia en este país: las y los jóvenes estudiantes.